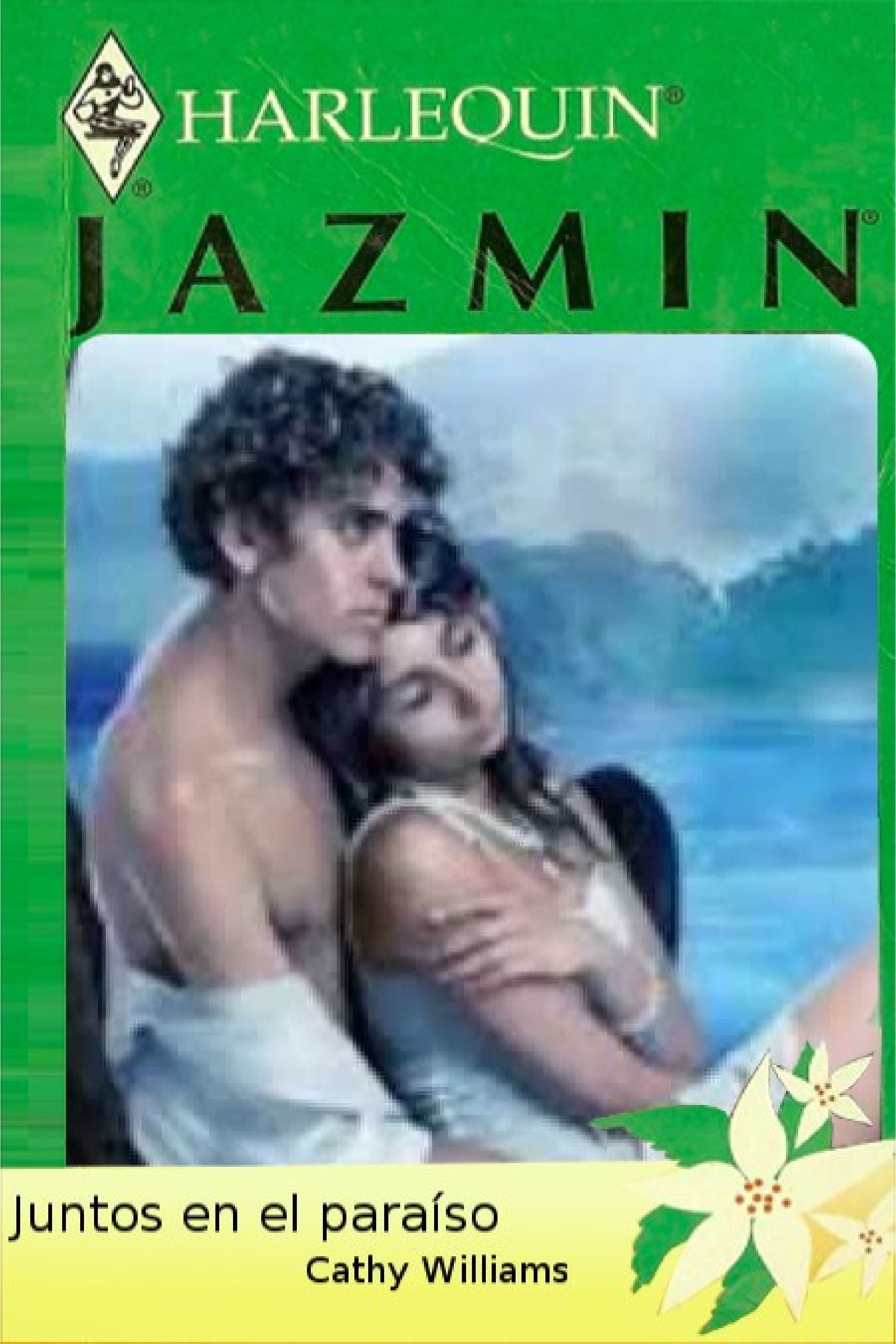

HARLEQUIN®
JAZMIN®
Juntos en el paraíso
Cathy Williams

Cathy Williams
Juntos en el paraíso (1996)

Título original: A Thorn in Paradise.
Editorial: Harlequin Ibérica
Colección: Jazmín Jazmín N.° 1151-10.4.96.
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Antonio Silver y Corinna Steadman

Argumento:

Una mujer que, como Corinna, era capaz de dejar su vida en Londres y marcharse tan lejos a cuidar a un padre enfermo, no podía dejarse intimidar fácilmente. Pero Antonio era demasiado: demasiado prepotente, demasiado atractivo y demasiado orgulloso… No importaba que él pensara que Corinna era una cazafortunas, ella sólo se proponía hacer su trabajo, si su corazón se lo permitía…

I.S.B.N.: 84-396-4830-8

CAPÍTULO 1

LOS terrenos de la casa Deanbridge eran magníficos. Se extendían ante Corinna en toda su hermosura, en plena floración multicolor del verano, rodeado del verdor de los árboles y céspedes. Después de nueve meses de estancia allí, a la joven todavía la sorprendía la magnificencia del lugar.

Sin embargo, el anciano Benjamín Silver no parecía tan complacido. Era evidente que después de haber vivido allí durante toda su vida, nada le llamaba la atención.

En ese momento se estaba quejando de su hijo, del que acababa de recibir una carta. La chica lo escuchaba a medias ya que, después de haber trabajado con él durante todo ese tiempo, no sabía prácticamente nada de su hijo; y lo poco que sabía no era muy agradable.

—¿Quién diablos se cree que es? —Gruñía el anciano en su silla de ruedas—. No he sabido nada de él durante años, no he recibido ninguna carta, ni siquiera una tarjeta de Navidad, y, de pronto, me escribe para informarme que tiene pensado venir. ¿Quién diablos se cree que es? ¡Contéstame!

Corinna se limitó a sonreír a su espalda y el viejo rugió

—¡Y borra esa sonrisa de tus labios!

—¿Cómo sabe que estoy sonriendo? —preguntó Corinna, ya que el viejo no podía volver la cabeza.

—¡No intentes cambiar de tema!

—No lo estaba haciendo —protestó ella y empujó la silla de ruedas hacia uno de sus lugares favoritos, junto a una fuente—. Hace una mañana preciosa. ¿Por qué estropearla enfadándose? —se acercó a un banco y se sentó para disfrutar del sol.

Era una joven alta y esbelta, de tez pálida que el sol jamás bronceaba. Esa mañana se había olvidado el sombrero de paja que usaba para los paseos matinales. Llevaba su hermoso cabello rubio, largo hasta la cintura, recogido en una gruesa trenza.

—¡Y dame la vuelta para poder verte la cara! —Protestó el anciano—. ¡No tengo ganas de charlar con la maldita fuente!

Corinna lo obedeció y lo miró divertida. Cuando llegó para trabajar con Benjamín Silver, la agencia que la envió le advirtió que

era probable que no quisiera quedarse allí más de una semana.

—Ninguna de nuestras enfermeras se ha quedado —le advirtieron—. El lugar es precioso, pero el viejo Ben Silver es un cascarrabias, incluso grosero si le viene en gana, lo cual ocurre con demasiada frecuencia. Nadie lo soporta.

Benjamín había tenido algunos problemas con su único hijo años atrás y la mayoría de sus otros familiares había muerto.

—Los que quedan, bien harían en morirse —había comentado una vez.

Fue su espíritu compasivo, junto con su buen humor, lo que le permitió a Corinna sobrevivir a sus arranques de ira; ya se habían acostumbrado el uno al otro. Ella lo adoraba y sabía que el anciano le guardaba afecto a pesar de sus rabietas.

—¡Me niego a verlo! —continuaba el anciano, con sus ojos azules brillando de furia—. No permitiré que ponga un pie en esta casa. Le echaré los perros.

—Estoy segura de que se asustará —declaró Corinna, sentada en el banco. Temblaba de miedo ante la perspectiva de enfrentarse a dos perros labradores viejos y desdentados.

—Debí librarme de esos inútiles hace años —murmuró el viejo —. Soy un estúpido sentimental y ahora que necesito un par de buenos defensores, tendré que pagar las consecuencias. Bueno, le echaré a Edna.

—Eso está mejor —manifestó Corinna con una sonrisa. Edna era el ama de llaves y un verdadero dragón cuando se lo proponía. Al menos era más feroz que los perros.

—No me tomas en serio —reconoció Ben con el asomo de una sonrisa—. Debemos regresar. El sol no te sienta bien. Acabarás roja como una langosta.

—Es usted un encanto —declaró la joven, levantándose para empujar la silla en dirección a la casa—. ¿Está seguro de que su hijo no se preocupa por usted más de lo que a usted le gustaría pensar?

—¡No te vuelvas impertinente, jovencita! —rugió el anciano—. Ya casi ni lo recuerdo. Ha pasado tanto tiempo, que si nos encontramos en la calle, no lo reconocería.

Corinna admitió para sí que eso tal vez fuera cierto. Benjamín nunca le había hablado del motivo del distanciamiento de su hijo. Ni siquiera había visto una foto suya en la casa. A pesar de ello, se

formó una imagen mental de él. Un hombre de unos cuarenta años, propenso a engordar gracias a su posición desahogada. Tal vez prepotente, al menos eso le había dicho el anciano, y quizá un tanto cansado de tanto trabajar y que, por orgullo, jamás visitaba el hogar paterno. ¿Quién podía saberlo? Podría estar casado y tener una docena de hijos. Ben jamás le había hablado de él y ella era demasiado prudente para preguntar. Conocía de sobra lo molestos que podían llegar a ser los curiosos. Con pesar recordaba a sus «amigos» de años atrás, cuando trataban de hurgar en sus problemas personales. Lo llamaban «preocupación», pero en realidad no era más que una curiosidad malsana.

El anciano todavía mascullaba su malestar cuando ella lo acostó a las nueve esa noche.

Durante todo el día había llevado consigo la carta de su hijo, y lo último que hizo antes de desearle buenas noches fue agitarla ante su cara una vez más.

—¡A mi edad no debería verme sometido a esto! —rugió por enésima vez—. Debería dejarme tranquilo y no molestarme así. Tú lo sabes de sobra. Todo el día me estás diciendo que debo vigilar mi presión arterial. —Sí —aceptó Corinna mientras lo veía tomar las medicinas. Solía hacerlo para asegurarse de que las ingería y de que no las tiraba tan pronto como ella salía del cuarto.

—¿Sí qué? —repitió el anciano—. No te quedes ahí simplemente diciendo «sí».

—No se hace ningún bien a sí mismo con tanto grito —le indicó Corinna, mientras le retiraba el vaso con agua y le entregaba una taza de chocolate que el anciano miró furioso.

—¡Llévate eso! Mejor dame una bebida de verdad. Un brandy o un whisky, por ejemplo.

—Tal vez él ni siquiera venga —le indicó Corinna ignorando su comentario—. ¿Le dice en la carta cuándo vendrá?

—No lo precisa. Si lo hiciera, encontraría la casa cerrada a cal y canto.

—Entonces quizá no venga. ¿Por qué se le habrá ocurrido venir después de tanto tiempo?

—No lo sé. Sólo me dice que desea discutir algo conmigo. ¿Qué podemos discutir después de tanto tiempo? Doce años, para ser preciso.

—Quién sabe. Pero no debe preocuparse. Incluso si viene, estoy segura de que no es como usted lo recuerda. La gente cambia. La vida nos suaviza a todos.

—Deja de filosofar. Aborrezco que alguien se ponga a filosofar.

—Duérmase ya —le indicó Corinna entre risas y dándole una palmada en la mano con afecto—. Espero que se despierte de mejor humor.

—Te has puesto roja con tanto sol.

—Buenas noches. Felices sueños y no se olvide de su presión arterial —le dijo Corinna desde la puerta.

Bajó y, siguiendo su costumbre, fue a sentarse en un sillón con un buen libro. Sus amigas, a las que veía los fines de semana, solían preguntarle cómo podía pasarse la vida entera en Surrey cuando estaba acostumbrada a la bulliciosa vida londinense. No tenía idea de lo tranquila que era la vida en Deanbridge, a pesar de las rabietas de Benjamín. Tal vez algún día echaría de menos Londres y su bullicio, pero en ese momento era feliz allí.

En un principio decidió dedicarse a la enfermería privada por el agotamiento del trabajo diario en el hospital. Motivos emocionales también la hicieron alejarse de Londres.

Fijó la vista en el libro, pero en realidad no leía. Contemplaba el rostro de Michael. El adorado Michael, con quien el matrimonio le había parecido inevitable. Se conocían desde la infancia y, con el tiempo, llegaron a aceptar que estaban hechos el uno para el

otro. Pero un año antes, cuando cumplió veintidós años, Corinna comprendió que no podría casarse con él por más que anhelara la seguridad que le ofrecía. Trató de no recordar lo mucho que le afectó esa decisión a Michael. No fue un momento agradable. Su madre se mostró ofendida.

—Cariño —le había indicado ella con voz un tanto temblorosa —. Hacéis la pareja ideal.

«Pero tan aburrida...», se decía Corinna para sí. Su madre era hábil para lanzar velados insultos. Ya estaba acostumbrada a ello, pero en ese momento le dolió. Había crecido a la sombra de la personalidad tempestuosa y extrovertida de su madre, lo cual la convirtió en una mujer cautelosa en extremo, más madura y práctica que lo que le correspondía por su edad. En el fondo sabía que eso agradaba a su madre, ya que así jamás podría hacerle

sombra.

Pero más que enfrentar a su madre, debía enfrentarse a sí misma, a la sospecha terrible de que no estaba hecha para el amor si era incapaz de amar a un hombre tan amable y afectuoso como Michael.

Cerró el libro y se levantó para caminar de un lado a otro por la ordenada habitación. En ocasiones como ésa se alegraba del orden exagerado que imponía Edna ya que Ben solía dejar por doquier toda suerte de libros.

—Lo único que me queda es la vista y debo aprovecharla —solía decir el anciano.

De hecho, su posición en la casa, técnicamente como enfermera privada se correspondía más con la de secretaria y dama de compañía. La salud de Ben era precaria, pero no tanto como para requerir una enfermera oficial, que se ocupara de más cosas aparte de asegurarse de que tomara sus medicamentos y vigilase su presión arterial. Lo que en realidad quería Ben era alguien que lo sacara a pasear, charlara con él y lo ayudara con un libro de historia que estaba escribiendo. Corinna admitía que para cualquier otra persona, la tarea sería aburrida, pero Benjamín era demasiado inteligente y exigente para cansarla a ella.

Sus pensamientos volvieron a su hijo. A pesar de los años transcurridos, la presencia de Antonio Silver seguía llenando Deanbridge. Y lo curioso era que Benjamín habría sufrido un infarto si ella hubiera llegado a mencionarlo. Decía que su hijo no era más que un recuerdo molesto, pero Corinna siempre había sabido que lo echaba de menos con la furia de un oso herido.

En ocasiones, Corinna se decía que Antonio Silver no podía ser tan malo como su padre lo pintaba; en otras, pensaba que era inhumano que un hijo hiciera tanto daño a su padre. ¿Qué clase de hijo era capaz de abandonar a su padre sin siquiera volver la vista atrás?

Por extraño que fuera, Benjamín le gustaba. A ella también la habían abandonado. Apenas tenía recuerdos de su padre. La abandonó cuando todavía era una niña y no sabía por qué. Tal vez ella misma lo decepcionó. Tenía el mismo carácter dramático y exagerado que su mujer; dos personas dispuestas a clavarse puñales hasta que el dolor de sacárselos se volvió demasiado intenso. Ella

nunca fue tan apasionada, tan extrovertida. ¿Era su timidez natural lo que lo asustó? Más tarde se dijo que había sido muy tonta por pensar así, pero los temores de un niño con frecuencia estaban más allá de toda lógica. No podía comprender cómo un hijo podía ser capaz de abandonar a su padre. Por comentarios ocasionales de Benjamín, sabía que en algún momento se había divorciado de su esposa y que Antonio abandonó Inglaterra para vivir en Italia, la tierra natal de su madre. Pero, ¿pudo eso ocasionar una separación tan radical?

Por vez primera sentía una verdadera curiosidad por el hijo ausente, por saber quién y cómo era en realidad.

Se sorprendió al ver que ya eran las once. Al levantarse, se preguntó si alguna vez terminaría de leer el libro. Y se alegró de haber dejado atrás la ajetreada vida del hospital, cuando al terminar la jornada apenas podía mantenerse de pie.

La casa estaba sumida en un silencio total. Edna y su marido, el jefe de jardineros, ya se habían retirado y el resto del personal de servicio se marchaba antes de las ocho u ocho y media.

Estaba pasando frente a la puerta de entrada cuando oyó una fuerte llamada seguida de otra.

Corinna no era una chica cobarde, pero permaneció inmóvil, dudando si debía ir en busca de Tom, el marido de Edna, o abrir ella misma. Era demasiado tarde para que se tratara de una visita, pero a la vez, un ladrón no anunciaría su presencia llamando a la puerta. Estaba a punto de seguir su camino, cuando una tercera llamada que amenazaba con derrumbar la casa la hizo cambiar de idea.

Abrió la puerta con cuidado y trató de volver a cerrarla al ver al hombre de aspecto amenazador que esperaba afuera.

Sin embargo, fue un esfuerzo inútil. La fuerza que ejercía ella para cerrar no era comparable a la de él, que intentaba abrirla más. La hizo trastabillar hacia atrás y sólo entonces se dio cuenta de que el temor la había hecho contener el aliento.

El hecho de tenerlo cerca y a la luz del vestíbulo nada hizo por atenuar su temor. Ella era alta, pero él superaba con creces y su constitución física era imponente. ¿Realmente sería un ladrón? Se cruzó de brazos para no temblar y lo miró con ojos dilatados por el miedo.

—Si ha venido a robar, ha escogido un mal sitio —declaró con la mayor firmeza de que fue capaz—. Tenemos dos perros y lo único que tengo que hacer es llamarlos con un silbido.

Pero no podía dejar de mirarlo. Su rostro era asombroso. Rasgos angulosos que podrían indicar crueldad, impresión que quedaba aterrada por una boca sensual y unos hermosos ojos grises que aquel momento la miraban con expresión hostil.

Vestía de negro de pies a cabeza. Corinna pensó que tal vez sería menos imponente si llevara una camisa hawaiana y bermudas.

—¿De verdad? —preguntó el hombre con tono burlón—. Ya he encontrado sus feroces perros y me han escoltado hasta la puerta.

—¿Quién es usted? —preguntó Corinna a pesar de que ya lo había adivinado. Una vez que oyó su voz y salió de su estupor inicial, comprendió que se trataba de Antonio Silver.

—Soy el hijo de Benjamín Silver —le indicó él con tono frío y las manos en los bolsillos al mirar a su alrededor—. Pero usted ya lo sabe, ¿no es así? Su expresión me lo dice. Supongo que mi padre habrá recibido mi carta.

—No es usted bienvenido aquí —declaró Corinna y al instante se quedó horrorizada de sus propias palabras.

Al contemplarla, Silver la hizo ruborizarse. —Usted debe de ser Corinna Steadman, la que cuida a mi padre.

Algo en su voz hizo que Corinna se atemorizara. Le parecía que estaba pisando un terreno peligroso y no era una sensación agradable. —Sí, trabajo para él —declaró con cuidado—. Soy su enfermera particular. —Eso es lo que yo he dicho —manifestó Antonio con frialdad—. Iré a buscar mi maleta al coche. No se le ocurra cerrar la puerta con llave cuando salga —agregó con una sonrisa que nada tenía de divertida. Corinna no dijo nada. Todavía no había salido de su asombro por completo. Antonio Silver regresó con una maleta de cuero, la dejó en el suelo y miró a la joven con resentimiento.

—No voy a subir esto arriba como si fuera un portero —dijo Corinna y se vio sometida de nuevo a una mirada gélida.

—No recuerdo habérselo pedido. Tal vez se crea una lectora del pensamiento al igual que la cuidadora de la casa.

—¡No me creo tal cosa! —le espetó furiosa, pero él ya se dirigía a la sala observándolo todo a su paso, lo siguió con los brazos

cruzados sobre el pecho—. No puede meterse aquí como si nada —manifestó.

—¿Por qué no? —se detuvo para mirarla.

—Porque... porque ya es tarde. Será mejor que vuelva mañana si quiere ver a su padre. Normalmente ya está levantado a eso de las nueve y media. Le diré que usted ha estado aquí.

—Querrá decir que lo prevendrá —en sus labios apareció una sonrisa cínica—. No, gracias —se sentó extendiendo sus largas piernas y se colocó las manos detrás de la cabeza—. Tengo la impresión de que jamás he salido de aquí —murmuró para sí—. Nada ha cambiado. Incluso esos dos cuadros están en el lugar de siempre.

—¡Nada tenía por qué cambiar! —le espetó Corinna desde la puerta.

Al instante comprendió que él ya se había olvidado de su presencia y volvió a arrepentirse de habérselo recordado, ya que volvió a observarla con aquella mirada gélida antes de ordenarle que se sentara. Corinna lo hizo en la silla más alejada de él.

—Me alegro de haber llegado en este momento —declaró Antonio—. No hay nadie por aquí, excepto usted —su tono amenazador la hizo estremecerse—. Así podremos hablar.

Corinna se dijo que aquel hombre era prepotente, amenazador y demasiado guapo. El tipo de hombre que ella había evitado durante toda su vida. Su padre también lo era, un imán para cualquier mujer. A lo largo de los años, había conseguido mantener bien escondidos sus sentimientos al respecto. Sin embargo, ahora los recuerdos surgían de las profundidades, recuerdos de su padre acusando a su madre de serle infiel, discusiones feroces y sin control en las que su madre lo acusaba a él de lo mismo. Una voz interior le decía que Antonio Silver era un hombre peligroso.

—Veo que protege mucho a mi padre —comentó él de pronto, haciéndola volver a la realidad. —Así es. Le tengo mucho afecto. —Eso me han dado a entender —ante la sorpresa de la chica, volvió a esbozar una de sus sonrisas enigmáticas—. Supongo que se estará preguntando dónde consigo mi información —agregó.

Corinna no contestó. Se estaba poniendo cada vez más nerviosa. ¿Dónde estaba su preparación ahora que la necesitaba? Había pasado años ocultando sus sentimientos a los pacientes, cuidándose

de no revelar demasiado, incluso cuando no estaba de acuerdo con los médicos, siempre cautelosa, siempre vigilante, y ahora estaba ruborizada y nerviosa como una colegiala.

—Angus McBride —añadió él con tono cortante, como si eso lo explicara todo.

—¿Angus McBride le dijo… qué? —preguntó Corinna, atónita. McBride era uno de los más viejos amigos \ de Benjamín, que los visitaba muy de vez en cuando y que, en principio, le pareció muy agradable. —Me escribió acerca de usted. —No tenía idea de que estuviera en contacto con alguien cercano a su padre.

—¿Y qué otras observaciones astutas ha hecho acerca de mí?

—No es ninguna observación astuta. Sólo se trata de lo que su padre ha dicho…

—Entonces, usted y mi padre han sostenido conversaciones extensas acerca de mí —la mirada acerada de Antonio volvió a hacer que se ruborizara.

—¡No me refería a eso! —Corinna se puso de pie, asustada—. Está poniendo palabras en mi boca. Su padre y yo no hemos hablado de eso. Quiero decir que su padre habla de usted una y otra vez, pero yo no intervengo. ¡No es de mi incumbencia lo que haya entre ustedes dos! Pero no puedo creer que Angus le escribiera para contarle chismes.

—¿Quién ha hablado de chismes? Es el abogado de la familia y nos hemos mantenido en contacto durante todos estos años. En una de sus cartas de hace algunos meses la mencionó a usted, o al menos a una enfermera que trabajaba para mi padre. Desde entonces, su nombre ha sido mencionado en algunas ocasiones… en los términos más favorables, debo agregar. —No sé qué es lo que se propone. — ¿No? No tiene apariencia de tonta. Bueno, para ayudarla a salir de su asombro, déjeme decírselo de esta forma. Mi padre es un hombre muy rico. La casa vale una fortuna y tiene otras propiedades, algunas en Londres y todas muy valiosas.

Corinna no lo dejó continuar. Se acercó a él con los brazos en jarras y lo miró furiosa.

—Por lo que deduce que yo ando detrás del dinero de su padre, ¿no es así? Si la acusación proviniera de otra persona, me sentiría insultada. Por lo que a mí respecta, usted es el menos adecuado para acusarme de nada, teniendo en cuenta que hace años que no

pone un pie aquí. ¡Nunca podría acusársele de ser un buen hijo!

Corinna debió de adivinar que Antonio Silver no era hombre que aceptara insultos. La tomó de la muñeca con fuerza y la miró con expresión desdeñosa.

—Guárdese sus comentarios acerca de mi carácter —le indicó entre dientes.

—¿Por qué he de hacerlo? —replicó ella con igual agresividad —. Hasta ahora no ha tenido ningún escrúpulo en juzgar el mío.

Silver la soltó de pronto y la chica se frotó la muñeca dolorida.

—¿Por qué he de hacerlo? —repitió él, levantándose para caminar por la sala.

Corinna volvió a admirar su figura imponente, que al mismo tiempo no dejaba de alarmarla. No recordaba haber seguido jamás con la mirada cada uno de los movimientos de Michael como en ese momento lo estaba haciendo. Se reprochó haberle dado el beneficio de la duda al imaginar que su padre exageraba sus defectos. Si acaso, el viejo se había quedado corto en su apreciación.

Silver se detuvo frente a la chimenea, al otro extremo de la sala, y se volvió hacia ella. Corinna apenas pudo soportar su mirada; era como si estuviera en el banquillo de los acusados, y la hacía sentirse absurdamente culpable.

—Yo no soy un intruso aquí —manifestó él—. Llevo el apellido Silver.

—Bonita forma de presentarse —le espetó Corinna—. ¿Suele ser una persona tan sociable?

—Cuando se trata de mujeres como usted, no veo la necesidad de andarme con cortesías. Ir directo al grano es la única forma de que podamos entendernos.

—¿Mujeres como yo? —gritó Corinna. Jamás alguien la había hecho enfadar de esa manera. Siempre había sido una persona tranquila, poco dada a ataques de furia que ella misma despreciaba, ya que los consideraba innecesarios, y que la hacían recordar su triste infancia entre las discusiones de sus padres. Por ello la sorprendía que ese desconocido le hiciera perder la calma de esa manera. Aspiró profundamente varias veces para calmarse y agregó —: No tengo por qué soportar esto. No es culpa mía que haya decidido presentarse aquí a la mitad de la noche para acusarme de que quiero robar la cubertería de plata. Por lo que a mí respecta, el

intruso aquí es usted. Hace años que no está en contacto con su padre, ni siquiera ha sido capaz de enviarle una tarjeta de Navidad y...

—Parece haber dominado el arte de sacar conclusiones apresuradas —la interrumpió él con violencia. —Su padre me dijo...

—¡Ya estoy harto de lo que mi padre le ha dicho! ¿Tiene tiempo para cumplir con las obligaciones para las que fue contratada entre conversación y conversación?

Corinna se quedó muda. No era justo. Antonio Silver debería haber sido un hombre de edad mediana, gordo y aburrido. Ella habría podido enfrentarse con un hombre así.

—Ya es tarde —dijo con tensión—. Me voy a dormir —se dirigió hacia la puerta, pero él la alcanzó.

—No irá a ninguna parte hasta que termine con usted.

—¿Hasta que termine conmigo? —repitió furiosa—.

¿Quién se cree que es?

—Alguien al que debe temer. Alguien que no se dejará conquistar con esos enormes ojos y finos modales, que supongo habrá estado desplegando desde que llegó aquí. Ya me ha dado muestras de los rugidos que puede lanzar detrás de esa apariencia de ratoncillo. Debe de hacer añicos la presión arterial de mi padre.

Sus miradas se encontraron y Corinna fue la primera en bajarla. A esa distancia podía sentir su masculinidad. Penetraba en sus sentidos como el incienso, mareándola.

—No tanto como usted —murmuró Corinna y él se acercó como tratando de comprobar lo que había oído. La joven sintió deseo de retroceder.

—¿Qué ha dicho?

—Que sería mejor que le llevara a su propia habitación si se propone pasar aquí la noche.

—¿Qué la ha hecho pensar que me propongo quedarme aquí?

—¿Su maleta? —preguntó Corinna como si hablara con un idiota, complacida de que la voz no le temblara a pesar de que sus manos sí lo hacían—. ¿El hecho de que es más de medianoche y de que le resultaría difícil encontrar otro alojamiento?

—Pues está muy equivocada —manifestó él.

—¿Quiere decir que no se va a quedar aquí? —preguntó Corinna esperanzada. Eso complacería mucho al anciano, pensó. Si su hijo

estaba bajo el mismo techo, nadie sabía lo que podría ocurrir. Como mínimo le pediría a Edna que lo sacara de allí a la fuerza. Pero no, se dijo al volver a mirarlo. Incluso Edna tenía sus limitaciones.

—Lo haré —manifestó él—. Pero no por una noche. Mi estancia aquí será por tiempo ilimitado.

—¿Por tiempo ilimitado? —repitió Corinna, desilusionada.

—Veo que la posibilidad le resulta atractiva —declaró él con una sonrisa torva.

—No ha traído suficiente equipaje —manifestó ella con voz débil.

—Hay dos maletas más en el coche. Y antes que me lance otro discurso sobre cuáles son sus responsabilidades, le diré que no espero que usted me las suba. No queremos que se ensucie las manos con tareas tan mundanas, ¿verdad?

—¿Por qué? ¿Por qué ha decidido de pronto volver a Inglaterra e instalarse bajo el mismo techo que su padre?

—Por dos motivos, señorita Steadman. El primero es que una de mis compañías va a abrir una oficina no lejos de aquí, en Guilford. Y el segundo —agregó con tono amenazador—, es para poder vigilarla. No queremos que empiece a abrigar esperanzas que vayan más allá de sus obligaciones, ¿no le parece?

CAPÍTULO 2

CORINNA no tenía idea de cómo pudo conciliar el sueño. Cuando apoyó la cabeza en la almohada, ardía de furia. Jamás nadie la había hecho enfadar de esa forma. El control del que siempre se había sentido orgullosa, había brillado por su ausencia; esos eran sus lamentos, mientras trataba de dormir. Tardó en hacerlo. Tenía la mente demasiado llena de imágenes de Antonio Silver.

Al despertar a la mañana siguiente, las imágenes reaparecieron con pasmosa claridad.

«Vaya forma de empezar el día», pensó. Durante los últimos meses, una vez que ya se había acostumbrado a vivir en la casa Deanbridge, se despertaba tranquila y contenta, contemplando los alrededores. Pero esa mañana no tenía tiempo para contemplaciones y se obligó a tranquilizarse. Ese hombre no tenía por qué afectarla de esa forma. Lo había conseguido la noche anterior al tomarla por sorpresa, pero ese día sería

diferente.

Se tomó su tiempo para vestirse, recogiéndose el cabello en un moño. No usaba uniforme ya que, desde el primer día, Benjamín le indicó que no soportaría verla de esa guisa, pero siempre se había preocupado de vestirse bien. Nada de pantalones y mucho menos, cortos, a pesar del calor de la estación; contaba con una buena dotación de faldas y blusas discretas. Se miró al espejo. «Nada del otro mundo», pensó. Su apariencia no era mala, pero por primera vez desde que llegó, se dio cuenta de que la ropa de corte conservador no la favorecía. Necesitaba algo con colores brillantes que hicieran resaltar su tez pálida.

¿Por qué se daba cuenta de ello en ese preciso momento? Recordó que Antonio Silver la había llamado «ratoncillo». ¿Acaso cultivaba esa imagen inconscientemente como respuesta a la actitud de su madre? Así parecía y la furia la invadió de pronto. El divorcio de sus padres siempre había permanecido en su subconsciente.

En un impulso se aplicó un poco de rubor en las mejillas antes de fruncir el ceño, impaciente consigo misma.

Cuando se dirigía a la habitación de Benjamín Silver, se

preguntó si ya habría sido notificado de la presencia de su hijo. Deliberadamente se había retrasado esa mañana para no dar indicios de que estaba muerta de curiosidad.

Al entrar en su habitación, comprendió que ya estaba enterado. Las cortinas estaban sin abrir. Eso era lo primero que él hacía por las mañanas. Lo encontró acostado y se acercó con cautela.

—Buenos días, Benjamín —lo saludó con tono alegre antes de ir a abrir las cortinas.

—¿Para qué te molestas? No voy a salir de la cama esta mañana.

Corinna ignoró su comentario y dejó que el sol entrara por la ventana.

—Vamos —le indicó con una sonrisa al acercarse. —Deja de gorjear como un pajarillo —le indicó furioso—. ¡Ese… ese hijo mío se ha atrevido a cruzar el umbral de esta casa!

—Lo sé —repuso Corinna muy quedo, arreglando el cuarto a pesar de que sabía que más tarde llegaría una sirvienta a hacerlo.

—¡Lo sabes! —rugió Ben—. ¿Lo sabías y no me lo dijiste?

—Llegó muy tarde —declaró tratando de no revelar en su expresión el resultado de tan desastroso encuentro—. Justo cuando iba a acostarme.

—¡Típico! Es incapaz de dar la menor oportunidad

a nadie.

—¿Y cómo se ha enterado usted de su llegada? —preguntó Corinna mientras colocaba unos libros sobre una mesa, junto a la ventana.

—Por Edna. Apareció aquí al amanecer para darme «la buena nueva». Maldita mujer, creyó que me pondría contento a pesar de que hace años que le he dicho cuáles son mis sentimientos hacia él. ¡Vaya una tonta! Me ha estropeado el día, por supuesto. No he podido tocar el desayuno y, por supuesto, no voy a bajar. ¡No hasta que él se haya ido de esta casa!

—No parece tener ninguna prisa por marcharse —le indicó ella con cuidado y Ben le lanzó una mirada furiosa.

—Ya la tendrá —insistió el anciano, agitando los brazos—. Se dará prisa cuando le eche los perros… a Edna… a la policía.

Corina no creía que la policía pudiera hacerle mucho caso, pero se quedó callada.

—No puede quedarse en la cama todo el día —le indicó con

tono razonable—. Estará mortalmente aburrido dentro de una hora. Es cierto que lo llevo a pasear en silla de ruedas, pero sabe que debe ejercitar las piernas caminando por la casa.

—Ese médico es un farsante. Me importa un bledo lo que ese payaso y tú opinéis. Sin embargo, no puedo quedarme en mi propia casa como si estuviera prisionero. ¿Cómo se atreve él a venir a mi casa y obligarme a quedarme recluido en mi cuarto? ¡Tienes que hacer que se vaya!

—¿Yo? —Corinna se volvió sorprendida hacia él y el viejo le brindó una sonrisa astuta.

—Veo que ya os habéis enfrentado. ¿Qué opinas de él?

—Si quiere saberlo, creo que es prepotente, arrogante y desagradable.

—Pero bien parecido. Lo era cuando lo vi por última vez. ¿Cómo está ahora? —se miraba las manos con fingido interés.

—Pasable —respondió Corinna. Sacó ropa del armario y la dejó sobre la cama.

Su corazón perdió el ritmo al recordar la figura impotente de Antonio. Pensó que seguramente sería todavía mejor a la luz del día y no pudo evitar que el rubor cubriera sus mejillas...

Sin embargo, Benjamín no pareció notarlo. Seguía mirándose las manos.

—Pues me niego a verlo —declaró con firmeza—. Más vale que vuelvas a guardar esa ropa.

—Vamos, no sea tonto —le indicó Corinna cuando Ben se volvió de lado, pretendiendo que ella no estaba allí.

Estaba acostumbrada a las rabietas infantiles de Benjamín Silver. A pesar de sus achaques, tenía una agilidad mental que su organismo no le permitía usar a plenitud. Corinna pensó que Angus Mcbride tenía razón. Se necesitaba algo más que los límites de la casa Deanbridge para mantenerlo ocupado.

—Tendrá que verlo en algún momento —insistió—. No creo que sea de los que desaparecen sólo porque usted lo quiera. Sé que ésta es su casa, pero sinceramente, ¿qué puede hacer usted? No puede dejar de verlo.

—¿Dijo cuándo vendría? —preguntó Ben con voz ahogada y ella se tensó al recordar el desagradable encuentro de la noche anterior.

—Eso es algo que tendrá que discutir con él —le indicó Corinna

bajando la vista y él se volvió.

—Mi curiosidad no es tan grande —declaró el anciano y se encogió de hombros.

Corinna se sentía como pelota que iba y venía en un partido de tenis en el que ella no participaba. ¿Por qué tenía que haberse presentado Antonio? Las cosas iban tan bien en su vida... Por primera vez en mucho tiempo se sentía verdaderamente relajada después de haber dejado su trabajo y de haberse librado de Michael. ¿Por qué había tenido que llegar él y estropearlo todo con sus insinuaciones y sus burlas solapadas?

Abrió la boca para indicarle que no estaba dispuesta a actuar como intermediaria, pero antes de que pudiera hacerlo, Ben agito una mano despachándola.

—¡Vete! Tienes el día libre. Pero asegúrate de que ése que se dice mi hijo no se encuentre conmigo.

Con un suspiro, Corinna salió de la habitación, cerró la puerta y se dirigió hacia la cocina.

Era un lugar más acogedor de la casa y el dominio absoluto de Edna. Nunca permitía que alguien la ayudara en las tareas de cocina.

Nada más entrar con el ceño fruncido, se quedó helada de repente. Al ver a Antonio sentado ante la mesa vestido con ropa informal y una taza de café frente a él, sintió el impulso de darse media vuelta y huir. Al fin se obligó a quedarse y servirse una taza de café.

—Buenos días —la saludó él, amable.

—Buenos días —respondió ella con torpeza, apartando la vista —. ¿Ha dormido bien? —preguntó con cortesía.

Él levantó las cejas, divertido por la falta de sinceridad de su pregunta. La hostilidad ya no era tan abierta como la noche anterior, pero para Corinna todavía latía bajo la superficie, reemplazada por una desconcertante frialdad. Si al menos eso la distrajera de la atracción física, pero su cuerpo seguía reaccionando a su fuerte personalidad.

—He pasado mejores noches —le indicó él, mirándola por encima del borde de la taza—. Supongo que ya ha visto a mi padre y le ha informado de mi presencia aquí.

—Cuando lo vi, Edna ya se lo había dicho.

-¿Y?
—¿Y qué? —Corinna lo miró con expresión inocente. Habría preferido no encontrarse allí, pero ya que estaba, no entablaría batalla. Se trataba de una guerra fría y seguiría esas reglas.
—¿Y cuál ha sido su reacción?
—No estaba muy impresionado —respondió con cuidado, procurando mantenerse tranquila. Tomó una rebanada de pan y la untó de mantequilla, asegurándose de no mirarlo. Su atractivo era innegable. Como sentía su mirada sobre ella, al fin levantó la suya con expresión velada.
—No muy impresionado —repitió Antonio con tono perezoso apoyándose en el respaldo de la silla para brindarle toda su atención—. Había olvidado que ustedes los británicos son unos maestros en el arte de subestimar.
—¿Nosotros los británicos? ¿Ha olvidado que usted es medio británico? Creo que no, pues anoche se aseguró de afirmarlo.
Se produjo una breve pausa. Luego él sonrió haciendo gala de tal atractivo sexual, que Corinna se ruborizó, confundida. Prefería los insultos a eso.
—¿Dónde está Edna? —preguntó, ignorando la impresión que él le producía.
—Ha ido al pueblo. Tal vez mi padre no se haya sentido muy impresionado por mi llegada, pero Edna todavía cree que es el retorno del hijo pródigo. Ha ido en busca de mis alimentos favoritos. No comprendo cómo puede recordarlos. Debe de tener una memoria de elefante.
Así que la formidable Edna se había convertido en un manso gatito, pensó Corinna. Tal vez esa era la reacción que Antonio suscitaba en todas las mujeres con las que establecía contacto.
—¿Y dónde está mi padre? —preguntó él, entrecerrando los ojos.
—En su dormitorio.
—¿Manteniéndose oculto?
—Tratando de sobreponerse a la impresión de saber que está equivocado —declaró Corinna, sorprendida por lo acertado de su aseveración—. No creo que quiera verlo en este momento —«quizá dentro de algunos años», agregó en silencio, «cuando ya esté muy lejos de aquí».

—Pues me verá, le guste o no —manifestó Antonio con frialdad —. Y sin que usted haga de mediadora. No dudo que eso le daría un gran placer, pero pienso verlo como sea.

—No puedo pensar en algo peor que interponerme entre ustedes —le indicó Corinna, tensa—. Es su padre, ustedes deben resolver sus diferencias solos. —Tampoco permitiré que quiera influenciarlo. — ¡No tengo intenciones de influir en él! —Corinna dejó la taza sobre la mesa con fuerza.

—¿Entonces no le ha comentado lo que estuvimos discutiendo anoche?

—No —respondió ella—. No le he dicho lo que usted discutió anoche. Yo no recuerdo haber discutido nada con usted.

—¿También se ha abstenido de hacer algún comentario contrario a mí?

Corinna abrió la boca, pero no pudo contestar. — ¿Pensando en una mentira apropiada? —continuó él con frialdad.

—Me preguntó qué opinaba de usted y yo le dije la verdad.

—¿Y qué es lo que opina?

—Que es usted prepotente y desagradable —ante la falta de respuesta de Antonio, Corinna se movió inquieta en su asiento.

—No recuerdo a muchas mujeres que me hayan descrito así recientemente —comentó Antonio al fin, en voz baja.

«No» aceptó ella en silencio. «Supongo que todas estaban demasiado ocupadas en conseguir que les regalaras una de tus sonrisas devastadoras. Pues no es mi caso, malvado».

—¿No? —preguntó con tono cortés—. Debían de ser miopes.

—O tal vez es usted la que se forma opiniones falsas. Después de todo, está en minoría. Pero también puede ser que se trate de una experta en hombres. ¿De eso se trata?

—Me olvidaba de un calificativo más —le indicó Corinna, ignorando su pregunta—: Egoísta.

—¿Me permite hacer la misma evaluación asesina a la que acaba de someterme? —preguntó él, provocando su rubor.

Corinna fue a rellenar su taza. No le agradaba el giro que estaba tomando la conversación. No le agradaba participar en juegos de palabras con ese hombre. Preferiría ignorar su presencia por completo.

—¿Tengo libertad de elección? Me impondrá sus opiniones sin

miramientos, tal como lo hizo anoche.

—Bueno —Antonio se cruzó de brazos—, me parece usted una criatura bastante ordinaria. No, bastante fiera, diría yo. Con mucha de esa franqueza que muchos ingleses definen como virtud, pero que raya en la grosería.

—¡Grosería...! —barbotó Corinna, furiosa.

—Así es —confirmó Antonio con voz suave—. ¿Ha cultivado ese arte para conquistar a mi padre? Lo recuerdo como brillante y temperamental, un hombre que jamás se dejaría conquistar por mimos y zalamerías. ¿Cree que la forma más rápida de triunfar es atacar al fuego con el fuego?

—¡No tengo por qué escuchar esas sandeces! —exclamó Corinna, levantándose para marcharse.

—¡Espere!

—¡No tiene por qué darme órdenes! ¡Quizá pueda hacerlo en el lugar de donde viene y con las mujeres con las que se relaciona, pero no conmigo!

Cuando se miraron a los ojos, Corinna volvió a sentir la desagradable percepción de su masculinidad. Cuando él se puso de pie, tuvo que obligarse a no hacer lo mismo a pesar de que el instinto le decía que echara a correr. Antonio rodeó la mesa y se acercó a ella que, por su parte, deseaba que en ese momento se lo tragara la tierra. Lo vería desaparecer con una sonrisa. — ¿Las mujeres con las que me relaciono? —Me ha escuchado bien. Por lo que me dice, deben de caer a sus pies como hojas muertas, pero no espere la misma reacción por mi parte.

Antonio la miró con expresión especulativa, analizando su comentario, y Corinna se arrepintió de sus palabras. No tenía por qué justificarse ante ese hombre y le molestaba tener que ponerse a la defensiva con él. — ¿No? —preguntó él, mirándola de pies a cabeza—. ¿La recompensa económica no es suficiente? —se rió al ver su expresión furiosa—. ¿O tal vez el ratoncillo de temperamento feroz prefiere ir a esconderse a un rincón y desde allí ver pasar el mundo?

Era evidente que buscaba provocarla, pero el deseo de borrarle aquella expresión burlona de la cara era tan fuerte que Corinna tuvo que apretar los puños para contenerlo.

—¿Hay algo más, o puedo retirarme?

—¿Cuál es el dormitorio de mi padre? —cuando la chica empezó a decírselo, él la interrumpió—. Lléveme allí. El momento del enfrentamiento ha llegado.

Corinna emprendió el camino, muy consciente de la presencia de Antonio tras ella. Se preguntaba si estaría nervioso. No lo parecía, pero tal vez sólo era un buen actor. Al llegar ante la puerta del cuarto de Benjamín llamó y entró.

No miraba a Antonio, así que no captó su reacción, pero con seguridad la expresión de asombro del padre fue un fiel reflejo de la del hijo. Creyendo que sobraba allí, hizo el intento de retirarse.

—¿A dónde crees que vas? —rugió Benjamín—. ¡Te dije que no quería verlo!

Antonio se limitó a apretar los labios, sin decir nada. Entró en el cuarto y se dirigió a la cama para contemplar a su padre con rostro inexpresivo. Conteniendo el aliento, Corinna cerró la puerta.

—No eres bienvenido aquí —manifestó Benjamín e indicó a Corinna que se acercara con un gesto para tomarla de la mano con firmeza.

Ella advirtió que el hijo tomaba nota mental de todo, posiblemente para más adelante usarlo en su contra.

—Mi corazón —se quejó Benjamín—, mi presión. No puedo soportarlo, me quitará la vida —se desplomó en la cama y Antonio lo miró con expresión vacilante.

—Te escribí para avisarte que vendría —comentó lacónico, apartando la vista de su padre.

—Quizá sea mejor que se vaya —intentó Corinna preocupada, buscando su maletín de instrumentos para atender al anciano. Pensó que si la presión arterial de Benjamín había subido, Antonio tendría que salir, lo quisiera o no.

—¿No recibiste mi carta? —insistió Antonio, ignorando el comentario de la joven.

—Preferí considerarla una equivocación —Benjamín miró a su hijo con hostilidad defensiva.

Al verlos juntos, Corinna advirtió el parecido entre ellos. Ambos tenían la misma expresión terca. «Dos personalidades fuertes en plena colisión», pensó.

—Yo nunca me equivoco —declaró Antonio con tono tajante.

—Pues lo has hecho al venir aquí —declaró Benjamín—. Hace

años que no ponías un pie en la casa y para mí estaba bien. Por lo que a mí respecta, no tengo hijo.

Eso hizo que Antonio se ruborizara. Corinna no pudo determinar si era de ira o de vergüenza.

—Los dos sabemos por qué me fui de aquí —declaró tenso—. Pero no me agrada que aireemos nuestras diferencias delante de tu enfermera.

—¿Por qué no? —protestó Benjamín—. Ella forma parte de mi vida más que tú.

—Situación que estimo peligrosa, ¿tú no? Como enfermera, no es indispensable.

—¿Quieren dejar de hablar de mí como si no estuviera presente? —protestó Corinna, airada. Con tono más suave, le comentó a Benjamín—. Su hijo tiene razón. Ustedes deben aclarar sus diferencias sin testigos.

—Yo no tengo nada que hablar —insistió Benjamín, terco. Miraba a su hijo con los puños apretados—. No sé a qué has venido y tampoco quiero saberlo. El verte hace que me suba la presión.

—Su presión está bien —manifestó Corinna, sorprendida.

—Por el momento —gruñó el anciano—. Pero no lo estaré si debo soportar esto mucho tiempo.

—Escucha —le indicó Antonio—, he estado lejos durante mucho tiempo. Reconozco que hace mucho que debimos aclarar las cosas entre nosotros.

Su expresión era tensa. Era obvio que no era muy dado a hacer concesiones de ningún tipo.

—Debimos aclararlas, pero nunca lo hicimos —declaró Benjamín sin ceder—. Ahora, si no te importa marcharte, estoy muy cansado. Cierra la puerta al salir.

Antonio movió la cabeza y, al salir, dio un portazo.

—¿Y bien? —le preguntó Benjamín a Corinna—. No te quedes ahí fingiendo que no tienes nada que decir. Y por Dios santo, deja de colocar esas mantas. ¿En qué estás pensando? Dímelo en lugar de mostrar esa expresión adusta.

—Pudo haber manejado mejor la situación.

—¿Mejor? ¡Vaya atrevimiento! Veo que tú también has caído en su red. ¿Esas son las nuevas reglas del juego?

—No sea tonto. No he caído en su red. Sólo creo que debió

haber aceptado su disculpa.

—¿Por qué?

—Porque pudo ser el comienzo de una tregua entre ustedes.

—Tregua sin la cual puedo vivir.

Corinna se encogió de hombros y Benjamín frunció el ceño.

—No es bienvenido aquí y no tienes por qué hacerte la inocente. ¿No te resulta obvio que te desaprueba? Ha dicho que no eres indispensable.

—Eso no me molesta —Corinna bajó la vista.

—Pues me molesta a mí. No quiero escuchar lo que tenga que decirme. Si parte del motivo que lo ha traído aquí es porque se cree obligado a conocerte, y si piensa que tienes algún interés en mi chequera pierde el tiempo.

Corinna se volvió sorprendida. Sabía que el viejo era astuto, pero esa misma astucia la asombraba.

—Veo que tengo razón.

—¿Cómo lo ha adivinado?

—Supongo que el tonto de Angus le escribió, hablando de ti —continuó Benjamín al ver su asombro—. Hace años que trata de volver a reunimos. Se ha mantenido en contacto con Antonio. Hace comentarios de él aquí y allá para despertar mi curiosidad, como si en realidad me interesara —se echó a reír—. No estoy dispuesto a olvidar y perdonar con tanta facilidad.

—Es usted un viejo testarudo —le indicó ella con resignado afecto—. Ya sabe lo que se dice del orgullo. —Y ya sabe lo que pienso cuando te pones a filosofar —replicó él—. Ahora vete con tus quejas a otra parte.

—¿No va a bajar?

—No por el momento.

—¿Y la comida?

—Pídele a Edna que me la suba. Ya es hora de que se gane el sueldo —cerró los ojos como solía hacer cuando quería despacharla, y Corinna salió de la habitación.

Al levantar la vista, descubrió que Antonio la esperaba apoyado en la pared junto a la escalera. Trató de pasar frente a él, pero fue en vano. Cuando la tomó del brazo, el cuerpo de Corinna empezó a hacer cosas extrañas y su respiración se agitó.

—La estaba esperando —manifestó él con tono sombrío.

—Quíteme las manos de encima —pidió inútilmente, ya que él la agarró con más fuerza.

—He visto cómo mi padre reacciona ante usted.

—Qué interesante. ¿Quiere soltarme?

—No sé cómo lo ha hecho, pero se ha convertido en parte necesaria en su vida. No permitiré que vaya a estafarlo.

—No está en posición de impedir nada, señor Silver. Aunque no hay nada que impedir. Cierto que no es de mi incumbencia, pero ¿cómo sé que este súbito interés por su padre no se deba a que cree amenazada su herencia? ¿Acaso se debe su apresuramiento al enterarse de mi existencia?

—Tiene razón, no es de su incumbencia —Antonio apretó los labios—. Sin embargo le diré que no tengo ningún interés en las propiedades de mi padre. El dinero que tengo me basta para comprar lo que quiera, se lo aseguro. ¿O necesita ver mis cuentas bancarias?

—No puede culparme por pensar...

—En el futuro guárdese sus pensamientos —la interrumpió él—. Es enfermera, ¿lo ha olvidado? No está aquí para especular sobre cosas que no son de su incumbencia, sino para cuidar a mi padre, aunque me sorprende que no lo haya llevado a la tumba con esa lengua viperina que tiene.

—Eso no es justo —protestó Corinna con expresión dolida y bajó la vista—. Su padre y yo nos entendemos bien.

—Demasiado bien.

—Sus suposiciones me molestan. Si lo que se propone es que me vaya de aquí, pierde el tiempo. Me gusta estar aquí. Su padre me agrada y eso nada tiene que ver con sus cuentas bancarias. Es probable que su cinismo lo ayude en la jungla de asfalto en la que vive, pero aquí está fuera de lugar.

—¿Eso cree? —la miró con expresión especulativa, haciéndola inquietarse—. De acuerdo. Lo haremos a su manera. Tal vez mi juicio está equivocado. Debo admitir que no esperaba encontrarme a alguien como usted.

—¿A quién esperaba encontrar? —inquirió Corinna sin contenerse.

—A alguien más sensual —comentó él con tono perezoso—. Un poco más... rellenita, por así decirlo. Y definitivamente a una mujer

morena. A mi padre siempre le han atraído las mujeres de cabello oscuro, ¿lo sabía? Algo para anotar en su libro de recuerdos, ¿no le parece?

—¿Cómo sabe eso? —preguntó Corinna con voz tranquila, negándose a permitir que la mirada de sus ojos de color gris acero la hechizara.

—Un secreto que él me confió hace muchos años y que se me quedó grabado en la mente a pesar del tiempo transcurrido.

Así que en algún momento había habido confianza entre ellos, pensó Corinna. ¿Por qué se habría estropeado todo? Nunca lo preguntaría en voz alta y sabía que la respuesta no le llegaría de ninguno de los dos. Antonio la estudiaba con intensa concentración, haciendo que se sintiera más incómoda por momentos. — ¿Cuáles son sus planes? —preguntó, buscando terreno seguro.

—Ya sabe cuáles son mis planes. Tengo trabajo que hacer aquí, aparte de otras cosas.

«Que espero te mantengan alejado de casa», pensó ella temerosa de futuros enfrentamientos con él.

—Muy bien. Ya puede soltarme. Parece que le agrada usar tácticas de troglodita conmigo, pero preferiría que no me tocase.

—Como prefiera —la soltó, pero antes de que ella pudiera alejarse, agregó—: Pero primero... —le soltó el cabello con un rápido movimiento, de manera que cayó como una cascada sobre sus hombros—, me interesa saber si es tan fría e intocable como parece con el cabello recogido.

Corinna se ruborizó. El corazón le latía como un tambor y, por primera vez, no supo qué contestar. Sin decir más, se alejó.

—¿No le gustaría saber lo que pienso? —preguntó Antonio a su espalda.

Lo maldijo en silencio. ¿Por qué pensaba que podía decirle lo que le viniera en gana? La piel de la nuca todavía le vibraba donde la había tocado y, lo admitiera o no, provocaba en ella una excitación prohibida.

CAPÍTULO 3

HASTA la mañana siguiente Benjamín no salió de su cuarto, una vez que recuperó algo de su temperamento feroz. Corinna le había dejado su ropa sobre la cama y, cuando hizo acto de presencia, el anciano llevaba algo más de su propia cosecha: una corbata azul. Además, en lugar de las acostumbradas pantuflas que usaba en la casa, llevaba zapatos de calle.

Corinna lo miró divertida y él frunció el ceño. — ¿Qué te sucede? —preguntó airado, tomándola del brazo para bajar por la escalera.

—Está muy elegante —respondió ella, muy seria—. ¿Va a algún lado?

—¿Ya no puede un hombre vestirse bien en su propia casa sin que lo hagan víctima de bromas de mal gusto?

—Yo no he hecho broma alguna.

ˆPues a mí me lo ha parecido —repuso él, haciéndola sonreír—. ¿Dónde está él?

—Entonces, ¿se ha arreglado para impresionarlo?

—¡Por supuesto que no! —negó él con demasiada energía—. ¿Por qué debería hacerlo? ¡Ni siquiera lo quiero bajo mi techo!

—Pues no sé dónde puede estar —habían llegado a la cocina y Corinna se dispuso a servirle el desayuno bajo su mirada especulativa.

—Tú también has mejorado tu imagen, ya que hablamos de eso —comentó él con malicia.

Corinna guardó silencio, pero se ruborizó. Reconocía que había decidido usar un poco de maquillaje y se había puesto una blusa y una falda a juego de color rosa brillante, en lugar de los colores fríos que solía lucir, pero eso no significaba nada. No estaba intentando impresionar a Antonio Silver. No había vuelto a verlo desde que él le soltó el cabello sólo por divertirse, y había decidido que lo aborrecía. No le gustaba su excesiva confianza, su atractivo extraordinario y, sobre todo, la forma en que la afectaba. Siempre había sido capaz de controlarse y pretendía seguir haciéndolo. Hombres como él la asustaban. Siempre había buscado lo contrario, ¿o no?

—¿Y bien? —insistió Benjamín con su agresividad acostumbrada —. ¿Qué hay detrás de esa blusa y esa falda de color rosa, que debo decir es lo más bonito que te he visto usar desde que llegaste aquí?

—Nada —respondió Corinna mientras se servía una taza de café —. Si está imaginando algo, su mente vuela con demasiada rapidez.

—Tanto como lo que le ocurría a la tuya hace unos minutos.

—Bueno, una vez aclaradas las cosas —comentó Corinna después de una pausa—, ¿qué planes tenemos para hoy? ¿Damos el paseo acostumbrado y luego dedicamos tiempo a sus escritos, o prefiere hacer algo diferente? Podríamos ir a la biblioteca del pueblo. Recuerdo que me dijo que quería consultar algunos libros que no están en su biblioteca.

—Sí, no es mala idea.

Una familiar voz profunda los interrumpió. Al levantar la mirada, Corinna se encontró con la de Antonio. Lo primero que se le pasó por la cabeza fue que le parecía más atractivo que nunca. A no dudar, estaba a punto de salir, ya que vestía un elegante traje de color oscuro.

Al instante pensó también que no había que confiar en los hombres guapos, consejo que le había dado su madre años atrás y que se le había quedado grabado.

Benjamín dejó de comer para contemplar a su hijo. Corinna advirtió que la vieja hostilidad renacía, pero Antonio no parecía amedrentado. Se sentó a la cabecera de la mesa y los estudió a ambos con expresión velada.

—Te sentaría bien salir —añadió, provocando la explosión de ira de Benjamín.

—¿Y quién eres tú para darme consejos? —rugió—. No sólo te presentas en mi casa contra mis deseos, sino que ahora quieres administrar mi vida. ¿Qué vendrá a continuación? ¿Sugerir qué libros debo leer? O tal vez la ropa que debo usar.

Consternada, Corinna vio cómo Antonio apretaba los labios.

—Pero aquí estoy ahora —manifestó, luchando por mantener un tono razonable—. Creo que podemos dejar de luchar y comportarnos como dos adultos.

—¡No, no podemos! —Benjamín arrojó la servilleta sobre la mesa y se levantó, sólo para desplomarse de nuevo en la silla con expresión de dolor—. Dios mío, creo que me va a dar otro infarto —

gimió, llevándose una mano al pecho.

Corinna se levantó, alarmada.

—¡Vuelva a sentarse! —le ordenó Antonio con voz dura—. No tiene nada. Sólo es una forma de rehuir lo inevitable.

—¿Quieres dejar de gritar en mi casa? —gritó Benjamín.

Antonio suspiró exasperado.

—Escucha, solamente creo que te haría bien salir y no quedarte encerrado en casa como siempre.

—¿Cómo sabes que no pongo los pies en Londres cada vez que me viene en gana?

-Por McBride.

—El muy traidor. El espía, el Judas...

Corinna creyó detectar un brillo divertido en la mirada de Antonio; pero no estaba segura, ya que al instante veló su expresión.

—¿En qué estás trabajando?

—Una obra sobre la historia de la casa —respondió Benjamín después de una pausa—. Me asombra que me lo preguntes. Es la primera vez en muchos años que te muestras interesado en mi vida. Y no —agregó molesto, dirigiéndose a Corinna—. No creo que vaya hoy a la biblioteca pública. Me siento débil —se levantó y de inmediato la chica hizo lo mismo.

—Le doy miedo, ¿verdad? —murmuró Antonio cuando ella pasó a su lado, haciéndola detenerse.

—No me haga reír —replicó.

—Entonces, siéntese y termínese el café.

Sin mirarla, Antonio procedió a servirse una taza de café. Corinna ansiaba seguir a Benjamín, pero Antonio le había lanzado el guante y ella había respondido al desafío de su voz burlona.

¿Así que creía que le tenía miedo? Se encogió de hombros y volvió a sentarse. Sin la presencia de Benjamín, la cocina le parecía pequeña y abrumadora.

—Veo que el cuidadoso moño ha vuelto a aparecer —comentó Antonio, recorriéndola con la mirada—. Aunque esta ropa es mucho mejor que la de ayer.

—Por esto es que no me agrada su compañía —le espetó Corinna, molesta—. No me gusta que me insulten constantemente. Tengo mejores formas en qué ocupar mi tiempo.

—¿Cuidando a mi padre? ¿Trabajando con él en su obra histórica? No creo que eso sea tan absorbente para una chica como usted. A propósito, ¿qué edad tiene? ¿Dieciocho? ¿Diecinueve? —la miraba por encima del borde de la taza.

—Veintitrés, si quiere saberlo —respondió ella—. Y sí, considero que mi trabajo es absorbente. — ¿De verdad? Qué extraño. ¿Qué hacía antes? Corinna dudó entre contestar o no a su pregunta. No le agradaba su tono de voz. Era demasiado amable. Estaba acostumbrada a los duelos constantes y ese súbito cese de hostilidades la inquietaba.

—Trabajaba en la sección de urgencias de un hospital universitario de Londres —respondió al fin.

—¿Y lo dejó para venir aquí? —preguntó sorprendido, como si hubiera desaprovechado la oportunidad de ir a la luna sólo por tener que lavarse el cabello, provocando una reacción defensiva por parte de la chica. —Lo dice como si fuera un crimen tratar de buscar otro trabajo.

—No es un crimen. Sólo es sorprendente. —Y supongo que ahora tendré que soportar un sermón acerca de que ésta es una prueba más de que sólo estoy aquí para apoderarme del dinero de su padre. « ¿Ha dejado un trabajo en Londres para venir aquí? Tiene que haber un motivo y, por supuesto tiene que ver con el dinero. ¡No puede ser más que una caza-fortunas!».

No era su intención divertirlo, pero así resultó. Antonio soltó una carcajada echando la cabeza hacia atrás, asombrando de nuevo a Corinna con su atractivo cuando se quitaba su máscara de arrogancia.

Ella sonrió con renuencia. El pulso se le había acelerado y las paredes de la cocina parecían venírsele encima. Y cada vez había más calor. Ya incluso sudaba.

—¿Estoy equivocada? —preguntó Corinna, luchando por controlarse.

—De hecho, sí. Me sorprende, porque no puedo comprender por qué alguien pueda buscar un trabajo más descansado.

A Corinna le resultaba evidente que Antonio todavía estaba tratando de definirla. Inicialmente la había acusado de ser una cazafortunas, pero tal vez empezaba a tener dudas. Después de todo, ella no era lo que había esperado. Quizá en el fondo todavía

la suponía interesada en el dinero de su padre, pero si ese no era el motivo de su presencia allí, ¿de qué se trataba?

—No puedo comprenderlo —continuó él sin dejar de mirarla, tratando de leerle la mente—. A menos que signifique una retirada. ¿De eso se trata? ¿Ha venido aquí escapando de algo, para lamerse las heridas en privado?

Corina no comentó nada a pesar de la sorpresa que le producía lo acertado de su comentario. ¿Acaso no se trataba de escapar del final de su relación con Michael y de la influencia de su madre? Quizá también justificaba su permanencia allí el hecho de que encontrara en Benjamín una figura paterna de la que siempre había carecido. Estaba asombrada de que Antonio Silver hubiera captado eso con tanta claridad.

—Me asombra —le indico Antonio con tono burlón y a la vez acusatorio.

—No hay nada excepcional en que alguien quiera escapar de la carrera de las ratas.

—¿No? —la pregunta era retórica—. Enfrentarse a la carrera de las ratas, la simple presión que representa, significa éxito. ¿Y qué es la vida sin éxito?

—Supongo que puede ser muy placentero —comentó Corinna.

La expresión de Antonio indicaba que no podía comprender su línea de pensamiento. Era ambicioso, y sobre todo, poseía una astucia notable. Corinna nunca había conocido a nadie como él. Michael siempre había sido el «chico normal», un fiel creyente de que el trabajo no era más que un mal necesario.

—Santo cielo —manifestó él—. Parece que la he dejado atónita. ¿De verdad cree que las mejores cosas de la vida son gratuitas?

—Sí, lo creo —respondió ella, haciéndolo arquear las cejas, irónico.

—Entonces, es una especie única. O muy buena actriz.

Así que volvían al principio, pensó Corinna al levantarse, de nuevo a la defensiva. Adiós a la sensación de compañerismo. Tal vez había sido sólo una ilusión. Los hombres como él jamás tenían compañeros. Sólo creaban oponentes. O amantes. La boca se le secó.

Antonio se había detenido en la puerta de la cocina y desde allí la observaba.

—Por supuesto —murmuró sin moverse—, puedo pensar en algo

muy placentero que es gratuito.

—¿Ah, sí? —preguntó ella con tono inocente—. ¿De qué se trata? ¿Paseos por la playa al atardecer? ¿Bailar a la luz de la luna? ¿Sentarse en el césped bajo el sol un caluroso día de verano?

De pronto comprendió que aquello a lo que él se refería era algo muy diferente. Hacer el amor. Sus ojos así se lo decían y se ruborizó intensamente. La confusión la dejó paralizada y se sorprendió al percatarse de que su cuerpo ansiaba que la tocara. Llena de pánico dio un paso atrás, provocando que él riera sin humor.

—Veo que ya ha pensado en ello —comentó, haciéndola ruborizarse aún más—. Pero por mucho que me gustara demostrar aquello de lo que hablo, tengo una cita.

Su comentario rompió el hechizo y Corinna no pudo menos que sentirse molesta consigo misma.

Antonio hizo una inclinación de cabeza y se marchó. Cuando Corinna oyó que la puerta de entrada se cerraba, se relajó. Pensó que él sólo había querido divertirse y ella se lo había permitido. Eso la avergonzaba.

Lo peor de todo era que jamás había sentido algo parecido por un hombre. Se trataba de algo en lo que no quería pensar y, de inmediato, fue a buscar a Benjamín al estudio. El la haría olvidar lo que acababa de ocurrir. El viejo era la realidad, Antonio y las reacciones que le provocaba no lo eran. No le agradaba ese hombre y nunca se permitiría ceder ante su atracción, aunque lo hubiera hecho por un momento.

La había catalogado como una especie única de mujer o como una muy buena actriz, y era evidente que ninguna de las dos categorías le agradaba. La consideraba una cazafortunas, una ingenua, o una mezcla de las dos cosas.

Al verla malhumorada, Benjamín se mostró sorprendido.

—¿Dónde has estado? —preguntó sin la agresividad que Corinna esperaba.

—Charlando con su hijo —respondió.

—No me parece que haya sido una conversación agradable.

—No lo ha sido —aceptó con tono tajante. —He descubierto que puede ser abrumador —comentó el anciano en un tono que para ella era de admiración—. Demasiado abrumador para esta casa. Cuanto antes se vaya, mejor. Espero que se lo hayas dicho. Parece

que lo que yo le digo le importa un bledo. ¡Vaya agallas que tiene al decir que me sentaría bien salir de la casa! ¿Para qué? ¿Para que pueda disfrutar de ella como si estuviera en un hotel?

—Si quisiera quedarse en un hotel, ya lo habría hecho —le indicó Corinna con malicia—. Tengo la impresión de que su hijo no hace nada sin proponérselo. —Cabeza dura —murmuró Benjamín. Corinna volvió a detectar en sus palabras un tono de admiración por su hijo, a pesar de que seguramente él mismo nunca lo reconocería. El viejo anciano volvió a concentrarse en sus libros y ella prefirió no insistir en el tema de Antonio. El solo hecho de pensar en él la molestaba. Eso y la forma en que su cuerpo reaccionó a la insinuación que había leído en sus ojos. Por ello se aseguraría de pasar el resto del día ocupada.

Estaba segura de que Antonio no regresaría antes del anochecer, y esperaba que lo hiciera después de que ella se retirara a dormir. Sin embargo, reconoció el profundo timbre de su voz hablando con Edna cuando Benjamín y ella estaban tomando el té, al tiempo que leían los periódicos del día que el anciano devoraba a pesar de su decisión de no aventurarse al mundo exterior.

Benjamín le lanzó una mirada feroz y Corinna tuvo el terrible impulso de protestar diciéndole que no era culpa suya que su hijo decidiera regresar a casa a las nueve y media y no a medianoche.

Oyó reír a Edna, por extraño que fuera, y el mismo

Benjamín levantó la mirada al cielo con gesto de exasperación.

—¡Vaya perro guardián que ha resultado ser! —murmuró el viejo haciendo sonreír a Corinna—. Pero debo reconocer que Antonio siempre fue su debilidad. Fui un idiota al pensar que el tiempo la habría cambiado.

Escucharon pasos que se acercaban y no tardó en aparecer Antonio seguido de Edna, que llevaba otra taza y unos panecillos caseros. Se dedicó a colocarlos en la bandeja de servicio hasta que Benjamín explotó.

—¡Ya está bien, Edna! No tienes por qué pasarte el resto de la noche colocándolos. Hasta donde yo sé, no esperamos a la reina de Inglaterra.

—No sea gruñón —le reprochó Edna con voz alegre, dedicándose a servir el té a Antonio—. El señor Silver ha tenido un día difícil, según me ha comentado y necesita que alguien lo mime.

Benjamín no estaba de acuerdo y Corinna menos. ¿Merecía mimos una boa que se había pasado el día ocupada en devorar víctimas inocentes?

Antonio se había quitado la chaqueta y en ese momento se recogía las mangas de la camisa.

—Por favor —comentó cuando Edna se retiró—, me siento abrumado con su entusiasmo por saber qué he estado haciendo durante todo el día.

—¿Qué ha estado haciendo? —inquirió Corinna con tono cortés, sabiendo que Benjamín jamás lo preguntaría; no tenía intenciones de pasar el resto de la velada en medio de un tenso silencio.

—Buscando un local dónde instalar la compañía que pienso abrir aquí —respondió Antonio sin dejar de observar a su padre, que fingía leer con atención el periódico—. Creo haber encontrado algo interesante. ¡Papá, estoy hablando contigo!

Benjamín levantó la vista sorprendido y Corinna esperó su acostumbrada respuesta airada, pero era evidente que el tono severo de Antonio lo había dejado sin habla.

—¡No te atrevas a hablarme en ese tono! —le dijo después de una larga pausa.

—¡Pues al menos finge interesarte en lo que te estoy diciendo!

Las miradas de ambos chocaron feroces, ignorando que Corinna estaba presente.

—Estoy cansado —murmuró Benjamín mientras se ponía de pie —. Me voy a la cama.

Pero en esa ocasión, Antonio no estaba dispuesto a ceder. Con determinación, se acercó a su padre y lo obligó a sentarse de nuevo con gentileza.

—No hasta que veas lo que he encontrado. Es para ti.

—¿Para mí? ¿Cuándo te has preocupado por regalarme algo?

—Espérame aquí —le ordenó Antonio, haciendo caso omiso del comentario—. Está en el coche. Volveré en seguida.

Salió de la habitación y Benjamín se volvió hacia Corinna con ojos brillantes. «Adora a su hijo», se dijo la joven. «Se queja, pero le encanta tenerlo aquí. Prefiere las disputas a la ausencia».

—Esto es ridículo —comentó Benjamín, entrelazando los dedos —. Dime qué ha podido haber comprado que pueda interesarme.

—No tengo ni idea —reconoció ella—. Y por mucho que me

gustara quedarme para saberlo, creo que debo retirarme.

—¡Por supuesto que no lo harás!

—Tiene que enfrentarse a él tarde o temprano.

—No si puedo evitarlo.

Por primera vez, su comentario verdaderamente la irritó. No por la terquedad del anciano, sino porque había descubierto que funcionaba mejor lejos de la presencia de Antonio. Pero ya era demasiado tarde. Escucharon sus pasos y pronto apareció con una caja enorme en las manos. La dejó en el suelo y empezó a desenvolverla.

Benjamín lo observaba fascinado, como un niño frente a un árbol de Navidad, y Corinna sintió lástima por él. Tantos años en esa enorme casona, rodeado de todo cuanto el dinero podía comprar, pero privado de lo único que el dinero no podía adquirir: el afecto de su hijo.

—Justo lo que siempre he querido —comentó Benjamín con tono seco cuando Antonio metió las manos en la caja para sacar su contenido—. Quedará fantástico en la esquina del salón, justo al lado del Seurat.

—Te expresas de una forma maravillosa, papá —manifestó Antonio con esa exasperación afectuosa que en ocasiones Benjamín también usaba.

No era consciente de su tono de voz, pero Corinna sí y se percató de que era la primera ocasión que padre e hijo no se atacaban.

—Es un ordenador —agregó Antonio al colocarlo sobre la mesa.

—Me has comprado un ordenador. Qué conmovedor.

Antonio sonrió y lo mismo hizo Corinna. Le encantaba aquella muestra de familiaridad entre los dos. Cuándo duraría, lo ignoraba, pero todo tenía un comienzo y quizá ese fuera el principio de una tregua.

—¿Qué se supone que voy a hacer con él? —preguntó

Benjamín, observando el aparato como un objeto extraño que hubiera caído del cielo.

—Se supone que me ayudarás con él —respondió Antonio muy serio.

—¿Ayudarte? ¿A hacer qué? Desolada, Corinna volvió a detectar el habitual tono defensivo del anciano. El interludio afectuoso no

podía durar. Antonio volvería a mostrarse agresivo y uno de los dos abandonaría furioso la sala.

—Voy a abrir aquí una sucursal de mi empresa farmacéutica —explicó Antonio—. Ya tengo subsidiarias en toda Europa. Inglaterra será el último bastión en caer. Básicamente será un centro de distribución, pero necesito que alguien lo administre.

—¿Y dónde encajo yo? —le espetó Benjamín. —Bueno, eres muy inteligente y ya es hora de que salgas de tu encierro en esta casa.

—Así que lo haces por lástima —se quejó Benjamín—. Soy un viejo al que hay que consentir y comprender. Supongo que fue el maldito Angus quien te sugirió esto.

—No, no es así —declaró Antonio con énfasis. —No quiero tener nada que ver con un trabajo que te has sacado del sombrero sólo porque te acordaste de mi existencia y me tienes lástima. ¡No, gracias!

—Tendrás que aprender a usar este bicho, por supuesto —continuó Antonio, ignorando su exabrupto—. ¿Sabes algo de ordenadores? -No.

—Tendrás que aprender. Nada del otro mundo. Sólo lo básico.

—¡No voy a aceptar tu trabajo! —No te llevará mucho tiempo. Tienes una mente que te permite aprender rápido. Debí pensarlo antes. — ¿Cómo sabes cómo funciona mi mente? Hace años que ni te acercas a mí. Es probable que hasta el cartero sepa mejor que tú cómo funciona mi mente.

—Por supuesto, tendrás que trabajar con más gente, pero este aparato te permitirá hacer casi todo sin tener que salir de casa. Todo lo que necesites lo tendrás al alcance de tus dedos. No obstante, si te asusta aceptar un desafío...

—¡No seas impertinente, muchacho! —rugió Benjamín—. ¡Pero estás muy equivocado si crees que puedes obligarme a hacer algo que no quiero!

—Piénsalo —le indicó Antonio con cautela y Benjamín se levantó con un bufido que podría significar cualquier cosa. Antonio se volvió hacia Corinna—. ¿Qué cree usted que significa eso?

—Que lo pensará.

—Eso me ha parecido, pero no estaba seguro —Corinna ya se marchaba, pero él la detuvo tomándola de un brazo y haciéndola tensarse al instante—. Ah, sí, ya recuerdo. No le gustan mis tácticas

de troglodita —la soltó y se dirigió al mueble bar, donde Benjamín guardaba algunas botellas, aunque él mismo no bebía mucho. Le ofreció una copa a la chica y, ante su negativa, se sirvió una ginebra con tónica antes de sentarse en el sofá. Luego extendió las piernas y entrecerró los ojos.

Incluso en posición de descanso, su figura era imponente y Corinna se preguntó cómo sería Antonio en su vida privada. No le parecía un hombre que llevara una vida de monje, pero tampoco lo había visto hacer llamadas constantes a Italia desde que llegó. Tal vez no tuviera que hacerlo, se dijo mordaz. Allí mismo tendría un ejército de mujeres jadeantes esperándolo ansiosas, las llamara o no.

Sorprendida, se dio cuenta de que él la observaba atento.

—¿En dónde ha decidido instalar su empresa? —preguntó apresurada—. Sería asombroso que hubiera encontrado el lugar ideal en sólo un día. Sé que no es como encontrar una casa, pero hay gente que se pasa meses enteros buscando el sitio adecuado —parloteaba como una tonta, sólo para ocultar su inquietud.

—Siéntese —le ordenó Antonio y se corrigió de inmediato—. Por favor. Es mejor hablar con alguien que no parezca a punto de huir.

—Bueno, sólo un momento —Corinna se sentó en el borde del sofá.

—¿Por qué? ¿Tiene planes de salir?

—Me gusta acostarme a una hora decente. Además, quiero leer un poco… —«muy interesante», pensó con ironía. «Podría aspirar al título de Señorita Aburrida del Año»—. ¿Qué ha encontrado? —insistió, volviendo a su pregunta.

—Un edificio a unos quince kilómetros de aquí —respondió Antonio después de dar un sorbo a su bebida, sin dejar de mirarla—. Y no, no ha sido tan difícil como usted cree. Tengo gente que hizo un trabajo de investigación previa, así sólo he tenido que visitar algunos sitios. El que he elegido es un inmueble del siglo dieciocho que fue convertido en edificio de oficinas. Es justo lo que necesito.

—Qué afortunado.

—Yo no creo en la fortuna —comentó Antonio con el asomo de una sonrisa—. La gente se forja su suerte en la vida. No tengo

tiempo para quienes viven lamentándose y culpando a todo y a todos de sus males.

Corinna pensó que su sonrisa era peligrosa y el hecho de estar a solas con él esa noche también lo era. No porque fuera a asaltarla o algo así, sino porque se colocaba en una situación en la que sus sentimientos estaban en peligro. Esos ojos grises la trastornaban cuando la miraban como lo hacían en ese momento. No debía olvidarse de que ese hombre, por atractivo que fuera, desconfiaba de ella.

—Me gusta pensar que soy justo —contestó él al levantarse a buscar otra copa—. ¿Está segura de que no quiere una?

—No, muchas gracias.

—¿Podría afectarle a su lectura? —preguntó, sarcástico.

—Podría —confirmó Corinna.

—¿Y qué más hace, aparte de leer?

—En realidad, mucho —respondió a la defensiva—. Me mantengo en contacto con mis amistades los fines de semana. No me paso la vida pegada a los libros.

—Nunca he sugerido que lo hiciera —repuso Antonio, observándola como si fuera una extraña pieza de arte—. Y entre sus muchas ocupaciones, ¿tiene tiempo para los hombres, o es mi padre el único nombre en su vida?

Su forma de decirlo no le gustó a Corinna. En apariencia era una pregunta inocente, pero ella sabía que no era así.

—Volvemos a lo mismo —repuso molesta.

—¿A qué?

—A su maravillosa idea de que estoy aquí sólo para apoderarme del dinero de su padre.

—¿Por qué, entonces? —le espetó él, de pronto.

—¿Eso qué importa? ¿No le basta saber que no me interesa el precioso dinero de su padre?

—¡No, maldita sea!

La vehemencia de su reacción sorprendió a ambos. Corinna observó cómo intentaba recuperar el control de nuevo y se sintió insegura. Cuando estaba cerca de él le resultaba imposible pensar o actuar como cualquier persona normal.

—No me gustan los misterios —añadió Antonio.

—Y a mí no me gusta ser un libro abierto.

—Los únicos que dicen eso son los que tienen algo que ocultar. ¿Qué es lo que oculta usted? ¿Una relación amorosa fracasada? —al ver que se ruborizaba, sonrió satisfecho—. ¿Así que de eso se trata? ¿Qué es lo que salió mal?

—No es de su incumbencia.

—¿No pudo soportar su temperamento?

Corinna se levantó, pero Antonio hizo lo mismo y cubrió la distancia que los separaba antes de que ella pudiera huir. Su figura imponente hacía que la sangre hirviera en las venas de la chica. Sólo unos centímetros los separaban. Su aroma masculino la mareaba.

—¿Estaba enamorada de él? No puede vivir huyendo de los hechos, si es por eso por lo que está aquí.

—¡No huyo de nada! —exclamó Corinna—. Vine a recuperarme. Pero insisto en que no es de su incumbencia.

—Eso ya me lo ha dicho. Hábleme de él —la tomó de la muñeca cuando ella pretendía marcharse.

—¡No tengo nada que decirle! —exclamó Corinna, molesta.

—Siempre hay algo que decir. Todos tienen algo que decir. ¿Se encuentra aquí porque mi padre le aporta tranquilidad después de su novio, amante, o lo que fuera?

« ¿Michael? ¿Mi amante?» se preguntó Corinna. La idea casi la hizo sonreír.

—Nadie merece que se le llore —declaró Antonio, interpretando mal su silencio—. El amor es una ilusión y en cuanto al sexo...

Su voz se perdió y, al mirarlo Corinna también se perdió en la profundidad de su mirada. Todavía la agarraba por la muñeca, pero la presión de sus dedos era diferente, algo parecido a una caricia sutil.

El ambiente se cargó de una tensión no expresada. Lo que Antonio hizo a continuación fue tan inesperado, que ella no pudo reaccionar. Le soltó la mano y, con extrema delicadeza, le tocó un seno, una caricia ligera como una pluma que se descargó un calor interno en todo su organismo.

No hizo intento alguno por besarla. Permaneció inmóvil sin dejar de mirarla a los ojos, mientras que con la mano la acariciaba hasta dejarla sin aliento, algo que ella jamás había experimentado antes. Los senos le dolían al responder a su contacto; era como si su

cuerpo se hiciera maleable.

Tenía la mente nublada y las mejillas le ardían.

—Nada hay que pueda decirme acerca del sexo. No se trata de un juego —le indicó ella con la mayor tranquilidad de que fue capaz. Antonio había retirado la mano, pero a ella todavía le quemaba el sitio donde la había tocado—. Al menos, no para mí —trataba de parecer desdeñosa, pero incluso a ella misma su propia voz le sonaba extraña y descontrolada, tal y como ella misma se sentía.

—Claro que no —aceptó él.

A Corina no le gustó la sonrisa que apareció en sus labios. Se dirigió hacia la puerta, deteniéndose al escuchar su voz.

—Que tenga un buen fin de semana —le dijo Antonio con tono divertido—. No vaya a cansarse mucho.

Corinna no le contestó. Le habría gustado hacerlo con otro comentario irónico, pero le resultó imposible. Los juegos verbales no eran de su estilo.

Sólo más tarde cuando estaba en su habitación, comprendió lo que hubiera debido hacer. Debió dar un giro completo a la situación en ese mismo momento. Debió preguntarle sobre su vida privada en ese instante. Se prometió que lo haría en cuanto pudiera. No volvería a permitirle que la hiciera guardar silencio La próxima ocasión, no permitiría que su cuerpo la dominara sin que ella misma lo permitiera.

CAPÍTULO 4

RESULTÓ que Corinna tuvo un fin de semana pesado. La imagen de Antonio perduraba en su mente con molesta tenacidad; nada podía hacerle olvidar la atracción que sentía por él. Estaba abrumada. ¿Cómo podía atraerla un hombre como él? Ciertamente era guapo en el sentido más amplio y literal de la palabra, pero definitivamente no era su tipo.

«El querido y tierno Michael», pensó Corinna. ¿Por qué no había podido enamorarse de él? Se habría evitado muchos problemas si hubiera sido así. Para empezar, nunca habría ido a Deanbridge y jamás hubiera conocido a Antonio.

Sí, sus planes no se hubieran venido abajo en el último momento... Michael era considerado, amable y un poco atractivo. Habría sido un buen marido para cualquier mujer, como su madre le dijo en varias ocasiones. Y principalmente, era seguro. Podría haberse casado con él y no sufrir jamás los trastornos derivados de las relaciones apasionadas. Había pasado su infancia en medio de pasiones semejantes y la experiencia había sido traumática como para que quisiera volver a vivirla voluntariamente.

Qué fácil había sido que su amistad informal se convirtiera en rutina y que esa rutina se transformara en compromiso. Desde su trabajo como maestro, Michael buscaba su seguridad tanto como ella deseaba la de él y ambos tomaron la decisión de atar el lazo. No hubo una propuesta formal, sólo un deslizamiento constante hacia lo que parecía inevitable.

La ruptura de su compromiso fue el primer acto de autoafirmación de Corinna, que antes jamás manifestó, y ahora comprendía el motivo del asombro y la alarma de su madre. Era una persona dominante, satisfecha de tener a su hija tranquila a su sombra. Su matrimonio con Michael jamás habría afectado esa situación.

Pero ese destello de independencia había atemorizado a su madre. Después del tiempo transcurrido, Corinna no podía menos que compadecerla. Después de todo, no dejaba de ser su madre a pesar de sus defectos, luchando contra la vejez y las arrugas que aparecían en su cara. Tal vez, se dijo Corinna, ella dependiera más

de su hija de lo que jamás se había atrevido a reconocer.

Pensó en la casa Deanbridge y en el paraíso que significó para ella. Para librarse de los rigores de un trabajo que la agotaba, para escapar de las complejidades de su relación rota y de las recriminaciones de Su madre por haber abandonado a un hombre magnífico, fue una bendición. Pero Antonio tenía razón cuando insinuó que cuando alguien huía de sí mismo, no había refugio posible dónde esconderse.

Ya era tarde cuando regresó a la mansión y, para su sorpresa, Benjamín todavía estaba levantado. Los domingos solía retirarse temprano para ver la televisión y atacar el Sunday Times. Sin embargo, al llegar, Corinna lo encontró devorando un manual de ordenadores.

—¿Ha tenido un buen fin de semana? —inquirió la chica al sentarse en el borde del escritorio. « ¿Dónde está su hijo?» quería preguntarle, temerosa de que apareciera de pronto.

—Más o menos —se encogió de hombros y dejó caer el manual sobre el escritorio.

—Bueno, de hecho, Antonio sigue siendo tan abrumador como siempre. Me habla de su negocio como si ya estuviera decidido que fuera a aceptarlo, lo cual no es cierto. También hablamos de otras cosas...

Se produjo una larga pausa y la joven se preguntó por un momento si seguiría hablando.

—Reconozco que fui un tanto duro con él —manifestó al fin—, pero no que estaba equivocado—. Se trata de que, hace doce años cuando él tenía diecinueve y acababa de salir de la universidad, le pedí que se hiciera cargo de la administración de mis propiedades y él prefirió no hacerlo. Decidió reunirse con su madre y nacerse cargo de la empresa farmacéutica. ¿Puedes culparme de que montara en cólera por eso? ¡Hice cuanto estuvo a mi alcance por ese chico y él decidió abandonarme!

—Oh —fue lo único que Corinna dijo.

—Según entiendo, Claudia, mi ex mujer, se encontraba enferma y la empresa estaba al borde de la ruina por mala administración. Ahora él me dice que no pensaba quedarse allí, pero se encontró con que la situación era peor de lo que imaginaba y que se vio atrapado en el proceso de levantar el negocio, pero nunca me lo

comentó... Ah, no, lo único que hizo fue presentarse aquí acusándome de todo. ¡El maldito cheque!

Empezaba a alterarse y Corinna se apresuró a indicarle:

—Por favor, no siga si no quiere hacerlo. No debe alterarse tanto por lo que ocurrió en el pasado.

—¡No empieces a filosofar de nuevo! Quiero hablar de ello. Me lo he guardado durante demasiado tiempo —suspiró cansado y continuó con tono más tranquilo—: Me dice que Claudia me acusó de tener una aventura y que por eso me abandonó. Antonio vino a exigirme explicaciones y, por supuesto, me negué a discutir del tema con él. No tenía ninguna aventura, pero tampoco tenía por qué darle explicaciones. En aquel momento le pregunté si me creía capaz de cometer adulterio y de allí surgió una feroz disputa entre nosotros.

El anciano revivía el episodio. Corina podía verlo en la expresión distante de sus ojos, y de pronto, deseó no estar escuchando aquello. Se trataba de algo privado entre ellos. Pero Benjamín estaba dispuesto a terminar.

—Volvió a Italia y fue lo último que supe de él.

—Nunca estableció contacto con usted.

—Tal vez trató de hacerlo al principio, pero me había herido muy profundamente.

—Es usted muy orgulloso.

—Si un hombre pierde el orgullo, ¿qué le queda? De cualquier manera, hemos estado hablando y parece que Claudia mintió para hacer que mi hijo, mi propio hijo, se pusiera en mi contra.

—Y ahora que se han reconciliado, ¿aceptará el trabajo que le ofrece?

—¡No vayas tan deprisa, pequeña! —le indicó Benjamín, tajante —. Me has encontrado leyendo el manual solamente porque no tengo sueño —el ordenador ya había sido instalado en el escritorio y el anciano miraba el aparato —pero no para aceptar el trabajo de mi hijo. Sólo por curiosidad, ¿comprendes?

—Lo entiendo —en un impulso se inclinó y le dio un beso en la frente antes de descubrir que Antonio los estaba observando desde la puerta. Se quedó congelada por un instante y comentó con tono ligero—: Tiene compañía, así que me retiro.

Benjamín levantó la vista, vio a su hijo y agitó una mano.

—Los dos podéis retiraros. Estoy en mi despacho y tengo que leer algo, así que marchaos. Charlad, comentad experiencias del fin de semana, hablad del tiempo, pero dejadme en paz. Puedo ir solo a mi habitación, así que no te preocupes por mí —agregó dirigiéndose a Corinna—. No olvidaré mis medicinas —volvió a concentrarse en el manual, olvidándose de ellos.

Con renuencia, Corinna bajó del escritorio y se dirigió hacia la puerta. No quería mirar a Antonio a los ojos, pero al pasar junto a él, su cuerpo pareció arder. El cerró la puerta con cuidado cuando salieron y se volvió hacia ella. Alarmada, vio que estaba furioso.

—¿Sucede algo? —preguntó sorprendida.

—¿Se atreve a preguntarlo? —la acorraló contra la pared, agarrándola por los hombros. Volvió la vista a la puerta cerrada y siseó entre dientes—: Sígame.

—¡No lo haré! —protestó ella, pero ya la obligaba a ir con él a la sala a pesar de sus esfuerzos por soltarse.

Al llegar, Antonio cerró la puerta sin dejar de agarrarla y la obligó a mirarlo.

—¿De qué diablos se trataba eso? —preguntó con tono salvaje.

—¿De qué me está hablando?

—Me disponía a bajar a la cocina en busca de un café y, al oír voces en el despacho, decido ver de qué se trata y ¡la descubro besando a mi padre! ¿Acaso decidió adoptar el papel de amante en el momento en que creyó que el camino estaba libre? ¿Pensó acaso que no tenía por qué preocuparse al suponer que yo no estaba aquí?

Corinna pudo haberle pegado, pero él le mantenía sujetas las manos.

—Sí —respondió molesta—. Decidí adoptar el papel de amante. Qué inteligente deducción por su parte.

Al instante comprendió que nunca debió haberle dicho eso. Él no era capaz de aceptar un comentario semejante.

—¿Qué es lo que sucede aquí? ¡Dígamelo! ¡Quiero saber la verdad! —Antonio la sacudió por los hombros y ella le dio una patada en la espinilla, un gesto espontáneo que produjo el efecto deseado. La soltó y fue al sofá con expresión de dolor.

—Le di a su padre un beso de afecto en la frente, eso fue todo. Es la verdad, lo crea o no —Corinna se frotó las muñecas doloridas. Teniéndolo a distancia y fuera de combate, por el momento se

sentía segura. Todavía temblaba y no se arrepentía de haberle dado esa patada, pero la sorprendía su propia reacción. Nunca en su vida había hecho algo como eso. Ese hombre suscitaba en ella reacciones que no imaginaba que existieran. —Pudo haberme dicho eso sin recurrir a la violencia física —le indicó Antonio, levantándose el pantalón para examinarse la pierna—. He conocido a muchas mujeres apasionadas, pero ninguna me había pegado una patada semejante.

—Estaba molesta —comentó Corinna, más tranquila—. No me gusta que me acusen de algo que no es cierto.

—Supongo que debo alegrarme de que no tuviera un palo de golf a su alcance. Podría haberme abierto la cabeza.

—¿Le duele mucho? —con expresión titubeante, Corinna dio algunos pasos hacia él.

—Sí —murmuró Antonio—, me duele mucho.

—También me duelen a mí las muñecas —Corinna ya estaba frente a él con la cabeza inclinada, haciendo que el cabello le cubriera la cara a ambos lados como una cortina dorada. Sus miradas se encontraron y ella volvió la vista, nerviosa.

—Mire —le indicó él, señalándose la pierna—, ¿qué ve aquí?

—Cierto, tiene un pequeño hematoma —admitió Corinna al sentarse junto a él—. Quizá debería aplicarle algo.

—Como enfermera es lo menos que puede hacer.

La chica fue en busca de una toalla húmeda, aunque por supuesto sabía que era innecesaria. Antonio se comportaba como si fuera la víctima, cuando en realidad el incidente nunca habría ocurrido si él no hubiera reaccionado tan violentamente.

Aplicó la tela húmeda en el hematoma y trató de ignorar el efecto que su cercanía causaba en su pulso. La atracción que sentía por él era como jugar con fuego. Sentía el calor del cuerpo de Antonio a través de la fría humedad de la toalla.

—Ya está —anuncio con voz firme—. Creo que sobrevivirá.

—¿De verdad? ¿no considera necesario vendarme la pierna?

—No sea ridículo. Sólo se trata de un golpe, no una herida abierta y sangrante.

—Vaya unos modales —Antonio se reclinó en el respaldo del sofá—. Me compadezco de las pobres víctimas que hayan caído en sus manos en el hospital. Seguramente les decía que dejaran de

compadecerse de sí mismos, se levantaran y dejaran libre la tan necesaria cama.

—¡No es cierto! —exclamó Corinna—. Me considero una persona compasiva cuando la situación lo exige. En este caso, pienso que un golpe pequeño no merece tanto escándalo.

—Tranquilícese. Sólo era una broma —le indicó él con voz suave —. Sé que es buena en su trabajo. Mi padre no cesa de alabarla cuando no me reprocha que le rompí el corazón.

Sonrió y a Corinna le pareció absolutamente diferente del hombre furioso que la había arrastrado por el pasillo unos minutos antes. Ese era uno de los mayores peligros que representaba, su facilidad de cautivar, de hechizarla. La insultaba y después la conquistaba con su sonrisa.

Corinna se incorporó y se arregló la falda. No estaba dispuesta a dejarse cautivar.

—Al menos ya le habla —comentó entrelazando los dedos en su regazo—. ¿No le parece que ya es un progreso teniendo en cuenta su reacción inicial?

—Creo que sí.

Antonio hablaba en un tono perezoso que alarmó sobremanera a Corinna. Su cuerpo irradiaba gran vitalidad. Aunque mantuviera los ojos cerrados, su cercanía la atraía.

—Me comentó que estuvieron tratando sobre su propuesta de trabajo.

—Así es —murmuró Antonio—. Cree que lo que le ofrezco sólo se debe a una tardía sensación de culpa, lo cual no podría estar más alejado de la verdad, si bien debo confesar que siento no haber venido antes a solucionar las cosas entre nosotros —la observaba con los brazos cruzados.

—Bueno, yo no estaba aquí —Corinna levantó la vista y de inmediato se arrepintió de ello, ruborizada—. Bueno, el principal motivo de su venida era echarme de aquí, ¿no es cierto?

Antonio se encogió de hombros sin dejar de mirarla; al parecer ya se había olvidado del dolor de la pierna.

—Me pareció un momento oportuno —reconoció él—. Pero habría venido de todos modos. Tenía que encargarme de este asunto de negocios y, para ser sincero, llegué a la conclusión de que ya era hora de dejar atrás el orgullo que tanto daño nos ha hecho a mi

padre y a mí.

—De tal palo, tal astilla.

—¿Eso cree? —Antonio se rió entre dientes; un desconcertante sonido sensual que hizo estremecer a Corinna—. Quizá quiera darme un beso afectuoso también.

Corinna no podía creer que estuviera flirteando con ella a pesar de todo lo ocurrido. ¿Se trataría de que era la única mujer que tenía cerca y necesitaba ejercitar su habilidad para con las féminas? Tal vez la consideraba una presa fácil, a pesar de la opresión ocurrida unos momentos antes. Fuera lo que fuese, no dejaba de ser consciente de la atemorizante excitación que la invadía, por más que tratara de reprimirla.

—Ahora la he asustado —comentó él con un tono de humildad que no ocultaba su diversión—. Supongo que girará sobre sus talones y se marchará como antes. A propósito, ¿cómo le ha ido durante el fin de semana?

—Muy bien —Corinna se alegró de que su voz no traicionara el estado de confusión en el que se encontraba.

—¿Satisfecha de haber salido de aquí? ¿Ha echado de menos a mi padre?

—Siempre lo echo de menos cuando salgo. Le tengo mucho afecto.

—¿Y en cuanto a mí? ¿También me ha echado de menos?

No eran más que juegos verbales, se recordó Corinna. De eso se trataba todo. Antonio disfrutaba molestándola. Con habilidad, debía alejarlo de ese tema para conducirlo a terrenos menos peligrosos. Pero, ¿cómo iba a lograrlo? Ponerse a hablar del tiempo sólo suscitaría comentarios.

—No —respondió, después de una pausa. Antonio frunció el ceño, extrañado por la negativa de la chica a responder a la provocación.

—Veo que esta noche está muy controlada —comentó él—. La prefiero cuando se olvida de su comportamiento profesional y me muestra parte del fuego que hay en su interior.

—Le ofrezco mis disculpas; esta noche no está de suerte —le indicó Corinna con voz firme, haciéndolo sonreír.

Pero no fue más que un intento. Estaba tan cerca de ella... Vuelto hacia Corinna, sus rodillas casi le tocaban un muslo. La

joven sabía que no necesitaría un gran esfuerzo para apoderarse de ella.

—Nunca me dijo por qué rompió con su novio —murmuró Antonio, colocando las manos detrás de la cabeza.

Corinna se preguntó si sería consciente de la sensualidad de sus movimientos. Debía serlo.

—No —aceptó ella con tono tranquilo—. No obstante, recuerdo haberle dicho que eso no era de su incumbencia.

—Es demasiado reservada —protestó él, un tanto irritado.

—No más que la mayoría. Estoy segura de que es tan renuente a hablar de su vida privada conmigo como yo con usted. Y yo no estoy interesada en la suya. No es de mi incumbencia —Corinna sonrió; en su gesto iba implícito el mensaje de que no le interesaba lo suficiente como para hacerle preguntas.

La irritación de Antonio se hizo más evidente.

—Hago todo lo que puedo —le indicó con pesadez, inclinándose hacia adelante hasta apoyar los brazos en las rodillas—. Usted me acusa de tildarla de cazafortunas y ahora que le pido que me explique el motivo de su presencia aquí, se niega a contestar.

—Oh —Corinna se volvió hacia él, sorprendida—. ¿Eso es lo que pretende? ¿Darme la oportunidad de explicarme? Qué considerado de su parte. Me disculpo por haberle contrariado al negarme a hacerlo.

—Tal vez le dio a su novio un susto de muerte —Antonio volvía a fruncir el ceño, molesto—. Quizá pensaba que se relacionaba con una rubia tranquila y ordenada y descubrió que, bajo aquella máscara, había una tigresa dispuesta a asaltarlo.

—¡No es cierto! —exclamó Corinna a la defensiva, a pesar de sus buenas intenciones—. Michael y yo descubrimos que no estábamos hechos el uno para el otro. De hecho, fui yo la que decidió romper el compromiso —vio que sonreía y comprendió que había caído en su juego.

—Michael —murmuró Antonio—, qué nombre tan ordinario. ¿Era muy aburrido?

—Considero que usted no es el indicado para hablar de relaciones de este tipo —continuó Corinna como si no la hubiera interrumpido—. Para empezar, ni siquiera está usted casado.

—Cierto —reconoció él—, pero me he dado muchas

satisfacciones.

—¿De verdad? —Corinna se esforzaba por mostrarse aburrida, pero el corazón le latía acelerado.

—Así es.

Antonio le acarició el brazo con un dedo, un gesto lento e íntimo que despertó los sentidos de la joven. Como en la ocasión anterior en que la tocó, Corinna se dejó llevar por el pánico y apartó el brazo como si se hubiera quemado.

—¿Asustada? —inquirió él con una sonrisa socarrona.

—No le tengo miedo. Creo habérselo dicho ya —se alejó hasta el otro extremo del sofá.

—Sí, lo ha hecho —admitió él.

Se produjo una pausa prolongada durante la cual la chica trató de recuperar el control; estaba a punto de decirle algo, lo que fuera, para cambiar de tema, cuando oyeron que llamaban con fuerza a la puerta y en ese mismo instante el teléfono del vestíbulo empezó a sonar. «Salvada por la campana», se dijo la chica.

—¡Adelante! —dijo Antonio.

Corinna lo oyó maldecir entre dientes y Benjamín entró en la habitación, mirándolos con expresión sospechosa.

—Espero no interrumpir nada —comentó el anciano.

—Por supuesto que no —manifestó Corinna con alivio—. Iré a contestar al teléfono, si me lo permiten.

Salió huyendo. La piel le ardía y no imaginaba lo que Benjamín estaría pensando. Él no era ningún estúpido. Debió de haber observado su turbación cuando se volvió hacia él.

Se dijo que al menos no había cedido ante Antonio. Sin embargo, debía admitir que había estado a punto de hacerlo. El anhelo que sentía sólo había sido reprimido mediante un gran esfuerzo. Había estado a punto de romper las cadenas con las que siempre se había mantenido sujeta y eso la asustaba. Silver era el último hombre por el que debía dejarse atraer. ¿Cómo podía ocurrirle eso?

Alterada como estaba, tuvo que esforzarse por contestar al teléfono con voz normal:

—¿Puedo ayudarle en algo? —preguntó cortés.

—Supongo que sí.

Corinna no tenía idea de quién podía llamar a esa hora, y se

sorprendió al escuchar una voz de mujer.

—¿Con quién quiere hablar? —inquirió, preguntándose cómo había conseguido Benjamín mantener en secreto la existencia en su vida de una mujer de voz tan exótica, desde que ella llegó.

—Con Antonio Silver.

—Ah —comentó Corinna empezando a comprender. No se trataba de una hipotética y secreta vida amorosa de Benjamín. La mujer estaba buscando a su hijo y debió imaginarlo al instante, ya que tenía un marcado acento extranjero, si bien su inglés era impecable—. ¿Quién lo llama?

—Eso no te importa, querida. ¿Quieres ir a buscar a Antonio? Si está allí, estoy segura de que estará despierto —dejó escapar una risita sensual—. Por las noches, sus baterías tienen carga completa.

CAPÍTULO 5

CORINNA nada podía comentar al respecto. Era evidente que aquella mujer sin nombre conocía bien a Antonio y no tenía ningún empacho en manifestarlo.

—Es para usted —le indicó Corinna a Antonio al volver a la sala.

—¿Quién es? —preguntó él.

—No tengo ni idea —pensó que podría haberle dicho que se trataba de una mujer, pero eso sería como no decir nada. Sería una más de la larga lista—. No ha querido darme su nombre.

Antonio se retiró y cerró la puerta.

—Ya debería de estar en la cama —le comentó Corinna a Benjamín, obligándose a sonreír a pesar de la tormenta que estaba librando en su interior.

—Igual que tú —respondió el anciano sonriendo también—. ¿Te importaría ayudarme a subir?

—Por supuesto que no —al darle el brazo, pensó en Antonio y en la mujer con la que estaba hablando. Se dijo que era inútil que perdiera el tiempo pensando en él.

—Y bien, ¿cómo te ha ido el fin de semana? —le preguntó Benjamín.

—De maravilla, gracias.

—Hace un momento me pareció que estabas muy tensa —añadió el anciano y dejó pasar un tiempo prudente en espera del justificado reproche de que se estaba entrometiendo en sus asuntos. Como no llegó, continuó con afectuoso tono paternal—: Espero que mi hijo no haya vuelto a gritarte.

—No, nada de eso —le indicó ella con tono ligero—. ¿Quiere que le prepare una taza de chocolate, o se tomará las medicinas con agua?

—Con agua. Tengo la impresión de que los dos estabais molestos cuando aparecí yo.

Ya habían subido por la escalera y Corinna tenía prisa en dejarlo en su dormitorio. Se estaba entrometiendo con abierto descaro a sabiendas de que, a lo sumo, ella se limitaría a evitar sus preguntas.

Sin embargo, Benjamín caminaba despacio, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

—Como si hubiera interrumpido algo —continuó—. Pero si me dices que no estabais discutiendo, debo creerte, querida.

—Muy generoso de su parte —ya casi habían llegado a la puerta del dormitorio, pero aún faltaba un tramo por recorrer.

—Y ahora que lo conoces mejor —prosiguió el anciano, imperturbable—, ¿qué opinas de él? Un devorador de mujeres, ¿no crees?

—Supongo que algunas así lo dirían —murmuró Corinna, a sabiendas de que sus evasivas lo impacientaban.

—Y tú, cariño ¿no serás una de ellas?

—Para nada —riendo, Corinna abrió la puerta del dormitorio y lo empujó con delicadeza—. Pero apuesto a que tiene sus admiradoras.

—¿Como la mujer que le ha llamado por teléfono, por ejemplo?

—Por ejemplo —admitió ella, abriéndole la cama—.Le dejo las pastillas; espero que se las tome antes de dormirse.

—Sí, por supuesto —agitó una mano con gesto despectivo—. La mujer que ha llamado, ¿te dijo qué relación tenia con Antonio?

—No he tenido la oportunidad de averiguarlo —señaló Corinna al dirigirse hacia la puerta—. No he hablado con ella más que unos segundos.

—Me preguntó quién sería —murmuró Benjamín. —No tengo ni idea.

—Me imagino que hay una mujer en su vida. No me lo ha comentado, pero no es de sorprender. Lleva años sin pisar esta casa y no es de esperar que me ponga al día sobre su vida, personal al instante. Después de todo, sólo soy su padre.

—Además, usted hizo todo lo que pudo para que se fuera —le recordó Corinna con una sonrisa. —Cierto —aceptó Benjamín, magnánimo. —Debo deducir que todo lo que bien acaba, está bien.

—Estás muy equivocada, preciosa —la informó él con voz congelada—. ¿Cómo puedes esperar que olvide el pasado?

—Pero usted ya no está convencido de que se encuentra prisionero en su propia casa mientras él no se vaya.

—¿Estás sometiéndome a un interrogatorio, jovencita? —preguntó molesto y ella negó con la cabeza—. Por supuesto que estoy dispuesto a perdonar. No permitiré que alguien diga que soy un hombre de mente estrecha. — ¿Ya ha decidido si va a aceptar el

trabajo? —inquirió Corinna, reprimiendo el impulso de reír.

—Tal vez lo intente —manifestó Benjamín fingiendo indiferencia —. Antonio podría ofenderse si lo rechazara. Ahora, será mejor que te vayas. Ya es tarde y no quiero verte mañana con ojeras. Quizá vayamos a la biblioteca pública. Le pediré a Tom que nos lleve.

Tom era el marido de Edna. Solía usar el Rolls Roys de Benjamín para hacer recados. Las salidas del anciano eran tan poco frecuentes que Corinna pensó que seguramente se quedaría asombrado cuando le pidiera que los llevara al pueblo.

—Buena idea —comentó Corinna—. Quizá incluso podríamos cenar en un pub.

—No exageremos —se apresuró a indicarle Benjamín—, aunque me parece una idea excelente, siempre y cuando me permitas tomar algo más fuerte que un zumo de frutas.

—Ya veremos.

Benjamín la despachó agitando una mano. Estaba de buen humor. No obstante, Corinna estaba segura de que el anciano no exageraría la nota pregonando su reconciliación con Antonio. No era su estilo.

Al dirigirse a su dormitorio, se preguntó cómo habría sido la mujer de Benjamín, y luego, cómo sería la mujer que había llamado a Antonio. Molesta, apretó los puños al recordar el enfrentamiento que había tenido con él en la sala.

No quería recordar el incidente. Preferiría guardarlo en el rincón más apartado de su cerebro, hasta olvidarlo por completo. Nada en su vida la había preparado para esa confusión de sentimientos. Seguía diciéndose que había conseguido resistir, que había conservado su orgullo, pero sabía que no podía engañarse; deseaba a Antonio.

Cuando puso fin a su relación con Michael, estaba segura de que una nueva relación con un hombre estaba al final de su lista de prioridades, y que cuando lo hiciera, sería con un hombre tan tranquilo como él. Nunca se le ocurrió pensar que se vería atraída por un hombre tan diferente. Eso la hizo preguntarse si no se trataría más que de un simple caso de deseo físico. La asustaba, ya que le resultaba desconocido. De hecho, nunca se había creído capaz de sentirlo. Pero la situación no era más que un inconveniente pasajero. Se sobrepondría en poco tiempo y su vida

seguiría igual. Eso era lo que quería, ¿o no?

Por vez primera en mucho tiempo no oyó el despertador. Fue Benjamín quien la despertó llamando a su puerta con fuerza.

Avergonzada, se asomó.

—¿Te sientes bien, cariño? —preguntó él, solícito. —No sé qué me ha pasado —le confesó Corinna, reprimiendo su bostezo—. Tardé mucho en dormirme anoche.

—Algo debía de preocuparte. Espero que no hayas olvidado que hoy iremos a la biblioteca. —Déme cinco minutos. —Eres una mujer. Te daré una hora. Estuvo lista en menos de ese tiempo. Como era su costumbre, se recogió el cabello con cuidado.

—Con ese vestido, cualquiera diría que vas a la escuela de primaria —manifestó Benjamín con su candor acostumbrado.

—Me encanta que me reciban con comentarios tan aduladores —declaró Corinna.

Benjamín ya había desayunado y ella se apresuró a tomar una taza de café. No veía a Antonio por allí. Ya eran las nueve y media y esperaba que no hiciera acto de presencia antes de la noche. Pretendía acostarse temprano, o al menos estar en otra parte de la casa cuando él regresara. Si tenía éxito con esa táctica al menos durante unos días, podría recuperar el control y enfrentarse a él.

Para su mala fortuna, Antonio no se encontraba en un lugar lejano, sino revisando con apariencia indolente la correspondencia en el vestíbulo. Corinna se obligó a sonreír cuando él se volvió al oírla llegar. Benjamín la llevaba del brazo y les lanzó una mirada dura.

—Buenos días —saludó la joven con tono alegre—. Hace un día precioso.

—¿A dónde vas?

La pregunta iba dirigida a Benjamín, que después de una relación inicial de molestia respondió que iban a la biblioteca pública.

—¿Los dos? —volvió a preguntar Antonio.

—Sí, ¿por qué no? —preguntó Benjamín.

—Porque necesito los servicios de tu... enfermera. Escribe a máquina ¿no es así?

—Podría decirse que sí —reconoció Corinna—. Sin embargo, si necesita una secretaria, le sugiero que pida una a la agencia. Disto

mucho de reunir los requisitos que usted espera.

—Dudo que tenga alguna idea sobre los requisitos que espero —Antonio volvió la atención a su padre—. ¿Crees que podrás ir solo?

Para asombro de Corinna, Benjamín asintió, se despidió y salió. Furiosa, siguió a Antonio hasta el despacho.

—¿Qué significa esto? —preguntó con los brazos en jarras al verlo sentarse frente al ordenador.

—Tiene que olvidarse de usar ese tono de voz —le indicó él con tono tranquilo—. No le sienta bien.

—¡Yo no me siento nada bien! ¡No quiero trabajar para usted! ¿Cómo se atreve a comportarse como si pudiera... disponer de mi persona? —Corinna se enfurecía cada vez más al ver la sonrisa burlona de Antonio. —Esas son palabras duras —comentó él con voz melosa—. Acerque una silla y siéntese. Quiero enseñarle lo que deseo que haga —le dio la espalda y empezó a teclear algo en el ordenador.

—No sé mecanografiar —le indicó Corinna sin rodeos.

—Claro que sabe. Ese es uno más de los talentos que mi padre tanto alaba. Me comentó que aprendió usted misma a hacerlo y luego practicó hasta convertirse en una mecanógrafa aceptable. Así que olvídese de falsas modestias. Esto es lo que quiero que haga.

—¿Lo que quiere? Toma la decisión de nombrarme su secretaria temporal ¿y ni siquiera se digna a pedírmelo por favor?

Antonio mostró tal expresión de horror que Corinna estuvo tentada de borrársela de un bofetón.

—Mis disculpas. Por favor. ¿Así está mejor? —sin esperar su respuesta, se dedicó a revisar un archivo de cartas, indicándole lo que deseaba que hiciera con ellas, enseñándole los conocimientos básicos para usar el ordenador. Al terminar, inquirió volviéndose hacia ella—: ¿Alguna pregunta?

—Sí, ¿cuándo se va?

—Quién sabe —respondió Antonio entre risas—. En el momento oportuno.

Cambiaron de asientos y Corinna empezó a mecanografiar. Pensó que sus cartas eran como él: iban al grano, estableciendo con claridad quién imponía las condiciones.

—Transcurrieron dos horas y media antes de que acabara con la correspondencia.

—Ya he terminado —anunció al llegar junto a Antonio que se encontraba en la sala rodeado de documentos y de folletos relacionados con el negocio. Le entregó las cartas y él las revisó, asintiendo con expresión indolente.

—¿No le ha parecido más interesante esto que ir a la biblioteca con mi padre? —preguntó al dejarlas sobre la mesa.

—Oh, ha sido muy interesante —comentó ella con sarcasmo—. Jamás en mi vida me he divertido tanto. Siéntese en libertad de pasarme toda su correspondencia. Mejor aún, podría instalarme junto al ordenador para estar disponible en el momento en que me necesitase.

Antonio se limitó a brindarle una de sus sonrisas devastadoras.

—Cuánta amabilidad —replicó con expresión sardónica. Siéntese y beba algo.

—Preferiría no hacerlo.

—Como usted diga. Yo no estaría tan molesto por realizar el trabajo que acaba de hacer... Volveré a necesitar sus servicios. Así dedicará menos tiempo a las zalamerías para mi padre. No es que abuse de ellas, afortunadamente, pero más vale prevenir que curar.

—¡Es usted un...!

—¿Malvado?

—¡Sí! —le gritó Corinna y Antonio sonrió con expresión burlona.

—Quizá le parezca una frase trillada, pero ¿le han dicho que se pone muy bonita cuando se enfada?

Su risa suave siguió a Corinna hasta la puerta que cerró con fuerza al salir, y su eco resonó en su cabeza durante el resto del día.

Benjamín volvió agotado de su expedición y se retiró a las siete con los libros de informática que había sacado de la biblioteca. Corinna se estaba sirviendo la cena cuando alguien llamó a la puerta. Pensó que se trataría de Antonio; a pesar de que se le había proporcionado una llave, el señor no podía molestarse en abrir por sí mismo. Y ni siquiera se molestaría en darle las gracias.

Pero no se trataba de Antonio. Era la mujer del teléfono. Lo supo en el instante en que escuchó su voz.

—¿En qué puedo ayudarla? —le preguntó con tono cortés.

—En nada —respondió la mujer—. Pero Antonio sí. ¿Está disponible?

El mismo inglés perfecto con acento extranjero, pensó la joven. Era una mujer de baja estatura, tan pequeña que hacía que Corinna se sintiera un gigante a su lado, de cabello oscuro muy corto y ojos negros. Su tez era bronceada y su ropa parecía de gran calidad. Sonreía a Corinna, pero su expresión era fría y escrutadora.

—¿Trabajas aquí? —inquirió con tono impaciente—. Me gustaría pasar.

—Por supuesto —Corinna se apartó.

—Mis maletas están en el taxi ¿podrías...?

Eran tres maletas para ser exactos. El taxista ya las estaba llevando hasta la puerta. Corinna pensó que la propina que recibió debía de haber sido muy generosa, ya que los de su gremio pocas veces se molestaban en ser tan serviciales.

La mujer de cabello oscuro miraba a su alrededor sin interesarse realmente por nada y cuando Corinna cerró la puerta, le indicó con la misma sonrisa fría:

—Tal vez podrías decirle a Antonio que María Felucci quiere verlo.

—Pues no —respondió Corinna, mirándola directamente—, porque no está aquí.

—Oh —contrariada, frunció el ceño y su sonrisa desapareció.

¿Sería la amante de Antonio?, se preguntó Corinna sintiendo el amargo sabor de los celos. No la sorprendía. María Felucci era hermosa y sensual.

—¿Puedes decirme cuándo volverá?

—Me temo que no —contestó Corinna—. Nunca vuelve a casa a una hora determinada.

—¿A casa? —María levantó las cejas con cinismo—. Ésta no es la casa de Antonio. Su casa está en Italia.

Corinna sonrió con cortesía, aunque interiormente lamentaba haber abierto la puerta.

—Pues llévame a la sala, o a un lugar donde pueda esperarlo.

—Sígame, por favor —Corinna se dirigió hacia la sala, preguntándose cuánto tiempo pensaría esperar allí la compañera de Antonio. Por el número de maletas, tal vez varios meses, aunque también era probable que no tuviera por costumbre viajar con poco equipaje, aunque sólo fuera para un viaje de fin de semana—. ¿Puedo ofrecerle algo de beber? —inquirió.

—Hablé contigo anoche por teléfono, ¿no es así? ¿Eres una de las sirvientas?

—Trabajo para el señor Silver, el padre de Antonio. Soy su enfermera privada.

La mujer la observaba con mirada especulativa.

—Eso imaginaba —de repente María perdió todo interés por ella—. No, no quiero nada. Esperaré aquí hasta que Antonio llegue —le señaló un portafolios que llevaba consigo—. Tengo algunos documentos que revisar. Espero que Antonio no tarde. Le avisé que vendría.

Abrió el portafolios, sacó unos documentos y se olvidó de Corinna, que se retiró a la cocina, furiosa.

Así que Antonio la había invitado. « ¡Qué agradable!», pensó. La sorprendía que aquella mujer no le hubiera pedido que la llevara a su dormitorio para esperarlo allí.

Su cena, por supuesto, se había enfriado y la tiró a la basura. Lavó su plato y se preparó una taza de café. Antes tenía la intención de retirarse temprano, pero ahora ansiaba el regreso de Antonio. Seguramente iría directo a la cocina, ya que, como los demás, la consideraban el centro de actividades de la casa. Corinna tuvo que esperar cuarenta y cinco minutos hasta que escuchó sus pasos.

Antonio no había esperado encontrarla allí. Se detuvo en el vano de la puerta con el ceño fruncido antes de entrar, quitarse la chaqueta y aflojarse la corbata.

—Parece que ha perdido dos kilos de peso y que ha descubierto que no tiene dinero suficiente para volver a su casa —comentó mientras se servía una copa de vino.

—Muy gracioso —repuso Corinna con frialdad.

—Supongo que va a reprocharme que le haya pedido que mecanografiara unas cartas —comentó él sentándose a la mesa, frente a ella. Luego cortó un pedazo de pan y se sirvió más vino.

—No —replicó ella, cada vez más molesta.

—Me alegro. He tenido una tarde muy pesada y no estoy de humor para soportar sermones.

Parecía cansado y Corinna contuvo el impulso de compadecerlo. Se dijo que ese tipo no se merecía ninguna consideración.

—Pobrecito. Éste es un mundo cruel.

Antonio sonrió y parte del cansancio desapareció de su rostro.

—¿Sabía que en ocasiones es usted una provocadora?

Corinna se ruborizó. Comentarios como ése la desconcertaban, haciéndola olvidar el desagrado que sentía por él.

Antonio se puso de pie. La chica esperaba que fuera a rellenar su copa, pero fue a colocarse detrás de ella, apoyando las manos en el respaldo de su silla. Se encontraba tan cerca que Corinna podía sentir el aliento en la nuca.

—Entonces, ¿qué es lo que la molesta? Dígamelo antes de que explote. Y eso iría contra sus principios —ante el silencio de la joven, Antonio volvió a sentarse ante la mesa, después de servirse un vaso de agua mineral.

—Gracias por su preocupación —le indicó Corinna cuando recuperó la voz, disgustada al verlo sonreír de nuevo—. Pero está equivocado. No estoy nada molesta. De hecho, ha sido una coincidencia que me haya encontrado aquí —bajó la vista al pronunciar esa mentira—. Pero ya que me ha visto, le diré que su novia le está esperando en la sala.

—¿A qué hora llegó? —inquirió Antonio después de maldecir entre dientes.

«Así que no ha negado que María es su novia», pensó Corinna. No esperaba que lo aceptara abiertamente, pero por algún motivo, aquello le dolía. A nadie le gustaba que se divirtieran a su costa, y es era la mejor prueba de que Antonio simplemente había estado flirteando con ella.

—Hace una hora por lo menos —respondió—. ¿No debería correr a su lado? Tal vez ya esté cansada de esperar, a pesar de que me dijo que tenía trabajo que hacer.

—Me pregunto qué estará haciendo María aquí.

Antonio se levantó, frunciendo el ceño, y Corinna sonrió para sus adentros.

—¿De verdad? Ella me comentó que usted la esperaba.

—Supongo que sí. ¿Ya se ha instalado? —preguntó, pasándose una mano por el cabello.

Corinna no sabía qué pensar de su comentario. Estaba intrigada, ya que se suponía que aquella mujer había sido invitada.

—Sí, ya se encuentra como en su casa. Le ofrecí algo de comer y beber y me aseguré de que sus maletas quedaran bien guardadas en el vestíbulo. Nada extraordinario, ya que apenas soy algo más que

una sirvienta. —Ya me lo imagino —comentó Antonio sin poder contener la risa antes de partir.

Cuando lo hizo, Corinna se quedó en la cocina y se preparó una taza de té. Se dijo que no tenía sentido esconderse sólo porque la novia de Antonio había entrado en escena. No permitiría que eso afectara a su comportamiento de manera alguna. Se tomó todo el tiempo del mundo hasta que escuchó voces y pasos que se acercaban. Tuvo que asir la taza con fuerza y obligarse a permanecer tranquila para no fingir que ya se iba a la cama.

Antonio abrió la puerta de la cocina y cedió el paso a María, que esforzaba una sonrisa falsa probablemente fruto de la última broma que habían compartido, según pensó Corinna.

Al ver a la joven, la sonrisa desapareció de sus labios y la expresión dura reapareció en sus ojos negros.

Corinna pensó que después de un viaje en avión, el trayecto en el taxi y una hora de espera, todavía parecía que María acababa de salir del salón de belleza. Deseó haberse puesto algo más presentable que la sencilla blusa y falda que llevaba.

—Volvemos a encontrarnos —comentó María, apoyando una mano en el brazo de Antonio—. Me alegro de ello —la expresión de sus ojos desmentía sus palabras—. Debiste haberte reunido conmigo en la sala. Una conversación habría resultado más interesante que esos aburridos papeles, ¿no te parece?

Agregó algo rápido en italiano para Antonio, que se rió antes de comentar:

—No debemos hablar en italiano mientras estés aquí.

—O al menos cuando haya alguien más presente —se rió María.

—Por favor —señaló Corinna con una sonrisa forzada—. Adelante.

«No tengo ningún interés en lo que os digáis», insinuaba su tono de voz. Antonio levantó las cejas de inmediato, captando el mensaje implícito.

—De hecho, ya me iba —añadió la joven.

—¿De verdad? —preguntó Antonio mirando su taza de té casi llena—. ¿Por qué no se queda con nosotros a terminar su té?

—Por favor, hazlo —intervino María con frialdad. Se sentó en una silla y se dedicó a contemplar a Corinna—. No te marches por nosotros. Ya tendremos tiempo suficiente para estar a solas ¿no es

así, querido?

Antonio no contestó. Fue a la nevera ignorando las señales de María de que se sentara a su lado. Sacó una botella de vino y buscó copas en un armario.

—¿Nos va a acompañar, o prefieres su té? —le preguntó a Corinna.

—Me quedo con el té —respondió ella con una sonrisa forzada.

—¿No bebes? —preguntó María con evidente desagrado—. Qué extraño de tu parte, querida. Yo adoro el vino, y el champán aún más. Es lo que siempre bebo en casa ¿no es así, Antonio?

Corinna se sentía cada vez más incómoda y se obligó a dar un sorbo a su té mientras Antonio se sentaba al lado de María. Con gesto posesivo, la mujer se apoderó de nuevo de su brazo.

Le resultaba imposible adivinar lo que pensaba Antonio a juzgar por su expresión; Corinna lo conocía lo suficiente como para saber de su capacidad de autocontrol. Por instinto, sabía también que no era dado a expresar sus emociones en público.

—Entiendo que llevas algún tiempo trabajando aquí —comentó María para romper el silencio—. Eres enfermera, ¿no es así? ¿No te… aburres? —preguntó después de una pausa significativa.

—Eso mismo fue lo que Antonio me preguntó cuando llegó —comentó Corinna, llamándolo por su nombre por vez primera en voz alta. Bebió otro sorbo de té para apresurar el momento de su partida—. Y la respuesta es no. Si me aburriera, ya me habría ido.

María empezó a decir algo en italiano y se interrumpió con un mohín.

—Lo siento. Lo olvidaba, no debo hablar en italiano. —No, no debes hacerlo —confirmó Antonio un tanto impaciente.

—Sólo estaba diciendo que es comprensible que Antonio te preguntara eso. Él, como yo, se mueve en círculos bastante agresivos.

—¿Y a qué te dedicas tú? —preguntó Corinna, obligada a tutearla por las circunstancias.

—Administro la empresa farmacéutica de mis padres —respondió María—. Es pequeña, pero próspera y exige mucha dedicación.

—Estoy segura de ello —Corinna se puso de pie—. Bueno, creo que me voy a la cama.

Un tanto alarmada, vio que Antonio también se levantaba. Apoyó una mano en el hombro de María y ella de inmediato la cubrió con la suya.

«Qué bonita pareja», se dijo Corinna con amargura. Los dos morenos, bien parecidos. Sólo faltaba el fotógrafo.

—María se quedará aquí esta noche —comentó Antonio—. ¿Dónde podemos instalarla?

—¡Cariño! ¿Crees que será necesario? Estoy segura de que tu dormitorio puede recibir a mi pequeño ser.

—Es probable —aceptó Antonio y al instante María sonrió—. Espérame aquí y termínate tu copa —agregó—. Subiré tus maletas. Volveré en unos minutos.

No le dio a María oportunidad de que protestara. Guió a Corinna fuera de la cocina y cerró la puerta con cuidado. Tan pronto como estuvieron a una distancia prudente, Corinna se volvió hacia él.

—No creo que a Benjamín vaya a gustarle esto.

—¿Desde cuándo eres la portavoz de mi padre? —cuando Corinna se volvió para seguir su camino, él la detuvo—. ¿Cuál es el problema?

—¿Problema? —Corinna lo miraba con fingida inocencia—. ¿Qué problema?

—Escucha —Antonio suspiró impaciente y la soltó—, sé que mi padre no estará muy complacido por la presencia de María aquí. Ella tiende a ser... —buscó el término adecuado—... muy impulsiva.

—No tienes necesidad de darme explicaciones.

—Sí cuando me miras como si acabara de volver de robar un banco.

Se miraban el uno al otro y Corinna empezó a estremecerse. La expresión de Antonio era dura, inclemente.

—No te agrada, ¿verdad?

—No la conozco —comentó Corinna.

—Muy diplomático de tu parte.

«Se debe a mis muchos años de trabajo como enfermera», quería decirle ella. «Además de que quiero que pienses que me importa un bledo lo que hagas», añadió para sí.

—Vete al diablo —le indicó volviéndose, pero él la detuvo agarrándola del brazo.

—No me gusta que la que la gente me dé la espalda cuando le

estoy hablando —manifestó él.

—Qué mala suerte. No eres mi jefe —replicó Corinna.

—¿Se trata de que estás celosa? ¿Piensas que algunos comentarios inocentes te dan derecho de propiedad?

—¿Derecho de propiedad? —repitió Corinna incrédula, para soltar luego una carcajada histérica—. No seas absurdo… Sí, absurdo —ratificó ante su expresión sorprendida—. Si quieres saberlo, soy demasiado sensata para que un estúpido flirteo me haga perder la cabeza.

El pánico la invadió cuando vio su expresión airada; temía que adivinara sus verdaderos sentimientos. Ella era incapaz de vivir con los frívolos coqueteos que caracterizaban a tantas mujeres. Su madre era una coqueta consumada, pero a pesar de ello nunca dejó de advertirla de los peligros que eso conllevaba, y, sin duda, sus palabras se grabaron en su mente.

—Nunca conocí a una mujer que me dijera eso —murmuró Antonio, con tono divertido y ella se vio obligada a sonreír.

-¿No? Pues tal vez yo tampoco haya conocido a alguien que mereciera mis flirteos.

Antonio no esperaba esa respuesta. Su expresión se ensombreció y, por un momento, pareció dispuesto a continuar la discusión. Pero ambos eran conscientes de la presencia de María al otro lado de la puerta de la cocina y, mientras él titubeaba, Corinna se apresuro a dirigirse a su cuarto sin volver la vista atrás. Confiaba en que la sensación de triunfo por su comentario final le durara la noche entera, pero por desgracia ya estaba empezando a verse sustituida por la aguda punzada de los celos.

CAPÍTULO 6

BENJAMÍN no estaba contento. Corinna fue a su habitación a la mañana siguiente para descubrir que Antonio ya había estado allí para explicarle la presencia de María. Sin conocerla todavía, el viejo no ocultaba su desagrado por aquella mujer.

—¿Qué clase de modales son esos? —preguntó a Corinna cuando la chica se estaba ocupando de arreglar el cuarto—. ¿Ése es el temperamento mediterráneo? ¿Presentarse aquí para una estancia de duración indeterminada sin haber sido invitada? ¡Qué atrevimiento!

Con cautela, Corinna le indicó que conocía a algunos italianos y que no consideraba que fuera una característica común a todos.

—¡No los justifiques! Y dime, ¿cómo es que te has vuelto a poner esa ropa tan aburrida? Me gusta más la que llevabas el otro día.

El súbito cambio de tema no sorprendió a Corinna. Benjamín solía hacerlo y ella ya estaba acostumbrada.

—Hoy va a hacer un día frío y gris —comentó, tranquila—. He decidido ponerme ropa cómoda y de abrigo —lo que no le dijo fue que así se sentía más segura, capaz de funcionar con su acostumbrada eficiencia. Esa ropa era una barrera contra la perturbadora presencia de Antonio.

—¡Pamplinas! —ladró el viejo, observándola con evidente disgusto—. Ahora que estoy más recuperado, tú y yo haremos un corto viaje a Londres y te compraremos ropa adecuada.

Corinna se volvió hacia él, atónita. Era la primera ocasión en que Benjamín hacía una referencia directa a su vestuario.

—Por favor, no se le ocurra hacer eso.

—Entonces, por amor de Dios, no lleves esa ropa tan aburrida. Eres demasiado bonita para ocultarte detrás de esos colores. A propósito, ¿cómo es esa italiana?

—Apenas he hablado con ella —murmuró Corinna—.

Parece interesante.

—Maleducada, diría yo.

—Pero a ella la invitaron… —insistió Corinna.

—¿Quién lo dice? —preguntó Benjamín, molesto—, Antonio no

desde luego.

Corinna se limitó a encogerse de hombros.

—¿Esa es la única respuesta que voy a conseguir de ti? —insistió Benjamín, irritado—. ¿Cómo es ella? Al menos podrás decirme eso.

—Ya la verá en su momento —le indicó Corinna desde la puerta.

—Atractiva, debo suponer —agregó el anciano al acercarse y tomarla del brazo—. No sé qué significará ella para mi hijo, pero si es... si son... bueno, digamos que no me lo imagino saliendo con alguien que no sea atractiva.

—Es atractiva —confirmó Corinna. No quería hablar de ella. Podría prever algunos encuentros desagradables con María, a juzgar por el brillo desagradable de sus ojos, y eso no era nada reconfortante. La italiana era lo que su madre describiría como una mujer para los hombres. Sólo florecían ante la presencia de un hombre y generalmente eran hostiles a las demás integrantes de su propio sexo.

María no estaba presente cuando llegaron a la cocina. Edna les informó que Antonio había salido y que María no era una persona madrugadora a menos que su propio trabajo se lo exigiera.

Hizo un comentario con tono recriminatorio y para Benjamín, confirmando lo que ya imaginaba. Corinna empezó a sentir lástima por la mujer, pero luego recapacitó, diciéndose que debería dedicar su conmiseración a una mejor causa.

Mientras tomaba el café, charló con Benjamín. Al preguntarle por lo que pensaba hacer, el anciano la sorprendió al decirle que podía tomarse el día libre.

—Vete a Londres —le indicó—. No regresaré hasta la tarde. Quiero visitar algunas librerías y quedé en comer con Antonio y con uno de sus colegas, que va a trabajar aquí. De hecho, el caballero cenará con nosotros esta noche, así que asegúrate de estar de vuelta para las seis y media.

—¿Tendremos visitas para la cena? —repitió Corinna, sorprendida.

—Han ocurrido cosas más extrañas aún.

—No desde hace mucho tiempo, si no le importa que se lo diga —intervino Edna.

—Claro que me importa —le indicó Benjamín, molesto—. Tú asegúrate de que la cena sea excelente.

—¿Cuándo ha tenido algún motivo de queja? —Edna se limpió las manos en el delantal y se volvió para mirarlo.

Benjamín la miró alarmado.

—Recientemente, no —concedió—, pero siempre hay una primera vez —se levantó, le dio a Corinna una palmada en el hombro y la besó en la mejilla, haciéndola ruborizarse.

—Se está volviendo loco —comentó Edna cuando Benjamín ya se había marchado—. Tan pronto dice que no saldrá de la casa por nada del mundo como se niega a bajarse del coche. Está loco.

Corinna se rió, pero más tarde, cuando paseaba por Covent Garden, compadeciéndose de los turistas que tiritaban de frío en el que debía ser un cálido día de verano, hubo de reconocer que el comportamiento de Benjamín era extraño. Primero había criticado su ropa; luego estaba lo de la escapada a la biblioteca, que parecía haberle devuelto la confianza en sí mismo. Tal vez Antonio había despertado un nuevo aspecto en él, al igual que había hecho con ella, se dijo inquieta.

Regresó a la casa a las seis y media en punto. Tuvo un día tranquilo y agradable. Había quedado con una amiga para comer, había paseado por las calles viendo escaparates y se sentía descansada.

Subió a su cuarto y se detuvo en la puerta. Sobre la cama había un exquisito vestido de color azul marino, de escote pronunciado y cintura ajustada. Corinna no era ninguna experta en modas, pero sabía que era de gran calidad.

—¿Te gusta? —preguntó Benjamín a su espalda.

Ella se volvió para indicarle que no podía aceptarlo, pero se contuvo al ver la expresión titubeante del anciano.

—¿Qué voy a hacer con usted? —le reprochó con tono amable —. ¿Es esto lo que ha hecho en todo el día?

—Pensé que te gustaría lucir algo bonito esta noche —comentó el anciano, ruborizándose—. He averiguado tu talla husmeando entre tus vestidos. Espero que no te importe.

—¿Importarme? —Corinna se acercó y lo abrazó—. Es precioso y me encantará ponérmelo. Benjamín sonrió complacido. —Esperamos a nuestro invitado para las siete y media. Tomaremos el cóctel en la sala... Ah, casi me olvidaba —agregó, deteniéndose cuando se dirigía a la puerta, y le entregó un hermoso collar de

diamantes—. Pertenecía a mi madre. Hace mucho tiempo que nadie lo usa. No le gustaba a la madre de Antonio. Atónita, Corinna no podía hablar. —Por favor —insistió Benjamín cuando ella trató de devolverle la joya—. Harías a un anciano muy feliz. —Sólo por esta noche —le indicó Corinna al aceptar—. Luego se lo devolveré. Legítimamente tendrá que llevarla la futura esposa de su hijo.

—De acuerdo —admitió Benjamín con una amplia sonrisa antes de dejarla sola para que se arreglara. Corinna se tomó su tiempo. Después de tomar un largo baño, tardó bastante en maquillarse. Quería dejar el vestido para el último momento. Nunca había tenido uno tan hermoso. Cuando cumplió quince años, su madre le regaló uno que le pareció maravilloso, pero no tenía comparación con aquél. En aquella época, su madre se negaba a admitir que ella había crecido y el vestido infantil era un esfuerzo inconsciente para mantenerla en el papel de niña.

Y Michael nunca le dio la oportunidad de vivir su sexualidad. Le compró perfumes, libros, bombones, pero jamás un vestido semejante.

Al ponérselo, se miró en el espejo con una mezcla de asombro y excitación. Se había dejado el cabello suelto y le caía por la espalda como rico oro hilado. «No está nada mal», pensó con una sonrisa antes de reír abiertamente en un gesto de alegre vanidad. Estaba descubriendo nuevas facetas de su personalidad.

Fue la última en bajar. Al acercarse a la sala, escuchó un murmullo de voces que se fue acrecentando hasta que abrió la puerta. En seguida miró a Benjamín, en espera de su reacción.

—¿Acaso no está radiante? —preguntó el anciano.

—Preciosa —confirmó uno de los invitados, de unos treinta años y cabello oscuro, llamado Roberto.

Antonio no dijo nada, pero Corinna advirtió que la observaba con atención.

La conversación se reanudó. Benjamín la llamó para presentarla a sus invitados.

Corinna se sentía como si estuviera flotando entre nubes. Roberto le besó la mano; su mirada era cálida, al igual que su sonrisa. También estaba presente una pareja de ingleses, amigos de Benjamín, que habían sido invitados a última hora.

Corinna intentó ignorar la presencia de Antonio, pero pronto

descubrió que era imposible.

—¿Te sirvo una copa? —le murmuró él al oído, acercándose por la espalda—. Admirable —agregó cuando ella se volvió, sorprendida.

Corinna se dio cuenta de que María los miraba con evidente disgusto. Se encontraba en un sillón junto a la chimenea, con una copa de vino en la mano. A pesar de estar sentada, Corinna distinguió lo minúsculo de su vestido negro, que revelaba suficientemente sus piernas y escote.

Antonio levantó un dedo y le acarició el cuello, para juguetear con el collar; Corinna se estremeció.

—Veo que tu rectitud moral no alcanza a impedir que aceptes pequeños regalos de mi padre. Este collar vale una fortuna. ¿Se lo sugeriste tú, o fue él?

Corinna apretó los dientes, tratando de mantener la calma.

—Ni siquiera sabía de su existencia hasta que...

—¿Hasta que él lo depositó en tus manos? ¿Tal vez obligándote a aceptarlo pistola en mano?

—Lo rechacé. Y hay gente mirándonos.

—Nunca me importa lo que piensa la gente —manifestó él con tono sombrío—. ¿Y el vestido? ¿Otro regalo? No necesitas contestar —comentó al ver su rubor con gesto tranquilo—. ¿También me vas a decir que trataste de rechazarlo? —preguntó con tono gélido.

—No trataré de decirte nada, ya que no quieres escucharme.

Antonio apretó los labios y, por vez primera, Corinna vio el brillo de la ira en sus ojos. Se volvió ligeramente dando la espalda a los invitados. Vestía de etiqueta, pero sin la corbata de rigor, y estaba tan cerca que Corinna no podía escapar al magnetismo animal que emanaba.

—No me presiones —le indicó él entre dientes. —Entonces, ¡no me presiones tú a mí! —siseó Corinna, sin reprimir su furia—. No tengo intenciones de conservar este collar y, en cuanto al vestido, podrás conseguirlo tan pronto me lo quite si es que te preocupa que acepte algo de tu padre, por muy buenas que sean sus intenciones.

Sus miradas chocaron y, por un instante, Corinna detectó cierta incertidumbre en los ojos de Antonio.

—Me gustaría tomar más vino blanco —manifestó

Corinna, temerosa de tartamudear ante la imponente presencia

de Antonio.

Cuando él se volvió, la joven advirtió que María empezaba a impacientarse. Constance, la amiga de Benjamín, estaba charlando con ella, pero la italiana no le prestaba atención como la que dedicaba a Antonio y

Corinna.

—Creo que María requiere tu atención —añadió la joven. -¿Y?

—Qué tonta soy —contestó ella con tono sarcástico—, por supuesto, no hay motivo para que vayas con ella. Siempre haces lo que tú quieres. Además, es probable que te espere hasta que decidas acudir a su lado.

—¿Y lo desapruebas? —inquirió Antonio con un tono entre admirado y divertido.

—No lo desapruebo —respondió ella, cortés—. Sólo creo que cualquier mujer que esté dispuesta a esperar a un hombre, debe de estar un poco loca.

—Yo pienso lo mismo de cualquier mujer que esté dispuesta a enterrarse en un lugar olvidado sólo porque está asustada de la vida —agregó él.

—¡No estoy asustada de la vida! —protestó Corinna.

—Mi padre tiene muy buen gusto, si él escogió este vestido —dijo Antonio a guisa de respuesta—. Por primera vez pareces una mujer orgullosa de tu propia apariencia, y no alguien que se oculta detrás de prendas discretas y aburridas.

—Gracias por la valiosa observación —comentó Corinna, furiosa.

—Los triunfos obtenidos en contra de Antonio Silver siempre han sido de corta duración —volvió a sonreír.

Corinna pensó que él siempre conseguía conducir la conversación al terreno que más le convenía. Parecía dispuesto a atacarla un poco más antes de volver con su impaciente novia, pero no tuvo oportunidad.

Benjamín se acercó a ellos acompañado de Austin, un buen amigo suyo y padrino de Antonio. Para agrado de Corinna, no volvieron a estar solos.

La joven se sentó a la mesa entre Constance y Roberto, que estaba a su izquierda. Después de tomar tres copas de vino más, ya apenas se daba cuenta de las miradas maliciosas que le lanzaba

María.

Roberto era un hombre encantador. Su inglés no era tan bueno como el de Antonio o el de María, y se pasó la velada tratando de convencerla de que le diera algunas clases para perfeccionarlo.

Contra lo acostumbrado, Corinna estaba dispuesta a dejar que la adularan. Cuando Roberto le tomó la mano para comprobar si era tan suave como parecía, sonrió encantada, sin apenas prestar atención a la mirada dura y «a los labios apretados de Antonio.

Corinna estaba feliz, no sólo por las atenciones que recibía, sino por la expresión molesta que detectaba en Antonio.

—Tengo la impresión de que te conozco de toda la vida —le murmuraba Roberto al oído—. No puedo creerlo. Si lo pudiera expresar mejor en inglés... —su gesto teatral hizo reír a Corinna. Hablaba demasiado fuerte, pero a la chica ya no le importaba—. ¿Cómo lograré salir adelante?

—Tal vez no seas la persona indicada para ese puesto —le indicó Antonio desde el otro extremo de la mesa; siguió un tenso silencio, ya que nadie sabía si hablaba en serio o en broma—. Quizá deba contratar a alguien cuyo inglés sea más aceptable —en tono de burla imitó el marcado acento de Roberto.

Benjamín comentó algo para romper la tensión y la conversación continuó. «Pobre Roberto», pensó Corinna al lanzar una mirada de furia a Antonio.

—Sé que no hablaba en serio —le indicó a Roberto, pero éste se limitó a sacudir la cabeza.

—Yo también lo creo así, pero será mejor que mejore mi inglés. No es bueno llevarse mal con Antonio.

Pasaron a la sala para tomar el café, después de alabar la cocina de una orgullosa Edna que lanzó a Benjamín una expresiva mirada como diciéndole: «ya se lo dije».

Corinna no vio a Benjamín charlar con María durante la cena. En cierto momento, cuando pasaron al salón, la italiana se esforzó por mantenerse a su lado, tomándolo del brazo y hablándole al oído. La joven pensó que María parecía revivir en compañía de un hombre, cualquiera que fuera. Se expresaba mejor, reía más.

Cuando estaba analizando eso, Antonio se acercó a ella. Eran los últimos en salir del comedor y cuando Corinna pretendió huir, él la tomó del brazo, apretándola con fuerza.

—Te he estado observando y no me gusta nada —declaró él, molesto.

—¿Qué es lo que no te gusta? —Corinna no podía ocultar su asombro.

—No me agrada la forma en que has estado alentando a Roberto.

Corinna deseó propinarle otra patada bien dada y apenas pudo contenerse.

—No lo estaba alentando —le indicó.

Su mente se aclaró al instante, pero Antonio continuó como si ella no hubiera hablado.

—Está aquí para trabajar y no para dejarse cautivar por una cara bonita, a quien no le importa jugar con cualquiera cuando la ocasión se le presenta.

—¿A qué te refieres?

—Averígualo tú —le indicó, despectivo.

—Prefiero no hacerlo —Corinna pretendió alejarse, pero Antonio seguía manteniéndola sujeta por el brazo.

—¿Quieres que lo haga por ti? —la miró de pies a cabeza—. Te ríes con Roberto de forma incitadora a pesar de que jamás lo habías visto en tu vida. Y te quedas tan tranquila mientras a él se le cae la baba por ti y tiene una novia que lo espera en Italia...

—Exageras —murmuró Corinna, incómoda—. Y no sabía que estuviera comprometido. Por lo que a mi respecta, no ha sido más que una diversión inocente.

—¿Inocente? —exclamó Antonio, incrédulo—. ¿Tú, inocente?

Corinna se volvió hacia él como si la hubiera golpeado. Suspirando, Antonio le acarició una mejilla.

—Yo... —continuó—. No he debido decir eso... Haces que salga lo peor que hay en mí, por razones que no puedo comprender.

«Se está disculpando», se dijo Corinna, asombrada. Jamás imaginó que le diría algo parecido a una disculpa.

—Tengo sentimientos —le indicó con voz firme.

—Sí —reconoció él—. ¿No los tenemos todos? Pero necesito contar con Roberto al cien por cien cuando abra la sucursal. No quiero que piense en nada más.

—Puedes estar tranquilo —le indicó Corinna, cansada—. No estoy dispuesta a saltar a su cama.

Se produjo un silencio y cuando la joven levantó la vista, descubrió que Antonio la observaba con atención, meditando sobre algo que ella no podía comprender.

—¿Alguna vez has saltado a la cama de alguien? —le preguntó él, lleno de curiosidad.

—Nos están esperando —murmuró Corinna, atemorizada.

Antonio no prestó atención a su intento por cambiar de tema de conversación.

—En realidad, Roberto no ha despertado ningún interés en ti, ¿verdad? —como Corinna no contestó, prosiguió con el mismo tono especulativo—. Estoy seguro de que no eres de las chicas que se deshacen por el hombre que las atrae...

—¡Deja de pensar que puedes leerme el pensamiento como si fuera un libro abierto! —le espetó Corinna, sabiendo que él estaba haciendo precisamente eso. Intentó soltarse y descubrió que estaba temblando—. Será mejor que nos reunamos con los demás antes que vengan a buscarnos.

—Tienes razón —aceptó Antonio con voz extraña—.

Será mejor que lo hagamos.

Se volvió, salió y Corinna tuvo que seguirlo, desorientada. La reunión transcurrió en un ambiente tranquilo y pronto los invitados se dispusieron a marcharse. Austin y Constance insistieron en que la siguiente ocasión en que se vieran sería en su casa.

Afortunadamente para Corinna, Roberto dejó atrás los flirteos. Era evidente que tenía miedo de su jefe y se despidió de ella en la puerta. Consciente de que Antonio los observaba, le indicó entre risas que lo llamara si alguna vez necesitaba una mano amiga.

Corinna sonrió, a sabiendas de que eso era poco probable. Además, ¿qué diría su prometida?

—Bueno —comentó Benjamín, cuando los invitados se fueron—. Ya me había olvidado de lo que eran las fiestas. Estoy agotado.

—Que duerma bien —le dijo María.

Benjamín no contestó. Corinna lo conocía lo suficiente como para saber que la italiana seguía sin agradarle. Era muy cortés con ella las pocas veces que le dirigía la palabra, pero la joven tenía la seguridad de que ya estaba haciendo preparativos para que se fuera a otra parte.

El anciano se retiró, insistiendo en que no era necesario que

Corinna lo acompañara. Muy a su pesar, la joven tuvo que quedarse en compañía de Antonio y de María.

—Creo que tú y yo todavía no hemos tenido la oportunidad de charlar —comentó María a Corinna y luego se volvió hacia Antonio —. Tú también estás agotado. ¿Por qué no te vas a dormir y nos dejas conversar un poco? —lo besó en los labios, un gesto que era una invitación para algo más.

—Tengo que trabajar —le indicó Antonio, apartándose—. Estaré en el despacho —miró a Corinna y la chica bajó la vista, nerviosa.

—Vayamos a la sala —sugirió María, adelantándose con Antonio.

Corinna los siguió como una oveja a la que llevaran al matadero. No quería conversar con la italiana, pero no sabía cómo evitarlo sin ser grosera.

—¿Quieres una copa? —le preguntó María cuando estuvieron a solas.

—No, gracias —respondió Corinna. —Ah, sí, lo olvidaba. No te gusta beber. Pero ahora que estamos solas, puedes olvidarte de tu comportamiento de niña pequeña —fue al mueble bar y se sirvió una buena copa de whisky antes de ir a sentarse en el sofá, junto a Corinna.

—¿De qué querías hablar conmigo? —inquirió la chica—. Estoy cansada y me gustaría ir a dormir.

Al verla más de cerca, se dio cuenta de que María era mayor de lo que parecía; tendría entre unos treinta y unos treinta y cinco años. A pesar de la dulzura que manifestaba ante Antonio, tenía un aura de dureza que Corinna pensó que tal vez fuera buena para administrar el negocio de sus padres. Antonio y ella parecían tener mucho en común.

—Se trata de Antonio —respondió María sin rodeos—. Te he visto cuando estás cerca de él y he notado que estás enamoriscada.

—¡No es cierto! —exclamó Corinna, ruborizada—. No puedo creer que me hayas hecho venir para acusarme de algo tan estúpido —incluso a ella misma su voz le parecía exagerada, no sólo para acallar las acusaciones de la italiana, sino a la voz que lo confirmaba en su interior.

—Suele producir ese efecto —sonrió María con frialdad—. Antonio no es una persona ordinaria. Sobresale entre los demás.

Pero de nada te sirve que le hagas «ojitos».

Corinna se preguntó qué estaba sucediendo. Por segunda ocasión en esa noche, la acusaban de ser una femme fatale.

—Estás muy equivocada —insistió molesta—, Y no es asunto de tu incumbencia.

—Claro que lo es —la mirada de María parecía enfriarse por instantes—. Tal vez deba explicarme. Él y yo tenemos un... acuerdo. No estamos formalmente comprometidos, pero estamos destinados el uno para el otro. Verás, él encabeza una de las empresas farmacéuticas más fuertes de Italia, mucho más importante que la de mis padres. La unión de las dos nos convertirá en la compañía líder del mercado. Me temo que tú no le interesas a él. Te digo esto por el afecto que te tengo —trataba de infundir a su voz un tono compasivo—.Antonio piensa con la cabeza, no con el corazón —añadió, escogiendo sus palabras con cuidado.

—¿Quieres decir que no está enamorado de ti? —Hace muchos años que nos conocemos —respondió María un tanto ruborizada y nerviosa—. Es como un hijo para mis padres.

—Oh —la exclamación de Corinna sólo indicaba que esperaba la respuesta a su pregunta.

—Tú no eres su tipo —añadió María sin rodeos—. A pesar de tu típico atractivo inglés. No eres lo que él desea. Le gustan las mujeres ardientes... e inteligentes.

—Ni siquiera voy a preguntarte qué insinúas con ese comentario —Corinna se puso de pie, molesta.

—Por favor —María abrió mucho los ojos—, espero no haberte ofendido. Quizá no he usado las palabras adecuadas. Cometo errores en mi inglés. A veces me sucede...

—Si me disculpas, me voy a la cama. —Sí. Ya es tarde. Debes de estar cansada —ella también se levantó.

« ¿Así que esto es todo?», se preguntó Corinna. Furiosa, se marchó sin mirar hacia atrás. Ya en su cuarto, su imagen en el espejo no mostraba a una mujer confiada y sensual. Se sentía mal.

No deseaba sentir esa atracción por Antonio, pero existía y si María la había detectado en un solo día, era probable que él también lo hubiera hecho. Inquieta, se quitó el vestido, fue a lavarse y se puso el camisón, sintiéndose como Cenicienta cuando el carruaje volvió a convertirse en calabaza. Apagó la luz, pero no

podía dormir. Le pareció oír los pasos ligeros de María en el pasillo, luego los de Antonio y el suave murmullo de voces. Se preguntó inquieta a dónde se dirigirían. ¿Estarían durmiendo juntos? Tal vez tenían una maravillosa relación de negocios, pero él era un hombre muy atractivo y María una mujer hermosa, inteligente y, como ella misma había reconocido, estaba disponible. La solución a esa ecuación era tan clara como el agua. A la mañana siguiente se levantó temerosa de encontrárselos, pero Edna le dijo que María se había ido a Londres. Pensó que quizá aquella mujer se gastaría el equivalente a su sueldo de un año como enfermera sólo para comprarse un par de vestidos. Para su sorpresa, Edna también le dijo que Benjamín había ido a la biblioteca en busca de unos manuales de informática. Lo cual sólo dejaba a Antonio, que seguramente se dispondría a inspeccionar los adelantos de su nueva oficina, según pensó Corinna.

¿Qué haría hasta el regreso de Benjamín? Esa pregunta la inquietó. En realidad, él ya no la necesitaba y la creciente independencia del anciano le produjo cierta tristeza egoísta.

—Ah, aquí estás, me alegro de verte —anunció la persona que ella menos quería ver cuando se estaba terminando su café—. Necesito que me ayudes.

Antonio se sirvió una taza de café y la miró por encima del borde.

Corinna volvió a la tarea rutinaria de reprimir su propia reacción ante él.

—¿Tu silencio significa que tienes cosas más interesantes que hacer a pesar de que mi padre no está aquí?

—Todavía trabajo para él y seguimos trabajando en su documento histórico «labor que ha pasado a un muy segundo plano desde que llegó su hijo», agregó en silencio.

—Te espero en el despacho dentro de cinco minutos —le indicó Antonio al terminar su café, como si su comentario le confirmara que no tenía nada mejor que hacer.

Corinna estuvo tentada de dejarlo esperando e irse a hacer cualquier otra cosa, pero al levantarse, el despacho la atrajo como un imán.

—¿Qué es lo que quieres que haga? —se ruborizó al hacer esa pregunta. No quería sentarse junto a él delante del ordenador y

permaneció de pie.

—Cierra la puerta y deja de comportarte como si hubiera interrumpido tus múltiples actividades —le indicó él con voz firme. Luego volvió su atención a los documentos que tenía en las manos.

—¿Qué quieres que haga? —insistió ella, todavía de pie.

—¡Siéntate aquí, maldita sea! —impaciente, Antonio señaló la silla que ella deliberadamente evitaba. Al ver su expresión asustada, le espetó—: ¡No muerdo! ¿Qué te sucede?

—Nada —se acercó tímidamente y se sentó en el borde de la silla, deseando con desesperación que sus piernas no estuvieran tan cerca. Mantenía la vista fija en la pantalla del ordenador.

—Anoche no fingías ninguna timidez al estar cerca de Roberto —le dijo él.

—¡Él no se pasó toda la velada insultándome! —Corinna se levantó y descubrió que en ese momento sí que estaba muy cerca de él. La falda le rozaba el pantalón. Tenía la respiración alterada y su pecho se agitaba. El moño estaba a punto de soltársele, lo cual no ayudaba en nada a su capacidad de autocontrol.

—Pues nadie está insultándote ahora.

Se miraban a los ojos y Corinna tuvo la sensación de estar suspendida en le tiempo, en espera de algo. Cuando ocurrió, comprendió que era lo que había estado esperando. En su mente guardaba mil imágenes de ese momento. Antonio se levantó, se inclinó sobre ella y la besó. Luego, impaciente, le soltó el cabello, que cayó sobre sus hombros como una cascada.

Corinna no sabía a dónde se había ido su sentido común. Se sentía consumida por el deseo. Le rodeó el cuello con los brazos, acariciándolo, deleitándose con la placentera sensación de su cabello entre los dedos.

Cuando la mano de Antonio encontró y empezó a desabrocharle los botones de la blusa con movimientos febriles, Corinna se estremeció, ofreciéndole los senos para que encontrara los endurecidos pezones bajo el sostén. La joven gimió, arqueando la espalda, agarrándose a los brazos de Antonio. Le besaba la cara, el cuello, murmuraba contra su piel en tanto él seguía acariciándole los senos.

Antonio le acercó la cabeza contra su pecho con la respiración agitada. Cada poro de su piel lo ansiaba y cuando él le levantó la

falda, ella apoyó una pierna sobre el escritorio, facilitando sus caricias. Creía que iba a explotar en cualquier momento.

Pero cuando él se apartó un poco para mirarla, ella recobró algo de cordura. Una oleada de humillación la invadió.

—Sé que Roberto no te interesaba —murmuró Antonio—. Tus labios respondían a él, pero no tu cuerpo.

Palideciendo, Corinna se apartó con un jadeo. Antonio no lo notó hasta que empezó a arreglarse la ropa a pesar del intenso temblor de sus manos.

—No, no huyas —le ordenó él.

—No puedo hacer ningún trabajo para ti.

—Maldición, Corinna, sé lo que hay detrás de esa fría expresión que con tanto ahínco tratas de cultivar. Sé que te excito. Quiero hacerte el amor. Aquí, ahora mismo.

Ella se alejaba, arreglándose la blusa y contemplándolo como si fuese un animal salvaje que pudiera atacarla de nuevo en cualquier momento.

Se odiaba a sí misma. Antonio sabía que la excitaba.

¿Cómo podía dejar de hacerlo si su novia, amante, o lo que fuera, lo había descubierto en unas pocas horas?

—Esto ha sido un error —masculló—. ¡Déjame en paz! ¡No te deseo a ti, ni a ningún otro hombre!

—¿Por qué tienes tanto miedo? —preguntó Antonio, acercándose.

—¡Déjame! —Corinna había recobrado al menos parte del control de su voz, ahora que ya no estaba medio desnuda. Se libró y corrió hacia la puerta—. ¡Y no quiero que vuelvas a tocarme! —le gritó por encima del hombro.

Antes de que él pudiera responder, cerró la puerta con fuerza y corrió a su cuarto, dando gracias a Dios de que Benjamín no estuviera en casa en ese momento y escuchara su loca carrera por la escalera.

CAPÍTULO 7

LA sangre se le agolpaba en la cabeza a Corinna, ahogando el sonido de todo lo que la rodeaba. Si al subir se hubiera encontrado con alguien, con seguridad no lo habría visto.

Su mente estaba llena de imágenes de Antonio. La casa Deanbridge, que durante un tiempo había sido su paraíso, un oasis de paz en un mundo problemático, ahora asumía las dimensiones de una pesadilla. Estaba paralizada, temerosa de Antonio y de sus amenazas. La presencia de María era una complicación adicional. No la intimidaba, pero allí estaba, latente. Al llegar, cerró la puerta de su cuarto y fue hacia la cama. Sentía el cuerpo débil. Las imágenes seguían asolándola. Era como si su mente, siempre reprimida para no correr riesgos, finalmente se hubiera rebelado, dejándola indefensa frente a un hombre como Antonio Silver.

¿Cómo era posible que se hubiera visto atraída por alguien como él? ¿Cómo podía haberlo escogido su cuerpo como catalizador de veintitrés años de sexualidad reprimida? Él estaba acostumbrado a hacer lo que le viniera en gana con las mujeres, que caían a sus pies como frutos maduros. Ella quería una relación estable, seguridad... No podía creer que se hubiera comportado de esa forma.

¿Qué le había ocurrido a la cautela que la caracterizaba, precisamente cuando más la necesitaba? «Se fue por la ventana», se dijo con amargura. El sentido común había echado a correr como un caballo desbocado y quizá jamás lo recuperaría.

Desde que lo vio aparecer ante la puerta, estuvo en guerra consigo misma. Cada enfrentamiento era una verdadera batalla interna. Su mente le decía una cosa y las emociones le indicaban otra diferente; estaba agotada.

Se dijo que tal vez debía marcharse, presentar su renuncia, pero pensó en Benjamín, en la decepción que se llevaría, y se sintió atrapada.

La mayoría de las chicas podían recurrir a sus madres en busca de apoyo, era ese recurso no estaba a su alcance. El divorcio había amargado a su madre en contra de los hombres. Aprobaba a Michael por ser débil y maleable, pero odiaría a Antonio, y no sentiría ninguna simpatía por su hija.

No se dio cuenta de la presencia de Antonio en la habitación hasta que escuchó su voz y se incorporó de la cama, horrorizada.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó confundida—. No tienes ningún derecho a meterte en mi habitación.

Antonio estaba en el cuarto, pero no se había acercado a ella. Se dirigió a la ventana con las manos en los bolsillos.

—¡Sal de aquí! —le ordenó cuando recobró la voz.

—No hasta que me digas qué está pasando aquí —le indicó Antonio al volverse para mirarla.

—No quiero hablar de ello.

—Pues yo sí.

—Bien, hazlo tú solo.

Fue una respuesta equivocada. Antonio se acercó y se sentó en la cama.

—Comprendo que has sufrido las consecuencias de la ruptura de una relación amorosa —Antonio se pasó una mano por el cabello, impaciente—, pero te comportas como si tuvieras miedo de la vida.

—No quiero relaciones con nadie.

—¿Por qué no? ¿Tanto significaba él para ti?

—No es de tu incumbencia —Corinna aparentaba estar tranquila.

—Lo es cuando decides tirarme un jarro de agua fría cada vez que te excitas.

—Nada puedo hacer si no satisfago tus expectativas; piensas que toda mujer está obligada a rendirse a tus pies. ¿Te has olvidado de que ya tienes novia?

—María no es mi prometida —declaró Antonio, tajante.

—Es evidente que te has reservado esa información, ya que ella piensa lo contrario.

—¿Y por eso estás celosa?

—Puede quedarse contigo con mi bendición.

—Eso no es lo que tu cuerpo me dice cuando te toco —manifestó Antonio, endureciendo su expresión.

El hecho de no poder replicarle nada, sólo la enfurecía más.

—¡El sexo no me interesa! —exclamó ruborizada.

—¡Claro que te interesa! Pero es probable que no te gustara con tu antiguo novio y quizá por eso decidiste romper la relación. ¿Estoy en lo cierto?

—¡Deja de poner palabras en mi boca!

—Entonces respóndeme cuando te pregunto algo -exclamó Antonio en tono salvaje.

«No se irá», reconoció Corinna, preocupada. La i retirada no iba con él, excepto cuando le convenía. Antonio la deseaba y ella lo había rechazado. Ahora quería saber el motivo.

—De acuerdo —le indicó, cansada—. Quieres respuestas y te voy a dar algunas. No puedo y no quiero hacer el amor contigo porque lo que me ofreces no es suficiente.

—¿Lo que te ofrezco? —la mirada de Antonio era fría.

—¡No tengo intenciones de convertirme en un número más en tu lista! Nunca he sido así, a pesar de las apariencias. Si quieres saberlo, mis padres pasaron una amarga experiencia de divorcio y no le veo el sentido a una relación con un hombre, a menos...

—Quieres un compromiso, ¿no es así? —preguntó Antonio con voz dura, empezando a comprender.

Corinna sabía que parecía una actitud demasiado convencional, pero eso no cambiaba la realidad. Nunca podría hacer el amor con alguien sólo por un capricho pasajero. Muchas de sus amigas lo hacían. Dormían con sus novios, terminaban con ellos y se comprometían con otros en un círculo interminable. Corinna escuchaba sus lamentaciones con una mezcla de compasión e incomprensión. Siempre pensó que tenía a Michael y nunca se preguntó por qué no hacía el amor con él, a pesar de estar comprometidos.

Ahora sabía por qué. Nunca había estado enamorada de él. Pero lo estaba de Antonio Silver desesperadamente, sin remedio, y era por eso que lo que, a pesar de que su cuerpo clamaba satisfacción, su corazón le decía que sería una tonta si aceptaba algo que no fuera el matrimonio.

Bajó la vista sintiéndose enferma. No se trataba sólo de una atracción física. Estaba enamorada por completo.

—El compromiso no es garantía de un matrimonio perdurable —le indicó Antonio con dureza—. Despierta. La vida es riesgo. Es cierto que tuviste problemas con tus padres. Te comprendo. Tal vez quieras recordar que mi vida tampoco ha transcurrido sobre un lecho de rosas en lo que a mis padres se refiere.

Corinna no lo miraba. Prefería fijar su atención en sus manos.

Antonio hundió los dedos en su larga melena rubia y la obligó a que lo mirara a la cara.

—Lo sé —admitió ella en un murmullo.

—Actualmente, el divorcio es un hecho más de la vida. Y tú permites que siga afectándote en todo lo que piensas y haces.

—Yo no he dicho eso y te suplico que me quites las manos de encima. Me haces daño.

—Mala suerte —declaró Antonio con tono sombrío.

Corinna tenía dificultades para respirar. El rostro de Antonio estaba a pocos centímetros del suyo. Si extendía una mano, podría delinear el contorno sensual de sus labios, la línea dura de su mentón.

—El sexo no significa seguridad y felicidad eterna —agregó él—. No me digas que eres tan inocente como para no comprenderlo.

—Prefiero que me consideren inocente a cínica, como tú.

—Soy realista —repuso él, molesto—. Disfruto con las mujeres, pero los compromisos son una complicación. Me temo, cariño, que por muy atractiva que te encuentre y por mucho que me intereses, no puedo ofrecerte esa opción.

La soltó, pero Corinna seguía con la mirada fija en él.

—Nunca te he pedido que lo hicieras —repuso ella al fin.

—No, no lo has hecho —admitió Antonio con una sonrisa burlona—. ¿Tu novio no te daba la seguridad que buscabas? ¿Por eso terminaste con él?

—¿Importa acaso? —preguntó Corinna en voz baja y, ante el silencio de Antonio agregó—: En realidad sí me ofrecía seguridad. Quería casarse, tener hijos, todo, pero…

—Pero no lo querías —al ver que Corinna se limitaba a encogerse de hombros, le preguntó—: ¿Qué crees que estoy tratando de decirte? —el afecto que se reflejó en su voz la alarmó —. No puedes proyectar el curso de tu vida; no puedes garantizar tu seguridad como si fuera una manzana que tomas de un árbol —le acarició la cara y ella se apartó, llena de pánico—. Buscas seguridad y compromiso —continuó—. No obstante, cuando te los ofrecen, los rechazas. Creo que no sabes lo que quieres. Pero si es excitación… —rió un poco—, yo puedo dártela. Créeme, puedo hacerte sentir cosas que no imaginabas que existieran.

Le hacía el amor con los ojos, con el suave murmullo de su voz.

Cuando bajó una mano para acariciarle un seno, la chica jadeó de placer.

—No quiero excitaciones —repuso Corinna con debilidad—. Quiero...

No podía pensar con claridad. Se preguntó qué pretendía Antonio. Él estaba en lo cierto al decirle que había rechazado la seguridad que se le ofrecía, pero que había pasado por alto lo más importante. Lo hizo porque no había amor en su relación con Michael. El divorcio de sus padres también lo había marcado a él, alterando su punto de vista del matrimonio, aunque en ella había surtido el efecto contrario. Para ella, había sido el anhelo de un lugar de satisfacción en la que la amargura y los resentimientos no existieran.

Ahora sabía que ese lugar no existía, pero la satisfacción no tenía punto de comparación con la exquisita agonía del amor. Ahora, Antonio le decía que el sexo era lo único que podía ofrecerle y eso la hacía retraerse, asustada.

—Esto no nos va a llevar a ninguna parte —murmuró

Corinna.

Maldiciendo, Antonio se puso de pie para caminar inquieto por la habitación antes de detenerse frente a ella.

—No estoy dispuesto a ofrecerte el matrimonio —declaró molesto—. No veo la necesidad de unas pantuflas calentándose frente a la chimenea mientras la señora de la casa prepara algo sabroso en la cocina.

—¡Estamos en el siglo veinte! —exclamó la chica—. Tu idea de las pantuflas frente a la chimenea y la mujer en la cocina no es la más adecuada.

—Bueno, sea cual sea la imagen correcta no la quiero —admitió Antonio, burlón—. Sin embargo, mi ofrecimiento sigue en pie.

—¿Qué ofrecimiento?

—La excitación, mi querida Corinna —se inclinó para apoyar ambas manos sobre sus hombros. Sin advertencia previa, le acarició un seno, haciendo que el pezón se endureciera contra su palma—. Te deseo y tú me deseas. Tarde o temprano caerás.

—¿Por qué? —preguntó ella al apartarse.

La joven trató de apartarle la mano, momento que él aprovechó para derribarla sobre la cama. Luego se las arregló para

inmovilizarla, sosteniéndole las dos manos por encima de la cabeza. Casi estaba encima de ella. Corinna sentía el peso de su cuerpo, la firmeza de sus muslos contra los suyos y, sobre todo, la constante caricia en su seno, que le dolía de placer.

Su voz era tranquila, pero lanzaba fuego ardiente con los ojos. La mano descendió y le acarició el vientre, bajo la blusa.

—No soy una más de tus mujeres —declaró Corinna, pensando que se trataba de una broma. Lo deseaba, lo amaba, ¿qué más quería de ella?

—Piénsalo —dijo él, mientras se levantaba.

—¡Puedes saber mi respuesta desde ahora! —exclamó ella.

Antonio sonrió, pero no había ninguna diversión en su gesto. En silencio, se dirigió hacia la puerta y salió. Sólo entonces, Corinna se desplomó temblorosa.

Se dijo que nunca debió dejarle ver lo mucho que la atraía. Ése había sido su mayor error. Antonio era un hombre que tenía una gran seguridad en sí mismo. No podía contemplar la posibilidad de que se le resistiera una mujer. Si desde el primer momento se lo hubiera dicho, él no habría insistido.

Pero ella había respondido ante él. Le había dejado ver la grieta de su armadura, grieta que ni siquiera ella misma sabía que existía, ya que era un aspecto de su vida que jamás había explorado antes.

Ahora sabía que debió haberse mantenido firme ante el feroz acoso al que él la había sometido, y consolarse con la idea de que el tiempo habría conseguido borrar incluso su enamoramiento. El tiempo habría curado su estúpido corazón si le hubiera dado la espalda a Antonio, sin dejarle ver la excitación sexual que la invadía.

Abrazó la esperanza de que Antonio no permaneciera allí durante mucho tiempo más. Había progresado mucho en su trabajo desde que llegó. El espacio reservado para oficinas ya estaba dispuesto, el personal requerido ya estaba contratado y, por supuesto, el motivo principal de su visita, las diferencias con su padre, ya estaban zanjadas.

También estaba el asunto de María. Tarde o temprano, tendría que regresar a Italia. Tal vez estaba tan loca por Antonio que lo había seguido hasta Inglaterra a pesar de saber que no era su prometida, contra lo que ella misma le había dicho. Pronto tendría

que regresar a sus obligaciones. Llamaba desde su despacho a diario asegurándole a Benjamín que le liquidaría el costo de las llamadas antes de partir. Cuando se marchara, se aseguraría de no dejar atrás a Antonio. Tratándose de un hombre, María lucharía hasta la muerte.

Antonio no aceptaba órdenes de nadie, así que si María decía que habían llegado a un acuerdo entre ellos, quizá había llegado a considerar que un matrimonio de conveniencia sería bueno para él.

Corinna pensó que tal vez debería considerar la posibilidad de tomarse unas vacaciones. No dejaría su trabajo, sino que se tomaría un descanso que la ayudara a escapar de la abrumadora presencia de Antonio. En realidad, había contado con mucho tiempo libre desde el momento en que Benjamín recobró su independencia. Tenía oportunidad de escribir cartas y mantenía al día sus obligaciones con Benjamín, pero, ¿realmente el anciano la necesitaba tanto como cuando llego?

Esas preguntas surgían constantes en su mente en busca de respuestas cuando alguien llamó a su puerta y se puso nerviosa. Si se trataba de Antonio, nada tenía que hablar con él. Pero era probable que se tratara de Benjamín, de vuelta de su expedición por el mundo exterior.

—Adelante —dijo sin levantarse de la cama.

Fue María la que apareció. Corinna se incorporó de inmediato y bajó las piernas de la cama. Como siempre que estaba cerca de ella, se dispuso a entrar en batalla.

—No tienes por qué levantarte —le indicó María con frialdad—. No tardaré mucho. Sólo he venido a decirte que te mantengas alejada de Antonio.

—Ya hemos tratado ese tema —repuso Corinna con igual frialdad—, y empieza a aburrirme.

—¿Cómo sabes lo que es aburrido y lo no lo es? —preguntó María, molesta—. Te pasas el día cuidando a un anciano en una casa que parece un mausoleo.

—Lo suficiente como para decirte que el hecho de que me repitas constantemente que Antonio es de tu propiedad no me parece un tema de conversación interesante.

Corinna se dijo que aquella situación era ridícula. Estaba agotada después del enfrentamiento con Antonio y no estaba de

humor para soportar a María y contenerse sólo por evitar una discusión. En ese momento estaba dispuesta a declarar una guerra abierta.

—¿No puedes buscarte a otro hombre? Antonio no es como tú.

—Ya me has dicho eso antes —replicó Corinna—. Es más tu tipo, diría yo.

—En efecto —María ya estaba sacando las garras. Tenía el rostro blanco de la ira.

-En ese caso, no tienes nada que temer de mí, ¿no te parece?

1-DEJALO en paz -le indicó María después de una tensa pausa. Déjalo, o te arrepentirás.

_ ¿Es una amenaza?

-Tómala como quieras -María salio del cuarto con expresión muy digna.

CAPÍTULO 8

CORINNA no vio ni a Antonio ni a María el sábado por la noche y el domingo se aseguró de mantenerse alejada. Durante la comida, cuando tuvo que reunirse con ellos, mantuvo una actitud cortés, sonriendo cuando era preciso y esforzándose por parecer tranquila.

Pero no se sentía nada tranquila. La tranquilidad le resultaba algo ajeno, perteneciente a la época en que Antonio todavía no había aparecido en su vida, trastornándola por completo. Ni siquiera la agitación que la había hecho dejar su trabajo en el hospital después de terminar con Michael se parecía a la que estaba viviendo ahora.

Nadie la había advertido antes de lo doloroso que podía llegar a ser el amor. Ver a Antonio le resultaba doloroso. Ver lo que hacía, escuchar lo que decía, le producía dolor.

Trataba de ignorar a María. A pesar de sus amenazas, en realidad, era poco lo que la italiana podía hacerle. ¿Un duelo al amanecer? ¿Un encuentro a puñetazos? Era ridículo, pero no soportaba la crueldad y frialdad de su mirada.

Entró en la sala con un libro bajo el brazo por si Antonio se encontraba allí. En ese caso, podría retirarse a un rincón apartado y esconderse detrás de él. Pero era Benjamín el que estaba en la sala y le pidió que se acercara.

-Siéntate —le indicó—. Tengo una noticia para ti. El dragón está a punto de marcharse.

—¿El dragón?

—María.

Realmente era una verdadera noticia para Corinna. Nada se había comentado al respecto durante la comida. Quizá consideraban que no era un problema de su incumbencia.

—Se va dentro de dos días —continuó Benjamín—. Dice que su empresa no puede sobrevivir sin ella, pero imagino que hay otro motivo.

—Por supuesto —confirmó Corinna—. Usted tiene la habilidad de detectar los motivos que se ocultan detrás de las acciones de las personas.

—Tu comentario podría ofenderme, jovencita —dijo en un tono

quejumbroso que hizo reír a Corinna—. Pero creo que se va porque Antonio la ha echado —añadió en un murmullo para que no lo oyeran.

—Estoy segura de que está equivocado —le indicó Corinna.

—Pues cuando me lo dijeron hace unos minutos, Antonio no parecía ni molesto ni dolido por su partida.

Corinna se levantó y se dedicó a colocar algunos objetos en la sala. La actividad era lo único que podría servirle para ocultar sus sentimientos al escuchar aquella noticia. Si María se iba, Antonio también lo haría. Aunque no lo hiciera al mismo tiempo, la seguiría poco después. Esa posibilidad, que debería llenarla de gozo, abría un oscuro pozo sin fondo frente a ella.

No volvería a ver a Antonio. Se dijo que era una tontería que eso la abrumara. También era muy estúpido reconocer que los altibajos asociados con él serían mejores que el vacío que la esperaba cuando se marchara.

—Benjamín —indicó al anciano—. No quiero que parezca que estoy tratando de cambiar de tema, pero he estado pensando en la posibilidad de alejarme del trabajo durante un tiempo —al escuchar un ruido, se volvió hacia la puerta y descubrió a María en el vano, pero la ignoró—. Tal vez unas cortas vacaciones en un lugar cálido.

—¿Por qué? —le preguntó Benjamín con expresión sorprendida, como si acabara de decirle que quería irse a la luna—. El calor no te sienta bien. Además, ya hace bastante calor aquí.

—Entonces, a un lugar frío.

Se dijo que aceptaría ir incluso a Siberia. María había entrado en la sala y, sentada en un sofá, hojeaba una revista.

—A cualquier parte —añadió Corinna.

—Mmm —Benjamín parecía analizar la situación—. Hace tiempo que no te tomas un descanso —reconoció—. Tal vez te levante el ánimo. ¿Por qué estás tan decaída?

Ese era un tema del que no quería hablar, en especial estando María presente. La italiana seguía oculta detrás de la revista, escuchando, seguramente, todo lo que estaban diciendo. Corinna murmuró algo acerca de reflexionar sobre esa posibilidad y fue a sentarse, dejando a Benjamín que siguiera devorando los periódicos. Se quedó sorprendida al ver que María la miraba sonriente.

—Siéntate aquí —la invitó la italiana y, renuente, Corinna

aceptó.

Su instinto le advertía que no debía bajar la guardia, pero su naturaleza amable la impulsaba a responder a ese gesto amistoso.

—Quiero disculparme por mi comportamiento desde que llegué —empezó a decir María.

—¿De verdad? —Corinna apenas podía creer lo que estaba oyendo.

—La realidad es que vine dispuesta a todo —declaró María con una sonrisa maliciosa—. Déjame explicarme. Antonio y yo... bueno, siempre pensé que nos casaríamos. No sólo porque habría establecido una relación entre nuestras empresas, ya que eso era lo que esperaban mis padres, sino porque consideraba que había algo especial entre nosotros. Estaba equivocada. No me di cuenta de ello hasta que vine aquí, aunque quizá lo sabía desde hace tiempo —hizo una pausa para observar la reacción de Corinna—. Antonio no está hecho para el amor —continuó con tristeza—. Le gusta demasiado su independencia, su poder, su libertad, para perderlas entregándose al amor. En cuanto a mí, pienso que el amor es un factor primordial en el matrimonio, ¿no crees?

—Por supuesto —respondió Corinna, sincera. —Por ello he decidido irme —anunció María—. No sé si ya te lo han dicho, pero me iré mañana por la noche.

—Algo me ha comentado Benjamín —le indicó Corinna.

—¿Puede oírnos? —preguntó María con nerviosismo, mirando al anciano que se ocultaba detrás del periódico.

—No —le aseguró Corinna—. Sería necesario que estallara una guerra aquí, en la sala, para hacerlo desviar su atención del periódico. Siento que las cosas no te hayan salido bien —agregó con cierta torpeza—. Espero que encuentres al hombre adecuado en Italia.

—Así será —afirmó María con seguridad—. Eso te deja el campo libre.

Corinna se ruborizó, pero no dijo nada. Le parecía un sueño que estuviera manteniendo una conversación semejante con María. Habría esperado una explosión de resentimientos por su parte y no que se abriera a ella.

—Bien —en los ojos de la italiana apareció el brillo de las lágrimas—, eso es todo lo que quería decirte y siento no haberlo

hecho antes. Creo que habríamos podido llegar a ser amigas. Las mujeres siempre debemos ser amigas, a pesar de todo.

Corinna asintió.

—Iré a hacer las maletas. Gracias por haberme escuchado —la sonrisa volvió a aparecer en el rostro de María cuando se levantó.

Benjamín seguía absorto en la lectura. Corinna decidió ir a tomar un baño, a sabiendas de que su ausencia en la sala pasaría desapercibida.

Iba absorta en sus pensamientos. La última persona con la que esperaba encontrarse era Antonio y se sorprendió cuando él la tomó del brazo.

—Necesito hablar contigo —le indicó, haciéndola volverse.

—¿Acerca de qué? —preguntó ella dando un paso atrás y él la soltó.

—No quiero decírtelo aquí —le indicó Antonio, molesto—. Vayamos al despacho.

—Prefiero no hacerlo —repuso Corinna. Se había pasado todo el fin de semana evitando estar a solas con él.

—¿Por qué? —inquirió él con tono burlón—. Te prometo que mantendré las manos en los bolsillos. No te tocaré.

—No me preocupaba eso —declaró Corinna, nerviosa—. Lo que pasa es que no sé de qué podemos hablar.

Antonio se limitó a ir al despacho y Corinna lo siguió frustrada. Cuando llegaron, él cerró la puerta y se apoyó en ella con los brazos cruzados sobre el pecho.

—He estado pensando sobre lo que estuvimos hablando —comentó, mirándose las puntas de los zapatos con aparente fascinación.

—¿Qué estuvimos hablando?

—¡Sabes a qué me refiero!

—Si lo supiera, no te lo preguntaría. Además, creo que no hablábamos; más bien discutíamos.

—No seas pedante —Antonio se pasó una mano por el cabello, exasperado—. He estado pensando en lo que dijiste acerca del compromiso.

—Oh —el corazón de Corinna perdió el ritmo y una pequeña semilla de esperanza comenzó a germinar, pequeña pero insistente. Trató de reprimirla, pero seguía latiendo; por un momento, creyó

que las piernas no la sostendrían y que se caería si no se sentaba. Dio unos pasos y se sentó sobre el escritorio.

—Le pedí a María que se fuera —le informó Antonio—. Debí hacerlo desde que llegó, pero no me pareció necesario. Pensé que si le decía que no estaba interesado en ella, comprendería y se iría, pero no fue así. Según ella, nos necesitábamos, lo cual no es cierto, con o sin nuestras respectivas empresas de por medio. Corinna fruncía el ceño. Pensó que esa era una versión diferente de la que María le había comentado en relación con su partida. Tal vez María había fabricado su historia para salvar su orgullo. Sería comprensible. Deseaba desesperadamente creer a Antonio, que le dijera las ansiadas palabras que la harían lanzarse a sus brazos. « ¿Quién dijo que los cuentos de hadas no se hacían realidad?», se preguntó.

Antonio se acercó a ella y apoyó las manos sobre el escritorio, a sus costados, aprisionándola. El corazón de la joven volvió a perder el ritmo, esperanzado. Él la miraba fijamente a los ojos, hipnotizándola.

—No me quedaré aquí mucho tiempo —declaró—. Si todo sale conforme a los planes, sólo estaré aquí una semana más, tal vez menos. Roberto y mi padre se harán cargo de todo.

—Benjamín te echará de menos. — ¿Y tú? —preguntó Antonio, tan quedo que ella creyó no haberlo oído bien.

—Todos lo haremos —respondió en un murmullo, bajando la voz.

—Te he preguntado si tú me echarás de menos —insistió Antonio—. ¿Lo harás? —No lo sé.

—Me alegro —comentó Antonio como si hubiera recibido un sí definitivo, le acarició una mejilla con una mano y Corinna contuvo el aliento, expectante—, porque yo sí te voy a echar de menos. Nunca le he dicho esto a una mujer. Por eso te pido que vayas a Italia conmigo. Sé que eso significa que tendrás que dejar a tu familia, pero podríamos venir a Inglaterra con regularidad. Varias veces al año. — ¿Me estás pidiendo...? —Que seas mi amante.

Transcurrieron varios segundos antes de que Corinna comprendiera. Había creído volar entre las nubes antes de desplomarse a la tierra de nuevo.

Antonio la deseaba y estaba dispuesto a vivir con ella, pero sin

casarse. Tuvo el fuerte impulso de abofetearlo, pero logró controlarse y esbozó una sonrisa forzada.

—Gracias por tu amable ofrecimiento, pero no lo acepto —se levantó del escritorio y trató de pasar frente a él, pero Antonio la detuvo.

—¿Por qué no? —exigió él—. Te has pasado mucho tiempo hablándome de compromisos, ¿no es así? Pues estoy dispuesto a vivir contigo. ¿No es suficiente?

—No para mí —le indicó ella, muy quedo.

-Es más de lo que le he ofrecido a cualquier mujer —repuso Antonio, furioso.

—En ese caso, dudo que tengas alguna dificultad para encontrar a alguien que acepte tu ofrecimiento. Ahora, ¿quieres dejarme ir?

—¡No! —rugió él—. ¡Claro que no! ¿Qué diablos te sucede? El matrimonio no es para mí, así que te ofrezco todo lo que puedo. De hecho, muchos dirían que esto es mejor que el matrimonio.

—¿Sí? Pues yo tengo derecho a pensar de forma diferente.

—Tú eres diferente —su comentario lo había enfurecido aún más—. ¿Eso es lo que tratas de decirme?

-Lo suficiente como para saber lo que no quiero, y encabeza la lista el hecho de instalarme en un apartamento como amante tuya.

—¡No adoptes ese tono de voz conmigo! Cualquiera diría que te he insultado.

—¡Lo has hecho!

—No seas ridícula —bajó la mirada y le regaló su característica sonrisa devastadora—. Tiene sentido. No puedes negar la atracción que hay entre nosotros. Has dejado muy claro que no quieres una aventura de un mes. Entonces, vente conmigo. Es lo más permanente que puedo ofrecerte.

Corinna quería parecer tan despreocupada como Antonio. Vivir con él. Hacer el amor. Cuando todo terminara, no habría problema. Ella simplemente se iría. Sin ataduras, sin compromisos reales.

Corinna no tenía ninguna duda de que para él se trataba de un ofrecimiento muy generoso. Nunca lo había hecho antes, tal vez porque nadie lo habría rechazado. Sin embargo, Corinna lo hizo y tal vez eso habría hecho aumentar la atracción que sentía por ella. Pero con atracción, o sin ella, Antonio no perdería la cabeza por una mujer sólo porque la deseaba.

—¿Puedo irme? —insistió Corinna con el mismo tono inexpresivo que no podía evitar y que lo irritaba tanto.

—Siempre con tus estúpidas e inútiles prioridades —Antonio la tomó de la barbilla y la obligó a mirarlo—. Muy bien, niégame esto.

Se apoderó de sus labios con una furia apenas reprimida. Corinna trató de escapar, pero le fue imposible. Durante un tiempo se esforzó por resistirse. Permaneció inmóvil, sin dar señales de que respondía al beso. Si él se hubiera empeñado en provocar su respuesta, ella habría ganado la batalla que estaba librando consigo misma, pero Antonio era un experto. Deslizó una mano por su espalda haciéndola estremecerse, al tiempo que sus labios cesaban en su demanda exigente y empezaba a besarla con delicadeza y a acariciarle los labios con la lengua.

—No es justo —protestó Corinna y él rió contra sus labios.

—¿Qué es justo en la vida?

—Tratando de seducirme no conseguirás que me vaya a Italia contigo —agregó ella sin aliento.

Entonces Antonio la rodeó con los brazos y la acercó hasta hacerla sentir su excitación.

—No —reconoció.

—Sólo vas a conseguir demostrarme que eres más fuerte que yo —habría querido mostrarse indignada, pero no pudo. Era consciente de su excitación en su voz.

—No trato de demostrar nada —declaró él.

De inmediato le bajó la cremallera del vestido y le desabrochó el sostén, librando los senos excitados y sensibles.

Era la tercera ocasión que la acariciaba y, de nuevo, ella cedió a pesar de haber pasado días enteros haciendo acopio de fuerzas para resistir sus embates. Era inútil que se dijera que estaba actuando con temeridad al caer en la tentación.

Antonio se quitó la camisa sin soltarla a ella, antes de ir a cerrar la puerta con llave. Al volver a su lado le colocó las manos sobre los hombros para sembrar en su rostro un sinnúmero de pequeños besos, haciéndola sonreír. Luego le deslizó el vestido por los hombros muy despacio, hasta dejarlo caer a sus pies. Prosiguió con su ropa interior y ella misma se quitó los zapatos. Por muy extraño que le resultara, no se cohibía al mostrarse desnuda ante él.

—Eres muy hermosa —murmuró Antonio al trazar una senda

con un dedo entre sus senos hasta llegar al ombligo, donde se detuvo por unos segundos. Terminó de desnudarse antes de agregar —: Éste no es el sitio ideal para hacer el amor —la observaba con cuidado, temeroso de que fuera a retraerse como la ocasión anterior.

Corinna sabía que no lo haría. Lo deseaba y le parecía bien entregarse por primera vez al hombre al que amaba con locura. No estaba dispuesta a emprender una aventura con él; no iría a Italia para que la encerrara en un apartamento hasta que se cansara de ella. Pero, ¿por qué no ceder en esa ocasión? ¿Por qué no permitirse ese recuerdo que atesoraría durante toda su vida?

Ya estaba cansada de pensar en las consecuencias.

Al ver su expresión de aceptación, Antonio gimió satisfecho antes de besarla con un apetito feroz que igualaba el de ella. La tomó del trasero, oprimiéndola contra él.

Se inclinó gradualmente para lamerle los pezones y acariciarle los senos hasta dejarlos como frutos maduros. Corinna gimió y jadeó cuando la boca de Antonio encontró otras zonas sensibles.

Cuando al fin se irguió fue para colocarse entre sus piernas, dejándola marcar el ritmo y moviéndose sólo cuando ella estuviera lista.

Corinna nunca había meditado seriamente sobre el sexo. Siempre había sido tema de bromas entre sus amigas. Creía que la primera vez no sería una experiencia tan maravillosa, y el hecho de que nunca sintiera una fuerte atracción por Michael confirmaba esa inconsciente suposición. Nunca imaginó que sería llevada a alturas insospechadas que la harían ansiar más.

Lo tocaba, primero con timidez; luego, con creciente confianza al sentirlo responder y escuchar sus jadeos de placer.

—Hay sitios mejores que éste... —le murmuró Antonio al oído, haciéndola reír.

—¿Sí? Éste me parece bien —lo besó en los labios, abriendo su boca con la lengua, y él la oprimió contra su cuerpo, asiéndola por la espalda.

Se tumbaron en el suelo, sobre la ropa de Corinna, y ahora era ella quien lo acariciaba. Sentía cada músculo bajo la piel. Al acariciar su sexo la invadió una nueva oleada de deseo.

—Eres una bruja —comentó él con la respiración entrecortada y

ella sonrió sin detenerse.

Lo cubrió con su cuerpo y Antonio se apoderó de sus senos con las manos, para luego lamer los sensibles pezones.

Corinna tenía los ojos cerrados, la cabeza echada hacia atrás. Dejó escapar un gemido de satisfacción. Se movió rápidamente contra él y Antonio jadeó conforme escalaba la cima hasta llegar al clímax.

Más tarde se acostó junto a él, entrelazando sus piernas. Antonio tenía los ojos medio cerrados y Corinna aprovechó el momento para estudiar su cuerpo maravilloso. Le habría gustado decirle cuánto lo amaba, pero no podía hacerlo, era mejor no expresarlo. Por el momento bastaba con que la deseara.

—¿Y bien? —preguntó él al fin con tono perezoso—. ¿Qué hacemos ahora?

—Retirarnos a nuestras respectivas habitaciones —declaró Corinna al tumbarse de espaldas con una mano bajo la cabeza—. No podemos pasarnos la noche aquí. Edna se moriría del susto si nos encontrara dormidos aquí —sabía que Antonio no se refería a eso, pero quería tiempo para pensar, para reflexionar sobre su vida, ahora que su curso había sufrido un cambio tan drástico e irrevocable.

¿Cómo era que sus amigas jamás habían experimentado algo tan maravilloso como lo que ella acababa de vivir?, se preguntó. Tal vez fuera porque nunca estuvieron realmente enamoradas de los hombres con quienes compartían sus camas.

Comprendió que habría cometido un error terrible si se hubiera casado con Michael. De hacerlo, jamás habría sabido que aquella sensación tan maravillosa existía. Habría vivido como dormida.

Y así había vivido hasta ese momento, en espera del hombre indicado que llegara a despertarla.

Mediante un gran esfuerzo, se obligó a volver a la realidad. Quizá su vida había cambiado, pero la de Antonio no. Para él, ella era una mujer con la que se había acostado, a la que deseaba, pero nada más.

—Ya sabes a lo que me refiero —le indicó Antonio y ella tuvo que recapacitar antes de comprender de qué le estaba hablando—. ¿Me escuchas? Parece que estás a miles de kilómetros de distancia.

Lo estaba, reconoció ella con tristeza. En un planeta maravilloso,

muy lejos de la realidad.

—Sí, te escucho.

—Bueno —la hechizaba con la mirada—, aparte de retirarnos a nuestras respectivas camas, sugiero que nos vayamos a un lugar más distante. Mi oferta sigue en pie —distraídamente, le acariciaba un pezón.

—Al igual que mi respuesta —Corinna suspiró con cansancio.

—¿A qué te refieres? —preguntó él, frunciendo el ceño.

—A que todavía no estoy dispuesta a ser tu amante.

—Acabamos de hacer el amor —le indicó Antonio con dureza—. ¿Por qué lo has hecho si no tenías intenciones de irte conmigo?

—Para satisfacer mi curiosidad.

—¿Qué? —rugió él incorporándose—. ¿Me has utilizado para satisfacer tu curiosidad?

—Bueno, tal vez no me he expresado bien…

Corinna se sentó y Antonio se levantó para colocarse de espaldas a ella, apoyando las manos en el escritorio. La joven advirtió la tensión de sus músculos y fue a su lado para ponerle una mano sobre un hombro, con gesto tranquilizador.

—¡No me toques! —exclamó él, volviéndose para mirarla furioso —. Irás a Italia conmigo —añadió y ella negó con la cabeza—. Sí, encanto. Ya no habrá más arrumacos entre Benjamín y Corinna.

—¿Cómo puedes decir eso?

Antonio apartó la vista de ella. Desnudo, parecía un animal hambriento al que se le hubiera negado la cena, poco dispuesto a alejarse sin comer.

—No creo que quieras decepcionar a Benjamín —comentó Antonio con fiereza.

Corinna cruzó los brazos sobre el pecho para protegerse. Nunca debió haber cedido, pero ¿cómo podría explicarle que lo que había hecho fue por amor y no simplemente por deseo?

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿Qué crees que pensaría al saber que su chica adorada se ha acostado conmigo a sangre fría, sólo para satisfacer su curiosidad? No creo que le interese una mujer que sólo busca en un hombre la aventura de una noche.

—No puedes hablar en serio.

—No puedo hablar con mayor seriedad.

Se miraron intensamente a los ojos en el pesado silencio que siguió. Antonio la había herido en su punto más vulnerable. Quería a Benjamín; veía en él al padre que le fue negado y causarle una decepción semejante le resultaba intolerable.

—Estoy segura de que estás bromeando, Antonio —manifestó con voz débil.

—Ponme a prueba.

Tres palabras, pero tan convincentes como si le hubiera dado una larga explicación acerca de sus intenciones.

—Mis amigos... mi madre —protestó ella en un murmullo.

—El sistema de correos es eficiente y hay teléfonos.

—Lo pensaré.

—Quiero tu respuesta ahora —le espetó él.

—Está bien. Que sea como tú quieres. Seré tu juguete hasta que te canses de mí.

—O hasta que tú decidas deshacerte de mí —repuso Antonio en una voz tan queda que ella apenas lo escuchó—. Desarrollaremos este juego de pasión —agregó con dureza—. Si no lo querías, nunca debiste hacer el amor conmigo. ¿Nunca te enseñaron que si juegas con fuego puedes quemarte?

La tensión crecía entre ellos y Corinna empezó a vestirse sin mirarlo. No quería ser su amante y lo odiaba por haberla forzado a aceptar aquella situación, pero una extraña excitación la invadía ante la idea de poder jugar al amor un poco más.

Lo dejó contemplando el jardín desde la ventana y corrió a su habitación.

Dos horas más tarde, sobre una cama que le parecía fría sin un cuerpo cálido junto a ella, Corinna trataba de conciliar el sueño abrazada a su almohada.

Fue inútil. Era demasiado lo que tenía en la cabeza para siquiera poder cerrar los ojos. Había tratado de leer y más tarde de escribir una carta, pero no podía concentrarse en nada. Era mucho lo que tenía que hacer: avisar a su madre, a Benjamín, a Michael, a sus amigas. La lista era interminable. Tenía la impresión de encontrarse en una montaña rusa sin saber cuándo podría bajarse.

¿Cómo iba a saber ella que a la noche siguiente esa montaña rusa se derrumbaría sobre ella?

CAPÍTULO 9

CORINNA sólo logró dormirse cuando el sol empezaba a levantarse, pero cuando logró hacerlo, durmió bien por muy sorprendente que le resultara. Y no tenía idea de cuánto más habría dormido si no la hubiera despertado una llamada a su puerta.

Al incorporarse, todo lo ocurrido la noche anterior volvió a su mente como una marea de confusión. Ella, que prácticamente nunca había salido de Inglaterra, iría a Italia. Sabía que debería estar atemorizada, resentida, aprensiva. Y lo estaba, pero también estaba emocionada, lo cual la preocupaba mucho. Su amor por Antonio era tan incontrolable como una llama que pronto se hubiera convertido en un incendio. Estaba dispuesta a seguirlo hasta el fin del mundo y a mandar su sentido común al diablo.

Todo eso pasó por su mente a una velocidad increíble en el tiempo que tardó en ir a abrir la puerta.

Al abrir los ojos se dio cuenta de que ya era casi la hora de la comida. De cualquier forma, no debía seguir en la cama.

Se quedó sorprendida al ver a María frente a su puerta. Tenía los ojos enrojecidos. Parecía que había estado llorando.

—¿Puedo pasar, por favor? —preguntó limpiándose los ojos con un pañuelo y Corinna asintió sin pronunciar palabra—. Siento interrumpir de esta forma —agregó—, no tenía idea de que estabas durmiendo.

—No importa —respondió Corinna—. Ya es tarde y tenía que levantarme —bostezó y sonrió.

Era evidente que María ya estaba dispuesta para el viaje a Italia. Llevaba una ropa cómoda y elegante. Corinna se puso una bata e invitó a María a que se sentara. Sospechaba que estaba a punto de presenciar un fuerte ataque de llanto.

—¿Qué sucede? —preguntó preocupada. Era algo tan desacostumbrado en María, siempre tan fría y tranquila, que Corinna temía que tuviera que llamar a un médico.

—Yo... —María aspiró profundamente—, he pensado en venir a verte porque... —las lágrimas volvieron a aparecer en sus ojos—. Has sido muy amable. Disculpa mí mal comportamiento. Has sido tan... ¿cómo se dice? Tan comprensiva. Y ahora vengo a darte esta

noticia. No... —se levantó y fue hacia la puerta—, no puedo ser tan cruel. No voy a ser tan cruel.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Corinna alarmada, tomándola del brazo.

—Sé que me odiarás por lo que voy a decirte —comentó María mientras se sentaba en una silla—. Lo he pensado mucho, y... —levantó la vista hacia Corinna y se mordió un labio, nerviosa.

—Dímelo ya —la alentó Corinna con delicadeza—. ¿Por qué estás tan alterada? —se apartó el cabello de la cara y se sentó en el borde de la cama, quedando de frente a María.

—Estuve escuchando a Antonio hablando con su padre —comentó María en voz baja y Corinna comprendió que lo que seguiría no sería nada agradable—. ¿Debo continuar? —preguntó María y la chica asintió—.No te va a gustar. Estaban en el despacho —murmuró María—. Era una hora temprana de la mañana. La puerta estaba entreabierta y yo me disponía a entrar, pero al oír que mencionaban tu nombre, me detuve —con los ojos le rogaba que la perdonara. — ¿Qué escuchaste? —insistió Corinna. —Benjamín estaba hablando con Antonio acerca de las vacaciones que le pediste, ¿recuerdas? Luego agregó con voz cansada que no sabía qué hacer contigo —María retorcía el pañuelo entre sus dedos—. ¿Estás segura de que quieres que continúe?

Corinna asintió. Había palidecido y creía estar soñando, atrapada en una horrible pesadilla. Era como caminar hacia algo que la atemorizaba sin que pudiera detenerse. Los pies la impulsaban a seguir adelante, aún cuando quería volverse y correr.

—Dijo que ya no te necesitaba —prosiguió María en voz baja—, pero que no tenía el valor de decírtelo. Está recuperado y ya no necesita que alguien lo cuide. Debí retirarme en ese momento. Ya había escuchado demasiado, pero entonces habló Antonio. Se rió un poco y dijo que no veía dónde estaba el problema. Que te irías con él a Italia. Dijo que sería sólo durante unas semanas, tres meses como mucho, pero que eso daría a Benjamín el tiempo suficiente para poner sus pensamientos en orden y escribirte una carta, pidiéndote que no volvieras a Deanbridge.

—¿Estás segura? —preguntó Corinna en voz baja y María lo confirmó con tristeza.

—¿Te pidió Antonio que fueras a Italia con él? —inquirió

entonces María.

Corinna asintió apartando la vista. Tenía los ojos llenos de lágrimas y descubrió que se agarraba al borde de la cama con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos.

—Cuánto lo siento —comentó María, bajando la vista—. Me gustaría poder decir que lo que escuché era sólo un producto de mi imaginación, pero oí las palabras con la misma claridad con la que te escucho ahora. Antonio se reía cuando dijo que te irías a Italia con él.

—¿Dijo algo más? —murmuró Corinna.

—Comentó algo acerca de que él mismo estaba sorprendido por su súbita afición por una rubia estúpida, pero que en cualquier caso a ti te gustaba. Luego cerró la puerta. Yo me sobresalté, temiendo que fueran a descubrirme.

Corinna miraba hacia adelante, sin ver o decir nada. Todo empezaba a tener sentido para ella. No era posible que María estuviera enterada de que Antonio y ella pensaban viajar a Italia. Aquella mujer no tenía poderes telepáticos. Cerró los ojos y vio la imagen de Antonio diciéndole a Benjamín con una sonrisa burlona que su relación no duraría más de tres meses. ¿Qué más habría agregado después de cerrar la puerta? Se le ocurrió que había algo extraño en ese incidente, pero sólo fue una consideración pasajera, ya que ¿cómo podía haberse enterado María de su viaje a Italia? ¿Y por qué habría de inventarse una historia como ésa cuando ya había aceptado el hecho de que Antonio no estaba interesado en ella?

En cuanto a Benjamín, era cierto que ya no la necesitaba como antes. Ya desempeñaba más el papel de dama de compañía que el de enfermera cuando su hijo llegó. El anciano ahora tenía el desafío de un nuevo trabajo, una sensación que le proporcionaba independencia. ¿Realmente querría seguir atado a ella, llevándola de la mano para recordarle cuándo debía tomarse sus medicinas?

—Tendré que irme —comentó levantándose para pasear inquieta por la habitación—. De inmediato.

María no comentó nada, pero con su silencio daba a entender que estaba de acuerdo. Con el deseo súbito de tener a alguien con quién compartir su deseo de marcharse, Corinna comentó con voz ahogada:

—¿Qué voy a hacer? Tengo que hablar con Benjamín antes de

irme. Al menos se merece eso.

No hizo referencia alguna a Antonio. Había estado tan desesperada por saber lo que era hacer el amor con él, que ignoró la voz interior que le decía que debía tener cautela ¿qué más podía esperar? La humillación sería su recompensa y tendría que aceptarla a pesar de que en ello le fuera la vida.

—Yo no estaría tan segura —murmuró María y Corinna se volvió sorprendida hacia ella.

—Pero llevo mucho tiempo con él. Es mi amigo.

—Motivo por el cual quizá sería mejor que no le dijeras que te vas. ¿No comprendes? Despertarías un sentimiento de culpa en él.

Corinna fruncía el ceño. No podía pensar con coherencia. ¿Tenía sentido lo que le proponía María? Así le parecía, por muy extraño que fuera.

—Tal vez una carta —sugirió María en voz baja—. Dile que has tenido que partir de inmediato. Tal vez algo relacionado con un familiar o una amistad. No tienes por qué precisarlo. Pero puedes decirle que te pondrás en contacto con él. En este momento está fuera de la casa, con Antonio. Los dos están en la oficina, instalando los sistemas de computación y ultimando detalles.

—¿Crees que debo salir huyendo? —preguntó Corinna, dudosa. No podía seguir los consejos de los demás, pero la reconfortaba compartir su situación con alguien más, en especial cuando le costaba tanto trabajo pensar.

—¡Dios mío! —exclamó María al mirar su reloj—. El taxi que he pedido para que me lleve al aeropuerto debe de estar por llegar —se puso de pie y le estrechó la mano—. Hagas lo que hagas, te deseo buena suerte —le indicó antes de desaparecer.

Corinna estaba atontada. No sabía qué hacer y tampoco podía pensar bien. Finalmente empezó a hacer las maletas.

«Una carta», pensó. Se dijo que tal vez María tenía razón. Una vez que terminó de guardar sus cosas, escribió varias versiones de una carta, rompiéndolas todas, hasta que sólo por agotamiento, explicó en pocas palabras que tenía que marcharse debido a que una emergencia se había producido en su casa y que se mantendría en contacto. Luego pidió un taxi. Miraba su reloj cada cinco minutos. ¿Qué sucedería si Antonio llegaba antes de que ella partiera? No podría soportarlo. No sabría qué decirle.

Tenía la impresión de que habían pasado siglos hasta que oyó el timbre de la puerta principal y corrió a abrirla. Sorprendió al divertido conductor del taxi al apresurarlo y apenas se acordó de dejar la nota para Benjamín en la mesa del teléfono, junto a la escalera.

Cuando el taxi partía por el sendero de salida de Deanbridge, cerró los ojos y algunas lágrimas corrieron por sus mejillas. Había pasado allí tantos meses de felicidad y hora salía huyendo… Llamaría a Benjamín tan pronto como encontrara un trabajo estable. Tal vez incluso lo visitaría para explicarle la situación.

Mediante un gran esfuerzo rechazaba las imágenes de Antonio que surgían en su mente, sustituyéndolas con la mayor arma que tenía a su alcance; la amargura. Trató de extirpar de su cerebro la sesión de amor que había vivido con él y lo logró hasta el punto de quedarse dormida en el taxi, sólo para despertar cuando se detuvieron frente a la casa de su madre.

La pesadilla continuaba, se dijo. Pagó al taxista, que la miraba extrañado; a no dudar, la había sorprendido llorando.

Había menospreciado todas las explicaciones que durante las dos semanas siguientes había tenido que dar a su madre, a sus amistades, a todo el mundo. Todos querían saber por qué había abandonado su empleo y, en cada ocasión, Corinna abría la boca para pronunciar su bien ensayado discurso relativo a la recuperación de Benjamín, a que necesitaba cambiar de ambiente, y la súbita inquietud que la invadió.

—Se trataba de un hombre, ¿verdad? —insistía su madre desde el momento en que llegó—. Espero que no te haya dejado embarazada, hija mía. Debiste casarte con Michael, sentar la cabeza con un chico formal en lugar de tirarlo todo por la borda y aceptar un trabajo en medio de la nada —la seguía por toda la casa pisándole los talones, para exasperación de Corinna.

«Era lo mejor que podía hacer», se decía una y otra vez. Las cosas nunca habrían funcionado entre Antonio y ella. Se habría ido de Italia dolida y lastimada, y con más explicaciones que dar. Además, ¿no era agradable estar de nuevo en casa? Tenía la oportunidad de frecuentar más a sus amistades. Y todo mejoraría cuando encontrara un nuevo trabajo y tal vez alojamiento en un hospital en los apartamentos destinados a las enfermeras. Así al

menos no tendría que soportar la incesante curiosidad de su madre.

Sin embargo, no podía olvidar a Antonio. Creía verlo en cada esquina, escuchaba su voz en cualquier parte y la invadía la excitación, sólo para desaparecer tan pronto como se daba cuenta de su error. La sorprendía el apoyo que recibía de sus amigas; aceptaron sus explicaciones sin demasiada insistencia y no prestaron mucha atención a su retorno inesperado. De cualquier forma, jamás entendieron su deseo inicial de alejarse de Londres. Les parecía natural que volviera.

Cuando tres semanas después se enteró de que había una plaza en el hospital donde antes había estado trabajando, Corinna aprovechó la oportunidad de inmediato. Era probable que siguiera pensando en Antonio, pero Deanbridge poco a poco iba quedando en el pasado. Los recuerdos placenteros de los apacibles días que había pasado allí quedaban atrás cada vez más.

Todavía no había llamado a Benjamín. En varias ocasiones lo había intentado, pero algo siempre la hacía contenerse. Escuchar el sonido de su voz sería demasiado doloroso para ella. Era demasiado lo que la haría recordar.

«Necesito más tiempo para recuperarme. Una vez que me establezca, lo llamaré y tal vez vaya a visitarlo», se decía.

Volvía a su casa una tarde cuando vio a su madre frente a la puerta con los brazos en jarras y expresión de enfado.

Corinna la saludó agitando una mano con un suspiro de resignación. Adoraba a su madre, pero a veces le hacía la vida demasiado difícil. Al acercarse, una extraña inquietud se apoderó de ella.

—¿Qué sucede? —preguntó preocupada.

—Tienes una visita —fue lo único que le dijo su madre.

—Ah, ¿eso es todo?

Corinna pasó frente a su madre y entró en la casa. Se quitó la chaqueta, que dejó caer sobre una silla, en el pequeño vestíbulo. El verano había quedado atrás. Las brisas cálidas que recordaba de Deanbridge, se habían convertido en un frío viento. No tardaría en llegar el invierno, cubriendo a Londres con su manto frío y oscuro. El invierno siempre la deprimía. No esperaba con animación los cambios de turno en el hospital y tener que viajar en el metro de Londres al anochecer.

—No puedo creer que a partir del próximo lunes tenga que levantarme a las seis de la mañana —le comentaba a su madre, que la seguía—. ¡Mira qué tiempo hace! Está helando ahí fuera.

De repente se interrumpió y se quedó paralizada al asomarse a la sala.

—Yo me retiro —comentó su madre a sus espaldas.

Corinna no podía pronunciar palabra para pedirle que se quedara con ella al reconocer al hombre en el que no había dejado de pensar desde que salió de Deanbridge.

—Hola —lo saludó con dificultad—. ¿Qué te trae por aquí?

Antonio la observaba inexpresivo. Sentado en un sillón, con las piernas cruzadas, tenía una apariencia indolente y abrumadoramente atractiva.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —preguntó con voz débil mientras se sentaba.

—Tal vez una media hora —no sonreía. Su expresión era fría, distante y un tanto aburrida—. Tu madre me ha ofrecido un té con pastas.

—¿Qué estás haciendo aquí? —repitió ella.

Antonio se levantó para pasear inquieto por la habitación. El lugar era pequeño. Después que su padre las abandonó, el dinero nunca había sobrado en aquella casa, algo que su madre jamás la había dejado olvidar. Tenía la impresión de que Antonio iba a chocar con todo por sus dimensiones reducidas.

—Mi padre está enfermo —la informó y Corinna se levantó alarmada.

—¿Qué le sucede? ¿Ya habéis llamado a su médico?

—Vaya —comentó él con sarcasmo—, cuánta preocupación. Si no lo supiera, pensaría que realmente te importa.

—¡Claro que me importa!

—¿Por eso te fuiste de Deanbridge sin despedirte siquiera?

Había ira en su rostro. Parecía haber roto la máscara de indiferencia y eso la sorprendía. Esperaba que estuviera furioso con ella. Se había marchado sin despedirse de Benjamín y también de él. Eso debió de herir su orgullo.

—Dejé explicado el motivo de mi partida —murmuró confundida y desolada.

—Claro que sí. Circunstancias inesperadas. Qué revelador.

Supongo que nunca se te pasó por la cabeza que el viejo podría estar preocupado por ti.

«No», se dijo Corinna; en realidad ella nunca había pensado eso. Después de todo, ¿no le había dicho a Antonio que ya no la necesitaba? De hecho, le había librado de la desagradable decisión de comunicárselo.

—Lo siento —le pareció inadecuado el comentario—. ¿Por qué tenía que aceptar eso como si hubiera cometido un crimen?

—Pues me importa un bledo que lo sientas —repuso Antonio con dureza—. Me parece un tanto falso, pero mi padre me pidió que viniera a buscarte y eso es lo que he hecho.

Corinna no pudo ocultar el pánico que la invadió cuando Antonio se acercó a ella.

—Es evidente que no te atrae la posibilidad de volver a verlo. Créeme, no me gusta verme en esta posición, pero obedezco sus órdenes. Está en cama y se niega a salir de ella hasta que tú vuelvas, así que vamonos.

—¡No puedo irme!

—¿No? Te aseguro que eso es precisamente lo que vas a hacer. Puedes decirle a tu «circunstancia inesperada» que tendrá que esperarte.

—¿Qué? —preguntó confundida. No tenía tiempo para analizar las palabras de Antonio, ya que él ya la había agarrado de un brazo y la empujaba hacia la puerta.

—¡No puedes presentarte como si nada y darme órdenes! Esta es mi casa... bueno la casa de mi madre.

—Tienes cinco minutos para hacer las maletas. Si no bajas en ese tiempo, subiré para hacerlas por ti.

—¿Quién te crees que eres? —preguntó Corinna, molesta.

—Mira, ya he perdido la mayor parte del día cumpliendo con este molesto encargo. No quiero perder más tiempo.

A Corinna se le llenaron los ojos de lágrimas. « ¿Un molesto encargo? ¿Eso es todo lo que significo para él?», se preguntaba.

—¡Pobre! —exclamó con igual frialdad—. Siento que hayas tenido que molestarte tanto.

—Yo también.

Corinna se dio la vuelta y salió de la sala para encontrar a su madre en el vestíbulo. Suspiró cansada.

—Benjamín está enfermo —le informó—. Tendré que ir a Deanbridge, tal vez sólo por un día —empezó a subir la escalera, seguida de su madre.

—¿Quién es ese hombre?

—Su hijo.

—Nunca me has hablado de él.

—Mamá —le dijo ella al empezar a guardar su ropa en una maleta—. No creí que te interesara.

—Así que soy una madre inadecuada, ¿de eso se trata? Te eduqué yo sola y ahora todo lo que puedes decirme es que soy una madre inadecuada.

—No —declaró Corinna volviéndose hacia ella—, sólo se trata de...

—¿Estás enamorada de él? —preguntó la madre con torpeza.

—¿Por qué dices eso?

—Por la expresión de tu cara.

Se miraban fijamente la una a la otra y cierta comprensión extraña surgió entre ellas.

—Sí, lo estoy —reconoció Corinna—. Qué tonta soy.

—Debí reconocer esto antes —comentó la madre—. Yo cometí muchos errores con tu padre. Ten cuidado.

Corinna asintió. Se trataba de una conversación que habría que reanudar. Pero en ese momento debía darse prisa, ya que no soportaría que Antonio se presentara en su dormitorio para sacarla de allí a rastras.

La esperaba impaciente al pie de la escalera y Corinna se esforzó por ignorar su presencia por completo. No quería ver la expresión burlona de su rostro.

Recorrieron Londres en medio de un incómodo silencio. Antonio no tenía nada que decirle y no se esforzaba por ser cortés. Por lo que a él se refería, le habían asignado una misión y a regañadientes la había cumplido. Le parecía increíble pensar que se trataba del mismo hombre que le había hecho el amor.

Después de casi una hora de silencio, Corinna aspiró profundamente y dijo con desesperación:

—Sé que debes de estar molesto conmigo. Me fui sin decir una palabra a tu padre o a ti. Sólo quiero que sepas...

No tuvo la oportunidad de terminar la frase. Antonio golpeó el

volante con el puño con tanta furia que la hizo estremecerse.

—No te he pedido explicaciones y no las quiero —le espetó él sin apartar la vista de la carretera.

Corinna lo observó alarmada y sorprendida. De nuevo tenía la sensación de que algo intangible no estaba bien. No era más que una sospecha que flotaba en su mente y frunció el ceño antes de volver a guardar silencio para asomarse por la ventana, molesta con él, con ella misma, con el mundo.

No creía que pudiera estar molesto con ella por su súbita partida. ¿Cómo era posible si su intención era que esa relación sólo durara un par de meses hasta que se cansara de ella? No, ella había herido su orgullo, eso era todo. Era como si le hubiera quitado un juguete. Eso era lo que lo ponía furioso. Eso y la idea de que hubiera abandonado a su padre. Pero su furia era injustificada. ¿Acaso no había abandonado él mismo a su padre más de doce años atrás? Esperaba que Antonio volviera a sacar el tema a colación para hablarle con libertad, pero él no lo hacía. Terminaron el viaje en silencio y Antonio entró en la casa sin esperarla. «No quiero tener nada que ver contigo», parecía pedirle con su actitud.

—Está en su dormitorio —le indicó Antonio cuando ella lo siguió hasta el vestíbulo, con su maleta—. No me voy a molestar en acompañarte.

—Claro que no —aceptó Corinna, mirándolo a los ojos—. ¿Por qué habrías de molestarte? Tienes cosas más importantes que hacer. Lo has dejado muy claro mientras veníamos hacia aquí.

—¿Esperabas que charlara contigo? —preguntó él con frialdad —. ¿Alguna conversación intrascendente quizá?

—Tu cortesía habría sido suficiente.

—No me siento muy inclinado a las cortesías contigo.

No hubo ninguna respuesta a su declaración y él tampoco la esperaba. Giró sobre sus talones y se dirigió al despacho. Por su parte, Corinna empezó a subir la escalera hacia la habitación de Benjamín.

No sabía qué iba a decirle. Se preguntó si estaría muy mal. Antonio no había abundado en el tema, sólo la había informado de que el anciano no quería salir de la cama. Llamó a la puerta y la abrió para encontrarse a Benjamín cubierto con las mantas hasta la barbilla; sin embargo, tenía los ojos tan vivaces como siempre.

—Benjamín —empezó a decir Corinna—, siento haberme marchado de manera tan intempestiva. Me proponía llamarlo por teléfono... —su voz se perdió por lo inadecuado de sus palabras.

El anciano suspiró decepcionado y Corinna se ruborizó bajo el escrutinio al que se veía sometida.

—Me alegro de verte, niña —declaró él con voz débil.

—Y yo a usted —murmuró ella con sinceridad—. No me habría ido...

—Salvo por circunstancias excepcionales —terminó Benjamín por ella con otro suspiro—. Espero que ya lo hayas resuelto. ¿De qué se trataba? —Benjamín tosió y

cerró los ojos, pero los abrió de inmediato para ver la reacción de la chica.

—No puedo explicárselo, Benjamín. Es algo muy personal.

—Por supuesto —se produjo una pausa—. No tienes ninguna obligación de darme explicaciones —Benjamín volvió a toser—. Después de todo, sólo soy un viejo y tú eras el único rayo de luz en mi mísera existencia.

Aquella declaración era demasiado dramática y Corinna esperaba encontrar diversión en la expresión del anciano, pero éste sólo la miraba con cierta timidez.

—No —declaró Corinna—. De hecho, ocurrió algo que me obligó a marcharme.

-¿Sí?

—¿Qué le sucede, Benjamín? Antonio no ha querido decírmelo. ¿Cuál es la causa de su recaída? ¿Ya ha llamado al médico?

—¿A ese charlatán? Antes, la muerte.

—Le he dicho una y otra vez que es un gran especialista en su campo —esa parecía la repetición de una de muchas conversaciones anteriores—. No debe quedarse todo el tiempo en cama. Dígame cuáles son sus síntomas.

—Depresión —manifestó él con voz débil—. Ese es el síntoma. Depresión. Y no necesito que ese charlatán venga a recetarme más píldoras —extendió una mano para tomar la de la chica—. Esta casa es un cementerio desde que te fuiste.

—Estoy segura de que exagera —le indicó Corinna con una sonrisa.

—Claro que no. Por ejemplo, Edna está de un humor terrible y

trata de obligarme a salir de la cama. Debe de ser la menopausia —agregó el anciano, provocando otra sonrisa de Corinna.

—Creo que Edna ya ha pasado por eso hace muchos años.

—¡Pamplinas! Además está Antonio —Benjamín la observaba con los ojos entrecerrados—. Ha estado muy raro durante estas últimas semanas.

—¿De verdad? —el tono de voz de Corinna había descendido. No quería hablar de Antonio con Benjamín y además, no sabía qué tenía que ver él con el problema.

—Sí. Cuando te marchaste, lo convencí de que se quedara un poco más, pero no ha hecho más que molestar. No es nada tranquilizador para un anciano como yo. Los dos sabemos los problemas que tengo con la presión, ¿no es así?

Corinna se limitó a asentir.

—Por eso —continuó el anciano—, quiero que los dos arregléis vuestras diferencias. Tal vez esté viejo, pero no soy tonto. Lo que haya ocurrido entre vosotros... y no tengo idea de qué es lo que ha sido, ha sacado a Antonio de quicio. Y a ti también, estoy seguro. Me gustaría que las dos personas más importantes que hay en mi vida resuelvan sus diferencias. Antes de que la parca haga acto de presencia —realmente se trataba de un acto teatral y el propio Benjamín debió de comprenderlo así, pues se aclaró la garganta y bajó la vista avergonzado—. Ve a buscarlo y haz feliz a un anciano.

Corinna había escuchado sus palabras con creciente alarma. Pensó en alguna excusa para decirle que estaba equivocado, pero él se sumió en un profundo silencio y ella no tuvo más remedio que salir de la habitación para ir en busca de la única persona a la que no quería ver.

CAPÍTULO 10

ANTONIO no trabajaba. Estaba de espaldas a la puerta, asomado a la ventana. Al ver su figura esbelta, Corinna hizo una aspiración profunda. No tenía mucha dificultad en advertir que se encontraba de mal humor.

Corinna llamó a la puerta a pesar de que estaba abierta y pudo ver cómo él se tensaba. «Qué alentador», pensó apesadumbrada. Era como entrar en la cueva de un león hambriento. Él no quería tener nada que ver con ella y no era dado a las cortesías inútiles. Antonio sufría por su orgullo herido. Y el orgullo era la menor de las preocupaciones de Corinna.

—Yo... Benjamín me pidió que viniera —empezó a decir nerviosa y Antonio se volvió despacio.

—¿Para qué?

Era una pregunta indiferente que no le facilitaba las cosas a Corinna y eso la irritó. No quería estar allí, como una colegiala que hubiera sido llamada al despacho del director de la escuela para recibir una reprimenda.

—Escucha —le indicó con igual frialdad—, me disgusta estar aquí tanto como a ti, pero Benjamín me ha pedido que lo haga.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó él con tono aburrido.

—Se ha dado cuenta de que hay algún problema entre nosotros...

—Qué astuto de su parte.

—...y quiere que zanjemos nuestras diferencias —concluyó la chica.

—¿Eso pretende? —Antonio sonrió forzado—. No comprendo por qué.

—Deja de ponerme las cosas difíciles —le pidió Corinna con un suspiro, haciéndolo fruncir el ceño, furioso.

—Y tú deja de hacerte la víctima —le indicó él, molesto—. Eso no va conmigo —se volvió, apretando los labios—. Por Dios, supongo que es inútil seguir hablando. Él quiere que zanjemos nuestras diferencias ¿por qué no lo complacemos? —volvió a esbozar una de sus sonrisas crueles—. O al menos aparentar que lo hacemos.

Señaló la puerta con la cabeza y Corinna pasó frente a él rumbo a la escalera, incómoda por el hecho de que Antonio la siguiera.

Durante el tiempo que había estado fuera de Deanbridge se había imaginado un millar de enfrentamientos con Antonio y ninguno de ellos se parecía a ése. Jamás pensó que fuera a ser tan terrible. Se dijo con tristeza que lo único en lo que había acertado era la reacción que tendría ante él.

Llegaron a la puerta del cuarto de Benjamín y Antonio le murmuró al oído:

—No olvides, querida, que tu actuación debe ser convincente ya que no tengo intenciones de repetir la farsa. Aunque no te resultará difícil. Eres una experta en hipocresías, y yo he podido presenciar algunas.

—Eso supongo —repuso Corinna con voz dulce a pesar de su dolor.

No le gustaba la expresión de Antonio. Llamó a la puerta, la abrió y entró en la habitación con una sonrisa forzada en los labios.

Benjamín los aguardaba ansioso.

—Al fin —manifestó satisfecho—. Creí que habías vuelto a huir.

—Tienes mucho mejor aspecto, padre —comentó Antonio, yendo a colocarse junto a Corinna.

—Es sorprendente lo que una cara bonita puede llegar a hacer ¿no crees, hijo?

—Sí, sorprendente. Sin embargo, siento decepcionarte, pero no existe diferencia alguna entre nosotros, así que todo esto resulta inútil.

—Pero complace a un anciano —le indicó Benjamín—. Un anciano enfermo.

—De acuerdo, ¿qué quieres que hagamos?

—Acabas de decir que no es cierto, pero advierto cierta animosidad entre vosotros. Creía que os llevabais bien y, de pronto, mi querida enfermera desaparece y tú te pasas varias semanas de mal humor y asustando a todo el mundo. ¿Qué otra cosa podría pensar?

Corinna sonrió con debilidad.

—De acuerdo —dijo Antonio, impaciente—. Te complaceremos si eso es lo que quieres —se volvió hacia la chica haciéndola sentir toda la fuerza de su personalidad—. Corinna, sonríe a mi padre y

dile que todo es producto de su imaginación.

—Me alegro —comentó Benjamín cuando la chica le confirmó lo dicho por Antonio—. Ahora quiero que os beséis y os olvidéis de cualquier mal recuerdo que podáis tener. Eso me haría muy feliz.

Un nudo se formó en la boca del estómago de Corinna. No esperaba eso. No quería a Antonio cerca de ella, y mucho menos que la besara.

—Por favor —insistió Benjamín con una voz débil que indudablemente era fingida.

Antonio se encogió de hombros y se volvió hacia ella; la joven pudo advertir que una capa ligera de sudor le cubría la frente. Se dijo que no era posible que fuera a besarla. Pero él la tomó del brazo, inclinó la cabeza y le dio un beso en los labios. No fue más que un contacto momentáneo al que ella no respondió, pero le pareció que la había afectado profundamente. Su organismo se encendió al instante con un anhelo que la dejó sin aliento, y tuvo que retroceder unos pasos.

—Gracias —dijo Benjamín con el mismo tono débil—. Me alegro de que esto esté resuelto —cerró los ojos y se reclinó en la almohada.

—¿Puedo ir a mi habitación? —preguntó Corinna—. Me gustaría guardar mis cosas y tomar un baño...

Le parecía que su propia voz le llegaba desde una gran distancia. El beso de Antonio había carecido de toda emoción. Bien pudo haber besado a una desconocida, o un objeto inanimado de la habitación, pero la dejó desorientada y quería llorar. ¿Así sería siempre a partir de ese momento?, se preguntó.

Fue hacia la puerta y ya se dirigía hacia su cuarto sin darse cuenta de que Antonio la seguía cuando él la tomó del brazo, la empujó al interior de la habitación y cerró de un portazo.

—Por favor —le dijo asustada—, ¿qué es lo que haces? Por favor, vete de aquí.

—Ah, no —murmuró él—. No creo que ese beso haya sido convincente. Al menos no puede compararse con otros que hemos compartido —enterró los dedos en su cabello y antes de que ella pudiera protestar, la besó.

Corinna pudo sentir cómo su furia emanaba de sus labios como un veneno. Antonio la besaba con fuerza, inclemente, obligándola a

abrir los labios.

La joven trató de apartarlo, pero fue inútil, ya que sólo consiguió provocar una reacción más fuerte.

—Podría matarte —le indicó él con tono salvaje, empujándola hasta hacerla caer sobre la cama, y se detuvo frente a ella.

—¿Por qué?

—¡Porque me engañaste!

—¡No es cierto! No sé de qué me estás hablando.

—Cuéntame otra historia, Corinna. Me dijiste que habías dejado a tu novio. Según tú erais incompatibles. ¿La posibilidad de ir a Italia conmigo te aterrorizó tanto que decidiste retirarte? —la interrogaba con tono burlón—. ¿De eso se trata? ¿Decidiste que una vida tranquila con tu novio incluso era lo que más te convenía?

—¿Qué? —exclamó Corinna, atónita. No sabía de qué le estaba hablando—. Estás loco.

—¡No me vengas con esa expresión inocente! —rugió Antonio.

Se metió la mano en un bolsillo para volver a sacarla de inmediato. Por un instante, Corinna pensó que iba a golpearla, pero sólo arrojó algo sobre la cama. Se trataba de un papel.

—¿De qué se trata? —preguntó.

—Vamos, léelo. Estoy seguro de que eso refrescará tu memoria.

Corinna lo tomó con dedos tembloroso y leyó:

Querido Antonio.

No sé cómo decirte esto, pero no voy a viajar contigo. He cambiado de opinión, prerrogativa de mujer. Viajar a Italia contigo me parecía muy emocionante, pero afortunadamente he recapacitado a tiempo. He recibido una llamada de Michael. Está muy mal, ha sufrido un accidente y eso me ha hecho comprender que sería muy estúpido de mi parte que no me casara con él. Prefiero una vida de seguridad y satisfacción, a tres meses de diversión. Lo siento, Corina.

La chica dejó el papel sobre la cama después de doblarlo con cuidado, ya que así conseguiría mantener ocupadas las manos.

—¿Sigues sufriendo de amnesia, cariño?

—¿De dónde sacaste esto?

—De donde tú lo dejaste. Debajo de la puerta de mi dormitorio.

—Yo no lo puse allí.

—¿No? ¿Lo hizo una ráfaga de viento? —preguntó él, burlón.

—Estás loco.

—¿Por haber creído que, después de todo, no eras más que un engaño? —en su voz había una furia apenas reprimida.

—Yo no escribí eso —Corinna estaba aturdida, con la cabeza a punto de estallarle. ¿De dónde había salido esa nota? ¿Qué diablos estaba sucediendo?—. No es mi letra y tampoco mi firma —continuó—. Alguien trató de imitarla, pero no es mía.

—¿Esperas que me lo crea?

—¡Es la verdad! —exclamó airada—. No te pido que me creas, pero es la verdad. Yo no escribí eso. ¡Jamás lo haría!

—Entonces, ¿quién lo hizo? —ahora había una cierta duda en su voz—. ¿Por qué te marchaste?

Corinna podía adivinar la lucha interna que él estaba librando en su interior entre el orgullo y la necesidad de saber la verdad, así que lentamente se lo explicó todo: el cambio de actitud de María y la visita que le hizo a su habitación aquella mañana. Antonio parecía enfurecerse más a cada momento.

—¿Por qué no se lo dijiste a Benjamín? ¿Por qué simplemente le dejaste una nota?

—María... —empezó a decir Corinna, pero su voz se perdió al comprender—. María fue quien escribió esa nota, ¿no es así? ¿Cómo se enteró de la existencia de Michael?

—¡Contéstame!

Corinna seguía pensando a marchas forzadas, tratando de recordar sus conversaciones con la italiana.

—Iba a hacerlo, pero María me refirió la conversación que había escuchado. Quería esperar para hablar con él pero...

—Pero ella te convenció de que no era conveniente que lo hicieras y le hiciste caso.

—Sí —reconoció Corinna—. Dijo que eso lo colocaría a él en una posición difícil y que se sentiría obligado a conservarme por compromiso. La creí. Fue tan amable conmigo la noche anterior...

—Y le seguiste el juego —Antonio se dejó caer en la cama con la mirada perdida—. Y yo hice lo mismo. Se enteró de la existencia de tu novio por mí. Cuando llegó, me preguntó por ti y si no tendrías un novio oculto en alguna parte. Eso me enfureció. La idea me resultaba tan desagradable que le dije que tenías un novio llamado Michael, pero que todo ya había terminado. ¡Cómo me enfurecía la

idea de que estuvieras con otro hombre! Más tarde me olvidé de esa conversación, pero ella no —suspiró y cerró los ojos con fuerza—. Siempre supe que era una manipuladora, pero nunca imaginé que podría llegar a ese extremo —se interrumpió—. Me quería para ella —agregó después de una pausa—, y cuando la rechacé, reaccionó con la furia de una mujer despechada. María es hija única de padres de edad avanzada. Siempre la mimaron hasta que la enviaron a estudiar al extranjero. Cuando volvió a Italia, se hizo cargo de la administración de la empresa de su padre; lo hace con mano de hierro porque le encanta ejercer el poder —se pasó una mano por el cabello con gesto impaciente.

Corinna lo miraba expectante, alentándolo a continuar.

—Nunca imaginé a qué extremo llegaría para hacer que desaparecieras de escena. El día anterior a su partida, acudió a mí en busca de una reconciliación. Le dije que eso era imposible, ya que te había pedido que fueras conmigo a Italia, y supongo que eso fue lo que la hizo concebir ese plan. Primero te conquistó con sus disculpas y se lanzó a fondo antes de partir. Nunca escuchó esa conversación entre mi padre y yo, ya que ésta nunca se dio en realidad. ¿Cómo pudiste creer que le diría algo así a mi padre? Me habría matado en ese momento.

—Estaba confundida. No pensaba con coherencia. Pero, ¿cómo sabía ella que reaccionaría como lo hice?

—No lo hizo. Sólo sembró la cizaña y dejó el resto al azar.

—Supongo que también ella escribió la nota que recibiste —Corinna no podía comprender que alguien pudiera albergar tanta maldad en su interior.

—A sabiendas de que la creería a pie juntillas porque...

—¿Porque, qué?

—Porque... —Antonio la miraba a los ojos—, porque eres mi punto débil, mi talón de Aquiles, y eso es algo a lo que jamás me enfrenté antes.

Corinna lo miró con el corazón acelerado.

—Estaba furioso. Te imaginaba con ese hombre. Nunca creí que llegaría a tener miedo del pasado. De Roberto, tal vez. Él es el presente, pero no un antiguo novio. Ni siquiera podía hacer uso de mi orgullo a pesar de que lo he fortalecido durante años. El orgullo fue lo que me mantuvo lejos de aquí durante tanto tiempo. Las

diferencias con mi padre se convirtieron en montañas insondables por el maldito orgullo. Pero lo único en lo que podía pensar al imaginarte en los brazos de otro hombre era una ira tremenda que hacía que los celos me cegaran. ¿Lo viste? —le preguntó de pronto.

—No —respondió Corinna—. Michael y yo terminamos mucho antes de que viniera a trabajar para tu padre.

—Supongo que no tiene sentido... —después de una tensa pausa, Antonio abandonó todo intento de encontrar las palabras adecuadas.

—¿Me echaste de menos? —dos palabras, una pregunta sencilla, pero Corinna estaba rígida por la tensión.

—Sí —respondió Antonio, ruborizándose—. Te eché de menos. No podía olvidarte. Creí volverme loco. Tenía que regresar a Italia, pero no podía hacerlo. Descubrí que estaba atado a este lugar como un idiota. ¡Cielos, cómo te odié!

Pero no era odio lo que había en sus ojos al mirarla. Era una pasión que mareaba a Corinna como el incienso.

—María nos tomó por unos estúpidos —añadió él—, y si llego a ponerle las manos encima, le daré una lección que no olvidará —se interrumpió para preguntarle con voz ronca—: ¿y tú, me echaste de menos? Dímelo.

—Dios mío —murmuró Corinna—, no puedes imaginarte cuánto.

Se produjo una tensión intolerable entre ellos y con un gemido ahogado, Antonio empezó a besarla. Ella correspondió con fervor.

—¿Qué esperaba ganar María? —preguntó Corinna.

—Nada y todo. No podía tenerme y el impulso de destruir era lo único que le quedaba —Antonio le acarició un seno y ella dejó escapar un suspiro anhelante.

—Si no fuera por mi padre...

—Él lo sabía, ¿no es así? —las piezas del rompecabezas empezaban a encajar en su lugar. Corinna suponía que Benjamín le había pedido que regresara para poder jugar su última carta, la del triunfo.

—Y se lo agradezco —declaró Antonio, abriéndole la blusa; luego le desabrochó el sostén para descubrir sus senos—. Te deseo, Corinna y te quiero. Necesito que estés conmigo para siempre.

—Yo también te quiero —murmuró ella—. Te quiero desde hace

siglos. Viviré contigo. Si te hartas de mí después de tres meses…

—Nunca podría hartarme de ti, cariño. Cásate conmigo y lo verás. Te lo demostraré. Envejeceremos juntos. Nos sentaremos en mecedoras lado a lado cuando tengamos ochenta años y adoraré cada momento —la miraba intensamente y al leer la respuesta en sus ojos, sonrió.

—¿Hablas en serio?

—Tan en serio que estoy dispuesto a gritarlo desde la azotea —Antonio la acariciaba excitándola cada vez más—. Pero todavía no —agregó—. En este momento hay algo que prefiero hacer antes.

Corinna rió llena de felicidad. Ella también tenía algo en mente. Y todo formaba parte del paraíso.